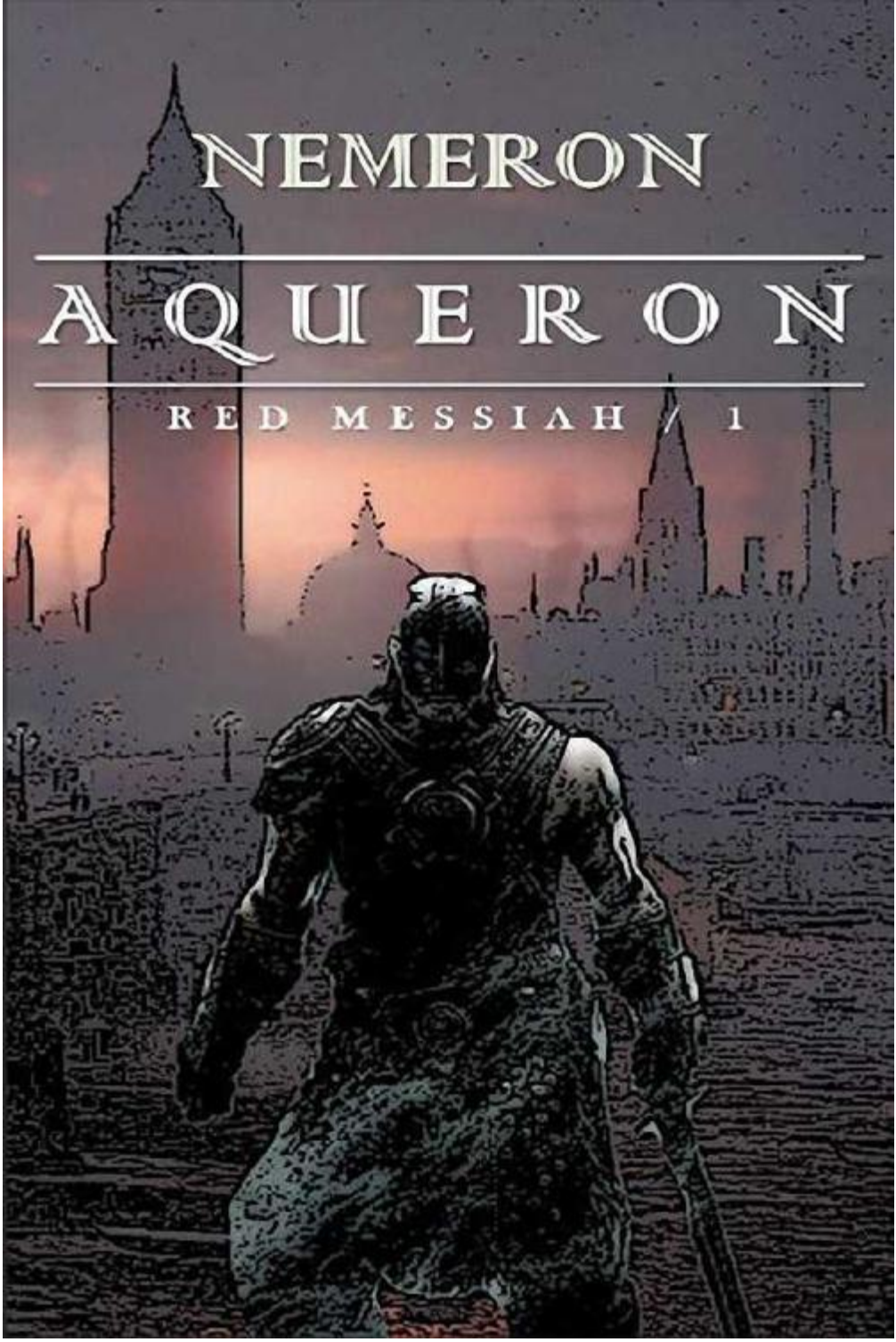
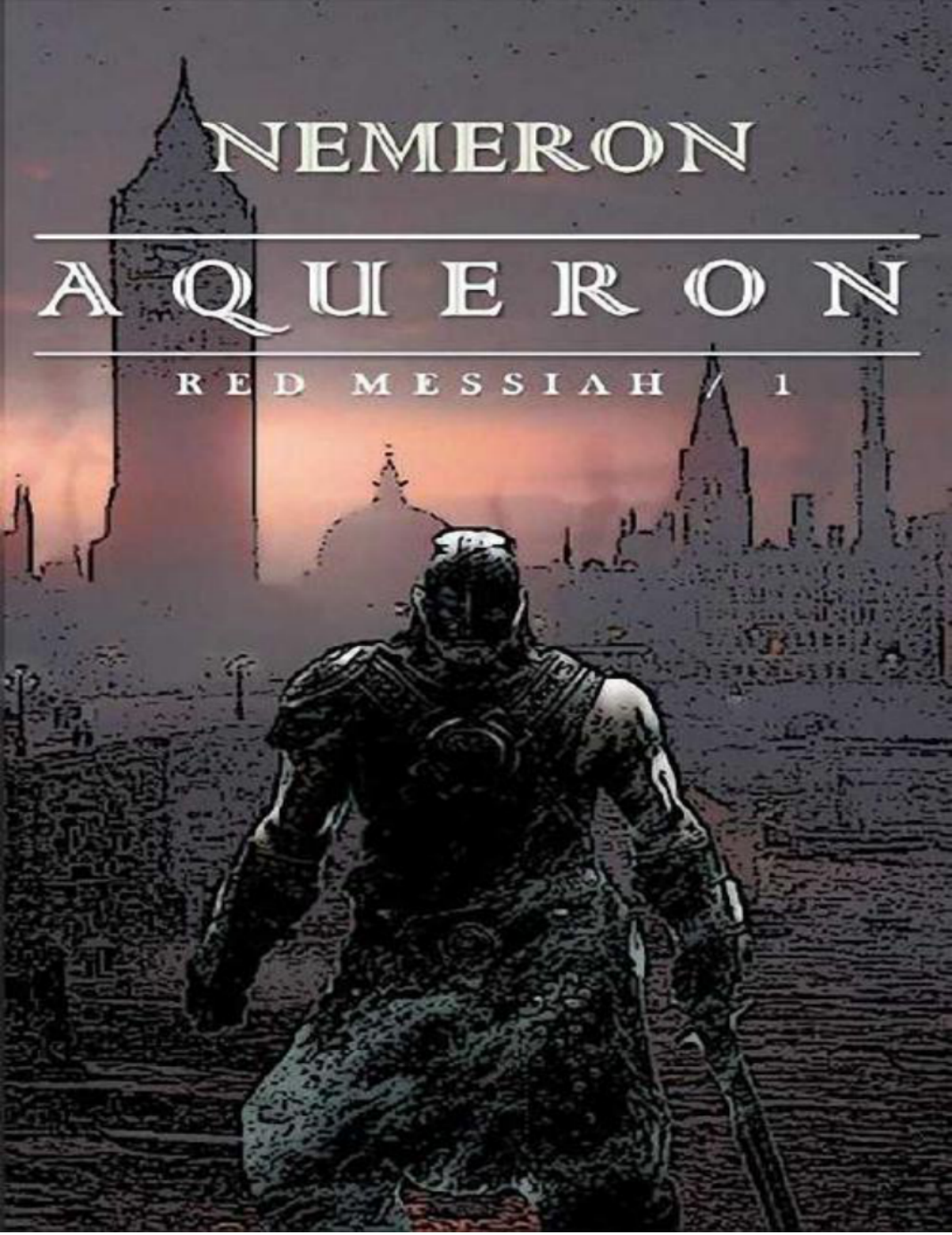

NEMERON
AQUERON
RED MESSIAH / 1


NEMERON
AQUERON
RED MESSIAH / 1

SERGIO TAPIA

Aqueron

Saga del Mesías Rojo

LIBRO I

Título: Aqueron
© 2012. Sergio Tapia Registro: M-008723/2012

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguiente del Código Penal).
Revisión 2016 – v9

WALTER STEWART

1

Walter Stewart no se lo esperaba. ¿Por qué él y no otro? Stewart era hijo de un médico acomodado de Inverness y había emigrado a Cambridge con la esperanza de obtener una beca de investigación para ultimar sus indagaciones sobre física y matemática avanzada en su universidad. Tras varios intentos fallidos, Walter trasladó su residencia a una barriada obrera a las afueras de Londres, más asequible, desde la que subsistía, haciendo las veces de administrativo, contable o escribano en diversos asuntos de escasa importancia, mientras continuaba avanzando en sus propias tesis y trabajos sobre geometría espacial y el movimiento de cuerpos en entornos aeronáuticos, problemas demasiado novedosos y de escasa importancia práctica en la época en la que vivía, pero que a Walter le quitaban el sueño y ocupaban la mayor parte de su tiempo y energías. Corrían los últimos años de la década de los setenta en el Londres del siglo XIX y Walter, con los bolsillos vacíos y sus esperanzas rotas, había comenzado a acariciar la idea de regresar a Inverness, ya derrotado, al seno familiar y buscar mejores oportunidades en las húmedas y frías Highland.

Walter era un joven delgado, de facciones finas y elegantes y pelambrera negra, rizada e indomable y a pesar de sus veintidós años bien cumplidos, seguía siendo prácticamente imberbe. En aquella ilustre ocasión, el joven había tenido que echar mano de su mejor sombrero de copa y el único traje chaqué que reservaba para las escasas ocasiones especiales que se le presentaban… Si bien los zapatos, eran viejos y gastados, para los que no tenía sustituto, al menos se salvaba por un precioso chaleco brillante, adornado con motivos florales, regalo de su madre, que completaba su indumentaria de gala.

La vida de Walter había cambiado, al igual que la de muchos otros, la noche de los terremotos, cuando todo el Reino Unido tembló y las comunicaciones con el continente se cortaron… Aquella noche había sido la primera de muchas otras. Noches demasiado frías para el mes de Septiembre, incluso para la sombría y húmeda Inglaterra y el inexplicable fenómeno del Eclipse Constante de sol. Todos los días fueron de oscuridad y el sol, no volvió a salir.

Gentes provenientes de las cuatro esquinas de Inglaterra acudían despavoridas y hambrientas a las ciudades en busca de una oportunidad. A la noche constante, la escasez de alimentos y las masas

desesperadas, se unió un nuevo problema; la Peste Oscura.

Una fiebre extraña e incurable asestó el golpe final a la población… No se sabía cómo se transmitía, no tenía cura y llegaba sin avisar… Los síntomas eran siempre los mismos, tras los mareos, las pústulas, los sudores fríos, la visión borrosa, vómitos y excreciones sangrantes, aparecían unas extrañas y fuertes fiebres que elevaban la temperatura corporal a límites insoportables.

Las autoridades londinenses desbordadas por la situación, debieron improvisar hospitales por toda la ciudad, usando las tabernas y hostales que estaban disponibles, pero muy pronto, la inmigración continua agudizó el problema y Canterbury y las Casas del Parlamento también debieron reconvertirse en improvisados sanatorios de campaña y sus jardines en cementerios cada vez más y más concurridos… Cuando ya no hubo espacio para más fosas comunes, los muelles del Támesis comenzaron a hacer las veces de crematorio.

Entre tanto, las comunicaciones interrumpidas con el continente no se restablecían… Una espesa y antinatural niebla cubrió el Canal de la Mancha, toda embarcación que se atrevía a aventurarse rumbo a las costas francesas se perdía y nada más se sabía de ella.

Tras una semana terrible, un nuevo fenómeno contrajo el corazón de los londinenses y de toda Gran Bretaña. Algo extraño e inaudito, comenzó como una inusual aurora boreal, de colores violáceos y azulados, pero era constante y al contrario del fenómeno observable desde Escandinavia, estas extrañas y fantasmales formas no desaparecían… Vistas tras el Big Ben, parecía como si quisieran dibujar una forma en la noche perpetua.

Cuando los pastores de toda suerte de iglesias veían sus capillas abarrotadas, de gente desesperada, deseando escuchar su palabra en busca de explicación y consuelo, entonces la forma celeste se terminó de definir fija y constante en el firmamento; “La Brecha”, que fue como comenzó a conocerse, era una especie de grieta azulada que partía el cielo, como si fuera un desgarro en la bóveda celeste del que brotaba una luz espectralmente azulada. Por desgracia, la tragedia que se desarrollaba en tierra, impedía a los londinenses maravillarse suficientemente del fenómeno… Tal y como hubiera ocurrido en condiciones normales.

Pero no todas las tragedias del pueblo iban a terminarse ahí, lo impensable cobró forma, cuando de la tierra y de sus fosas comunes e improvisadas zanjas, comenzaron a emerger “Los Regresados”…

Parecía ser, que la Peste Oscura representaba la muerte en una gran cantidad de casos… pero en algunas ocasiones y no pocas también, el infectado, escasas horas después de morir y de que su

corazón dejará de latir… regresaba a la vida, frío, confuso y con sus capacidades cognitivas seriamente afectadas.

El terror de las masas, en medio de un huracán de emociones y desgracias constantes, apenas se pudo controlar. Aquellas personas no eran las personas que habían sido en vida, eran diferentes, extrañas. Sus ojos habían tornado a un amarillo irreal, casi felino, bajo una luz artificial o la misma tonalidad de La Brecha, parecían ojos de gato, fríos e inquietantes… No importaba cual fuera su color natural anterior… Los regresados presentaban siempre los mismos rasgos… Su tacto era frío, su piel casi azulada, su rostro casi inexpresivo y vagaban sin rumbo, casi incapaces de reaccionar a estímulos convencionales. En ocasiones, la turba humana ignorante y supersticiosa los arrinconaba y los apaleaba hasta una segunda muerte… No importaba si fueran niños, mujeres u hombres de cualquier edad… La desesperación no tenía piedad.

Con el tiempo, el número de Regresados fue en aumento y los hambrientos londinenses comenzaron a acostumbrarse a la presencia de los caminantes silenciosos, la gente les dejó de hacer caso y aunque de vez en cuando se veía alguno destripado en algún callejón, o una mujer regresada violada y asesinada… el flujo y la continuidad se convirtieron en apatía.

Pasada la tercera semana, un nuevo extraño fenómeno comenzó a inquietar a la población, los Regresados buscaban las alturas… generalmente los tejados de las casas, algunos caían al vació y se estrellaban al intentar trepar tremendas alturas. Una vez en los tejados de las casas, se sentaban o simplemente se quedaban en pie, contemplando la brecha estupefactos y quizás con un cierto aíre de tranquilidad y sosiego… Como si contemplar el fenómeno les llenara de paz y tranquilidad.

Conforme el carruaje de Walter avanzaba raudo, rumbo a Burlington House, sede de la Royal Society y avanzaba por las empedradas calles del centro de Londres, el joven no podía evitar mirar a los tejados y contemplar las siluetas de los Regresados, aquella situación le daba pavor… sentía escalofríos, cuando alguno hacía por volverse y le miraba… era como si le presintiera, con aquellos ojos de gato espectrales brillando en la oscuridad.

No alcanzaba a entender el porqué, cuando pensaba en aquellas cosas, no podía evitar recordar a las cucarachas que poblaban su pequeño y sucio apartamento, todos los días debía aplastar decenas de aquellos infectos y oscuros corredores. A Walter le provocaban una repulsión indescriptible y ciertamente, no lo entendía, ya que al fin y al cabo, aquellos pequeños insectos eran más o menos inofensivos.

A pesar de que corrieran por sus armarios, suelos, camas y a veces por sus platos de comida... Las cucarachas no mordían y al mínimo vistazo de luz corrían a esconderse o se hacían las muertas... ¿Por qué entonces experimentaba aquel horror al verlas?, no terminaba por acostumbrarse. En su fría Escocia natal no recordaba haber sufrido tanto aquella plaga. Seres lóbregos y nocturnos. Una amenaza, un riesgo tan oscuro y silencioso, como el que ahora representaban aquellos regresados. Porque, Walter tampoco podía evitar pensar, en los crecientes rumores sobre los desaparecidos… gente no infectada que simplemente desaparecía y que según se decía, habían sido abducidos por los Regresados… porque después de todo… ¿De qué se alimentaban aquellas criaturas infames?

WILLIAN MCFAIR

2

William Macfair había servido con honor en los Scots Grey en apoyo de la Compañía Británica de las Indias Orientales, durante la Rebelión de los Cipayos en el Raj británico en el año 1857, donde había obtenido su rango de teniente. De aquel levantamiento y su brutal represión había transcurrido ya más de una década y gracias a su arrojó y valentía en muchos otros frentes Macfair había llegado al rango de Coronel en el Royal Regiment of Scots Dragoons de la Reina Victoria. A sus casi cincuenta años, aquel insigne y curtido muchacho que abandonara su Edimburgo natal veinte años antes... continuaba siendo un hombre rudo y fuerte como un toro, una mole escocesa de metro noventa, capaz de partir cualquier lomo de un solo puñetazo.

El coronel Macfair lucía unos profusos bigotes, unidos a unas exuberantes patillas cardadas y pelirrojas, coronadas por dos mofletes siempre colorados, en parte por sus antepasados pictos y en parte por su gran afición al Whisky de calidad... William Macfair tan solo bebía Old Pulteney, seco y a grandes sorbos... suficientes cantidades de alcohol como para soportar aquel viento maldito que constantemente arrasaba la costa norte de la noble y antigua Escocia... Macfair fue el único viajero del ferrocarril procedente de Wick vía Inverness, que se apeó en el remoto y aislado pueblo de Thurso.

Thurso estaba en la costa, a casi ciento doce millas de Inverness y más de doscientas sesenta de Edimburgo. El coronel había viajado bajo la luz de las estrellas y la esquiva luna desde que saliera de Londres una semana antes y aunque después de sus más de veinte años de servicio en la más remota Asia, el tiempo de Londres le parecía excesivamente frio y más desde el Gran Eclipse al que siguió la Gran Noche.

El coronel, al atravesar los Borders y entrar de lleno en las Highland, había recordado una de las poderosas razones que le habían motivado para abandonar su querida Escocia natal, pero cuando el gélido y nocturno tiempo de Edimburgo parecía no tener rival, su desconcierto no pudo sino crecer, cuanto más al norte se encontraba. Aquella tierra verde y áspera tan antigua y salvaje como el mundo en sus orígenes, estaba constantemente arrasada por un viento cortante y atroz, que muy probablemente había multiplicado su bravura, desde el extraño evento cósmico que había sumido al mundo en tinieblas.

El coronel Macfair había ingresado hacía apenas dos años en un selecto y discreto grupo del ejército de su majestad la Reina Victoria. Desde que entrara como Comandante en Jefe de la denominada Cuarta Sección con base en London City, apenas había tenido tiempo para el aburrimiento. Su unidad era la encargada de ejecutar las misiones más secretas, peligrosas y difíciles del ejército de su Majestad. Siempre cubiertas por un halo de anonimato y el más cuidado secreto. Siempre, con la ayuda de los mejores hombres y esta era la razón que le había conducido solo, hasta aquel oscuro y remoto lugar, allí donde las más escarpadas costas miraban frente a frente a las Islas Orcadas, hogar de vikingos, morada de los hombres del norte más bravos y fieros.

El Coronel iba vestido con el rojo uniforme imperial, la casaca con charreras y el casco blanco del Imperio, cubierto por una gruesa capa de piel de marmota confeccionada a medida por un afamado sastre de Liverpool. Bajo sus enguantadas manos, portaba con cariño un precioso bastón negro, acabado en la labrada efigie del león británico en plata de ley.

El tren apenas paró unos instantes, nadie más bajo. Aquel lugar tenía mala fama, desde que llegara la Gran Noche, poco o nada, salvo rumores de muertes, saqueos y de que algo muy oscuro se cocía en Thurso, habían aislado aún más si cabe el milenario enclave. Sin embargo, Macfair había localizado a un alguacil de la zona vía telegrama, un tal Thomas Mcniff, que resultó ser un hombrecillo palidezco, encorvado y esquelético, con el rostro ovalado marcado por un bigotillo negro fino y ridículo que se embutía bajo un grueso abrigo de piel de foca. Mcniff había salido a recibirle al andén de la estación...

-Buenos días coronel... - Dijo el hombrecillo, que levantó la voz, tratando de sobreponerse a los fuertes vientos huracanados.

-¿Alguacil Mcniff? - Respondió el coronel esbozando una sonrisa - no dejaba de ser curioso, que en aquellos tiempos fríos y oscuros, alguien le recibiera con el coloquial "Buenos días".

-Efectivamente... he sido puntual de milagro... debemos apresurarnos este lugar no es seguro.

-De acuerdo caballero... le sigo.

-Leí su telegrama - dijo el hombrecillo mientras se ponía en marcha con premura - me pareció sorprendente que el ejército de su graciosa Majestad se interesara por nuestra aislada población... Imagino que tras todo lo que está sucediendo, tendrán mucho trabajo sofocando los ataques de esas bestias...

-Disculpe alguacil... ¿A qué bestias se refiere?

-¡A los regresados! por supuesto - El alguacil se dio la vuelta un segundo y miró al coronel como si fuera un ser de otro planeta... Inmediatamente después se giró y siguió su marcha con paso raudo.

Los dos hombres atravesaron el vestíbulo de la estación. Aquel lugar estaba devastado... Sillas rotas, paredes agujereadas y restos de lucha presentaban un escenario dantesco... Mcniff había encendido un farolillo y trataba de buscar la salida con precipitación... si no hiciera tanto frío, el coronel hubiera pensado que iba sudando de miedo... pero ¿miedo a qué?

Al otro lado del único edificio de la estación aguardaba otro hombre subido a un carro del que tiraban dos caballos lanudos, los animales llevaban el lomo cubierto por una tela impermeable. Era un personaje fuerte y robusto, al que Macfair no alcanzó a verle la cara, dado que iba tapado hasta las orejas con un abrigo semejante al del alguacil.

Una vez hubieron subido al carromato, el extraño dio un latigazo a los jamelgos y salió como alma que lleva al diablo... Macfair pensó que se iban a matar, por un camino irregular y embarrado, el viento mecía el endeble carromato de un lado a otro como una bolsa de papel...

El pueblo, por llamarlo de alguna forma, era una sucesión de casas ruinosas y oscuras distribuidas a lo largo de cerros irregulares, algunas al borde de acantilados.

Finalmente alcanzaron algo parecido a una plaza pública, presidida por una Iglesia gótica de ladrillo negro y húmedo. Debía ser un edificio muy antiguo, pero el coronel no tenía tiempo para admirarlo.

El alguacil condujo al coronel al interior de un edificio adyacente a la Iglesia. Una construcción de madera de paredes quemadas y muros regados de agujeros de bala, al que llamó la Sede del Concejo local... Dentro, hacía calor y el coronel pudo colgar su abrigo... el misterioso conductor se marchó dando la vuelta por donde había venido sin decir una sola palabra... hasta que el coronel lo perdió de vista, mientras se fundía con la oscuridad, lejos de la protección de los farolillos de gas que a duras penas alumbraban la solitaria plaza.

Una vez dentro y ante el asombro del coronel, Thomas Mcniff atracó el portón del Concejo... Fue entonces cuando bajo la tenue luz de las velas que alumbraban la estancia, Macfair se percató de que todas las ventanas estaban atrancadas con maderos y tapadas con muebles viejos y agrietados, probablemente a golpes... Seguramente los mismos incidentes que habían devastado la estación, habían tenido lugar allí, en el concejo.

-Y dígame coronel... ¿para qué ha venido a Thurso? - Le interrogó

el hombrecillo, mientras se apresuraba a ofrecerle una butaca y se dirigía a un extremo de su despacho, donde tenía un pequeño hornillo que encendió para preparar el té.

-Tengo la misión de encontrar a un hombre... Otro transporte llegará en una semana y ese hombre deberá partir conmigo...

-Que interesante... - El alguacil daba la espalda al coronel, mientras preparaba el té - ¿Se puede saber a quién busca?

-Jonah Fox, un antiguo ranger de su Majestad, ha sido seleccionado para una misión.

-Conozco muy bien a Fox... tenía aquí familia... regresó hace dos años... estuvo trabajando en la pesca... un buen muchacho.

-¿Sigue vivo?

-Sí... sigue vivo.

-¿Y su familia?

-Enfermaron y murieron...

-¿De Peste Oscura?

-Sí... así es, todos enfermaron de Peste Oscura.

-Lo siento... de veras... y ¿su familia alguacil Mcniff?

-Tenía esposa y un hijo... un chico de dieciséis años... sano y fuerte como un roble. Él y mi esposa también enfermaron y murieron, hace una semana...

-¿Por el mismo motivo?

-Sí, así es...

-¿Cuánta gente queda viva en Thurso?

-Digamos que en Thurso, nunca hemos tenido demasiada población y después de la Gran Noche... - la tetera les interrumpió súbitamente, al sonar... y Mcniff se apresuró a servir el té - En estos momento - Continuó el alguacil - somos muchos menos... Discúlpeme que no le ofrezca pastas con el té, pero como entenderá, no llegan demasiados suministros a Thurso últimamente...

-Pero... Fox sigue vivo. - Mientras el coronel hablaba, todas las tablas del sacudido edificio sonaban, mecidas por el constante e infatigable viento... el coronel comenzaba a inquietarse...

-Sí... él sigue vivo.

-Explíqueme lo que me empezó a comentar en la estación.

-Pensaba que en Londres tenían ustedes los mismos problemas.

-No le entiendo, ¿a qué problemas se refiere?

-A los Regresados... ellos se han vuelto mucho más violentos en los últimos días... quizás en Londres con tanta población no se note tanto una desaparición o una muerte... pero aquí... en comunidades tan pequeñas como la de Thurso, créame, una desaparición se nota bastante.

-En Londres hay rumores... pero las autoridades aún no han tomado cartas en el asunto... Creo que los consideran inofensivos... con esos terribles ojos de gato observando constantemente La Brecha en el cielo nocturno...

-Ya veo... - Bajo la luz de las velas, el rostro cadavérico de Mcniff estremeció al coronel - Pues aquí descubrimos que no son tan pacíficos como parecían, creo que al principio no saben ni que se tienen que alimentar... los primeros ataques fueron contra el ganado... ovejas y perros... y luego alguna vaca...

-¿Y después?

-Después ya era tarde... Verá, somos gente sencilla y pacífica... aquí la gente es confiada y amable... las puertas de las casas están abiertas y la gente duerme con placidez, incluso después de la Gran Noche.

-¿Entraron en las casas?

-Sí, entraron en las casas... las de sus propios amigos y familiares... fue una carnicería... Esas cosas no respetan edad, ni sexo, ni tan siquiera la Sagrada Cruz de Nuestro Señor... la mayor masacre se produjo cuando algunas mujeres y niños se refugiaron en la Iglesia, el sacerdote había resucitado la noche anterior...

-Pero... usted está vivo...

-Lo estoy... gracias al señor Fox.

-¿Qué hizo Fox?

-Luchó... con esas pistolas americanas suyas, esas americanas tan grandes que tiene...

-¿Se refiere a las Smith & Wesson? ¿Las Rimfire del 32 no?

-Sí, esos dos cañones son terribles... Las tenía guardadas en una alacena, según creo había jurado no volverlas a usar... al parecer había venido escarmentado de tanta muerte en las Colonias... y no quería volver a ver sangre humana.

-Pero... tuvo que volverlas a usar... y esta vez contra sus parientes.

-Así es... Fox es un guerrero... ese muchacho lleva sangre vikinga en las venas.

-Me gustaría verlo y hablar con él...

-No se lo recomiendo...

-¿Por qué?

-Está muy afectado... fuera de control yo diría... Creo que ya no distingue los ojos de gato, de los de las personas cuerdas y cabales...

-¿Ha enloquecido?

-Ciertamente... no es él mismo... usted no lo sería si hubiera tenido que ejecutar a su madre, padre y hermanos...

-No... creo que me costaría seguir cuerdo.

-Pues eso es lo que le ha ocurrido al señor Fox...

-Pero... ¿Dónde está ahora?

-En el antiguo hospital... Sigue limpiando la ciudad... está obsesionado con dar paz a todos los Regresados que encuentra.

-¿Dar paz? ¿Se refiere usted a matarlos?

-Así es... Les vuela la cabeza... Creo que es la única manera de matarlos que hemos encontrado... Si es que matar a un muerto, se puede decir en verdad matar.

-Vaya... - El coronel sopló y tomó un sorbo de té... - Quizás el Alto Mando no estaba tan bien informado como creía.

-¿Aún sigue interesado en que le lleve a buscar a Jonah Fox?

-Esa es mi misión...

-Está bien... - El alguacil se incorporó y fue a buscar su pesado abrigo - El hospital no queda lejos... - Tomó un hacha que había apoyado sobre un mueble contra la pared y se dirigió hacia la puerta - Sígame coronel, espero que venga armado.

REUNIÓN EN BURLINGTON HOUSE

3

Walter Stewart estaba perplejo. Se encontraba en la Royal Society de Londres, en su sede de Burlington House. Este fue el cuarto hogar de la Royal Society, desde su traslado desde Somerset House en 1857. El imponente edificio obra Sir John Denha, databa de la sexta década del siglo XVII y su abarrotada biblioteca ya presagiaba que no sería el último asentamiento de la célebre sociedad. Las dos alas en los lados este y oeste del patio y el ala de Piccadilly en el extremo sur tenían sus paredes cubiertas por pesadas, largas e interminables estanterías cubiertas por infinitos manuscritos y volúmenes que los académicos y eruditos velaban como si fueran tesoros de otro mundo.

Tras ser recibido por un ujier, Walter ascendió la escalinata principal, reconociendo a toda suerte de celebridades del mundo académico e intelectual de la época, para un aspirante a erudito, tristemente rechazado se sintió perplejo y algo asustado, aquello cada vez tenía menos sentido. Finalmente le llevaron a una pequeña sala ovalada, tenuemente iluminada por unas velas, que al igual que las estancias contiguas no dejaban entre ver casi el papel gris pálido que forraba las paredes debido al hacinamiento de volúmenes interminables.

En el interior de la sala, había 3 hombres, dos ancianos y otro mucho más joven, de unos treinta años, vistiendo el uniforme gris de campaña de los Scots Grey y galones dorados de oficial.

-¿El señor Walter Stewart? supongo - Dijo el primero, alzándose sobre un butacón tras un tímido escritorio...

-Pero... usted…- Walter se dio cuenta de que estaba balbuceando como un idiota - el profesor Joseph Dalton... Presidente de la Royal Society... - Se estrecharon la mano, cuando Walter reparó sorpresivamente en el anciano calvo y de barba gris, entrando en kilos que le observaba con mirada nerviosa desde la izquierda... - y usted...

-Charles Darwin... - Y el anciano le tendió la mano - profesor Charles Darwin y estamos encantados de tenerle entre nosotros. - El oficial joven, tosió a su lado... - Ah... si, se me olvidaba... le presento al capitán de la Cuarta Sección del Royal Regiment of Scots Dragoons, el señor Connor Thomas.

-¿Cómo está profesor Stewart? - La mano del oficial era fuerte y decidida... pero Walter estaba demasiado nervioso como para reparar

en ello.

-Por favor... siéntese - Le ordenó Sir Joseph Dalton Hooker. Walter accedió al instante, seguido por Thomas y Darwin, que también tomaron asiento. Hooker era un hombre alto, llevaba gafas y una barba cardada que se disparaba a izquierda y derecha, casi de forma eléctrica. Su mirada era penetrante y observó a Walter con perspicacia... Era diez años más joven que Darwin, al que se le veía bastante cansado y algo enfermo - ¿Una copa?.

-No señor... gracias - respondió Walter - No bebo.

-Eso está bien, muchacho... - Contestó Darwin.

-Si me disculpan señores... ¿Para qué me han llamado? - Les interrogó Walter con timidez, casi como temiendo su respuesta...

-Verá joven - respondió Darwin - Varios evaluadores de Cambridge nos hicieron llegar sus trabajos avanzados sobre navegación aeronáutica. Los que presentó usted cuando solicitó la beca.

-Pero... la beca me fue rechazada...

-Así es... - continuó Joseph Dalton - en ese momento y muy acertadamente debo señalar, el rector y su equipo consideraron sus trabajos prematuros y de poca utilidad práctica... como para invertir las sumas que pedía...

-¿Y qué ha cambiado?

-Verá joven... - Respondió Darwin - No está usted aquí por la beca...

-¿Y por qué estoy aquí?

-Seguridad nacional... Alto secreto... - Respondió el oficial.

-¿Yo? - Walter estaba cada vez más confuso y estupefacto.

-¿Ha oído algo acerca de los trabajos de Charles Henri Dupuy de Lôme?

-¿El inventor francés?

-Sí... exactamente. - La expresión de la delgada y abigotada cara del desconfiado oficial se contorsionó, como si al cambiar su semblante, empezara realmente a creer que efectivamente estaban hablando con la persona indicada.

-El año pasado, Dupuy de Lôme, desplegó un gran globo bastante gobernable - Mientras lo contaba Dalton observó cómo los ojos de Walter brillaban con admiración - impulsado por un gran propulsor a vapor y la fuerza de ocho personas, con el propósito de utilizarlo en la guerra franco-prusiana.

-Una importante mejora para los aerostatos de comunicación entre París y el interior de Francia, durante el asedio de París por las fuerzas prusianas. Por desgracia para los parisinos... el proyecto fue acabado después de finalizar el asedio. - Continuó Thomas.

-Es sorprendente...

-Lo es - Dijo el oficial - y muy desconocido... Gracias a nuestros esfuerzos en inteligencia... nuestros espías consiguieron una copia de los planos originales del propulsor y el globo de Dupuy...

-¿Tienen los planos? - La excitación de Walter iba en aumento.

-Más que eso muchacho... - Darwin sonrió, al verse reflejado en el muchacho... mucho antes, cuando emprendió un largo viaje en un barco llamado HMS Beagle.

-¿Más? - Ha Walter le palpitaba el corazón con fuerza.

-Lo hemos mejorado... sin usar propulsión humana y solo carbón... y lo hemos construido... - Mientras hablaba, Dalton extendió unos planos sobre la mesa... Walter no esperó a ser invitado y comenzó a observarlos y repasar sus líneas con el índice, como el amante que recorre el cuerpo de su joven amada... El oficial tuvo la extraña sensación de que aquel joven alocado e insólito los estaba memorizando.

-Espere un momento... ¿me están diciendo que han construido un ingenio volador con un habitáculo de más de trescientos treinta pies de eslora suspendido por un gran globo de helio y capaz de elevarse a una milla de altura?

-Si... así es... - Thomas contestó con temor... como si estuviera rebelando un secreto sagrado a un niño... - Tiene capacidad para una tripulación de diez individuos con sus vituallas...

-¿Y dónde han podido esconder semejante monstruo para no ser visto?, no me quiero imaginar el tamaño del globo...

-Pues está aquí... en unos astilleros en la rivera del Támesis.

-Increíble... Esto es muy emocionante señores - Walter meneaba la cabeza de manera nerviosa, mientras no podía apartar la mirada de los planos sobre la mesa - pero sigo sin entender muy bien... porque me han llamado o en que les puedo ayudar.

-Supongo que conocerá el fenómeno del Eclipse... La Gran Noche y la aparición de ese increíble fenómeno astronómico...

-¿La Brecha?

-Sí... La Brecha - Darwin lo observaba con ojos impenetrables... Era evidente que pensaba que el muchacho no era realmente consciente de lo que estaba sucediendo a su alrededor y de la gravedad de los acontecimientos.

-Pues verá Walter... - Continuó Dalton - pensamos... que La Brecha no sólo es luz...

-¿Y qué es? - Walter respondió por inercia... seguía absorto en los planos de Dupuy.

-Pensamos que es una puerta... - Darwin contestó, ahora sin

emoción.

-¿Cómo dice? - Walter salió de sus cábalas y miró frente a frente al profesor Darwin - eso no es posible... ¿Cómo han llegado a esa conclusión?

-Nos basamos en los trabajos del historiador y arqueólogo Edgar Mcelroy de Kirkwall.

-¿Qué tiene que ver un arqueólogo con un fenómeno astronómico?

-Es un gran erudito... y el único que había predicho lo que iba a ocurrir. - Continuó Dalton, como si necesitara que Walter le creyera, porque a él mismo le costaba entenderlo... - El profesor Mcelroy, publicó unos trabajos en la década de los veinte sobre el Anillo o Círculo de Brodgar, una extraña edificación Neolítica formada por un círculo Crómlech en las Islas Orcadas, al norte de Escocia. El círculo de piedra se encuentra en un istmo entre el Lago Stenness y el Lago Harray. Creemos que es una construcción contemporánea a Stonehenge...

-El profesor Mcelroy dedujo esto que le contamos, tras estudiar varias tumbas cercanas y las runas que allí aparecen... - Aclaró Darwin - Al parecer tienen alguna relación con la posición de esas pesadas piedras... También y siempre siguiendo esos mismos parámetros míticos... el profesor da una explicación al fenómeno de los regresados...

-¿Los regresados?...

-Sí, Mr. Mcelroy en sus escritos habla de unas misteriosas fiebres que despoblaron las Orcadas en una época muy primitiva... habla de ese fenómeno y del testimonio de los escasos supervivientes, plasmado en complejas runas talladas en piedra.

-¿Esto ya ha ocurrido antes?

-Según Mcelroy es un proceso cíclico - continuó Darwin - No estamos seguros de la periodicidad o incluso de si esta es constante... Pero el profesor habla de que el fenómeno tiene un impacto terrible en el proceso biológico de la evolución humana.

-Muy interesante profesor... pero eso no contesta mi pregunta... Supongo que el fallecido profesor, argumentaría algo más...

-No ha muerto... - Contestó el oficial, ahora algo más nervioso y casi enfadado por el tiempo transcurrido en convencer a Walter - El profesor Mcelroy vive en una casa solariega en las proximidades del Anillo de Brodgar , pero no hemos conseguido llegar a él, aún... el mal tiempo impide atravesar hasta las Islas Orcadas.

-Si... pero no entiendo...

-¡No tiene que entender! - El oficial se puso en pie, ante la mirada estupefacta de Dalton y Darwin, más acostumbrados al razonamiento

y el debate - El Ejercito de su Majestad Isabel, le ha reclutado forzosamente y con efecto inmediato... Queremos que ponga en práctica sus teorías de navegación y piloto el HMS Deméter.

-¿El HMS Deméter? - Walter no salía de su asombro.

-Es el nombre del dirigible, muchacho.. - Le aclaró Darwin...

-¿Y a donde quiere viajar con ese monstruo?

-Pondremos rumbo a la frontera Norte de Escocia... primero rumbo a Thurso, donde recogeremos al Coronel William Macfair y otro miembro de la misión y después iremos rumbo al Anillo.

-¿Porque al anillo? - Preguntó Walter inquieto, aunque conocía el arriesgo de que el irascible militar montara en cólera.

-Por dos motivos - Aclaró Dalton, lanzando una mirada autoritaria que relajó al oficial - Primero porque queremos que el profesor Edgar Mcelroy se una a su misión y segunda, porque pensamos que la Brecha está suspendida sobre el Anillo de Brodgar.

SANGRE NEGRA

4

William Macfair siguió a Thomas Mcniff hasta la entrada del viejo hospital de Thurso. El veterano oficial no pudo evitar que se le helara la sangre... y no precisamente a causa del viento helado y gélido proveniente del mar tempestuoso. Aquel lugar parecía maldito... Edificios ruinosos como resultado de incendios, basura, agujeros de bala... parecía como si todo el terreno hubiera sido un macabro escenario para una cruel batalla, cuyas dimensiones apenas podían imaginarse.

El viejo hospital de Thurso era un lugar frío y sombrío, un edificio de piedra negra con las ventanas rotas. Los portones que daban entrada al antiguo sanatorio tenían un ojo de buey en cada puerta. Ambos rotos, estaban medio abiertos. Meciéndose y crujiendo al ritmo del incansable viento nocturno.

Este es el hospital, coronel - Dijo Mcniff embutido en su grueso abrigo - Jonah Fox, está ahí dentro.

-¿No va a pasar? - Macfair aún permanecía detrás de su guía.

-¿Cómo cree que aún sigo vivo?

-Pues sinceramente... no lo sé. - William Macfair se encogió de hombros, mientras un escalofrío le recorrió el espinazo, aquello no le olía bien.

-Porque hasta ahora... me he arriesgado poco. Como le he dicho en el Concejo, Jonah ha perdido el Norte... si es que esa frase se puede decir en un lugar como este... No pienso entrar ahí, en este edificio oscuro y siniestro, donde un tipo con dos Rimfire del treinta dos, está obsesionado con liberarnos a todos a través de la bendición de la muerte...

-Pero usted dijo que Fox le salvó la vida...

-Sí y así fue... antes de que se convirtiera en un loco iluminado... su mente perturbada le llevó por esa senda, para tratar de entender lo que había ocurrido... Si le encuentra y le convence... No confié en él... Él se ve a sí mismo como un guerrero místico, un ángel vengador o yo qué demonios sé...

-Está bien, como quiera. - El coronel tomó su bastón y giró el pomo de plata ante los estupefactos y saltones ojos de Mcniff... Tiró con suavidad y desenvainó un sable oculto dentro de la madera... Bajo la luz de los farolillos el arma brilló con un fulgor irreal...

-Es usted un hombre lleno de sorpresas coronel... - Mcniff esbozó una mueca - Aun así, dudo que eso sirva algo contra las Smith & Wesson de Fox...

-No me malinterprete Mcniff... No he recorrido tantas millas desde Londres para matar a Fox, le necesito... Pero después de tantos años en el oficio de soldado, uno toma sus precauciones...

-Le esperaré en el Concejo coronel... Si sobrevive, búsqueme allí, si me necesita para algo claro... Ya no pienso salir hasta que regrese el sol.

-Creo que ya no le necesitaré Mcniff... pero le agradezco su ayuda...

-Un placer coronel, que tenga suerte - Y diciendo esto, Thomas Mcniff le dio su farolillo al coronel y dio media vuelta, para al instante desaparecer por donde había venido, dejando solo a Macfair ante la siniestra entrada del abandonado hospital de Thurso.

William Macfair atravesó las puertas despacio. Tratando de no armar demasiado jaleó... Pero los portalones estaban muy deteriorados por los golpes y la humedad y las bisagras oxidadas chirriaron como gatos atrapados en una caja de agujas... Macfair se percató de que si allí, ciertamente había alguien, era muy probable que ya fuera consciente de su presencia, así pues trató de alertarle de sus intenciones y minimizar los riesgos... La improvisación ante los sustos... No solía terminar bien en cualquier guerra.

¡¿Hay alguien ahí?! ¡Jonah Fox!... - La voz de Macfair sonaba quebradiza, a lo largo de un pasillo estrecho e interminable, cubierto de charcos, sillas rotas y otros restos de lucha... Macfair levantó su farolillo con la mano izquierda y con su sable tenso a la altura de la cintura, sostenido con su nudosa mano derecha, avanzó pisando el agua bajo sus pies... Aquella pequeña inundación podía provenir de alguna tubería o desagüe roto durante la contienda...

Súbitamente escuchó un fuerte golpe al otro lado del pasillo... Luego un grito ahogado, pero no pudo distinguir sexo o edad de su dueño y de nuevo otro golpe... Al poco rato se encendió otra luz, saliendo de una puerta abierta a la izquierda y al final del pasillo... Macfair continuó avanzando rumbo a la luz, a pesar del frío, un sudor acuoso perlaba su frente arrugada... El experimentado oficial sabía que podía estarse dirigiendo hacia una trampa.

Finalmente el coronel alcanzó la puerta. La escena parecía algo siniestra y heló la sangre del viejo oficial... Se trataba de una especie sala de curas o de operaciones. La estancia tenía las paredes de azulejos blancos, muebles color crema y en el centro un gran sillón similar al de los dentistas, donde una niña permanecía atada con

fuertes correajes... Delante de ella y de espaldas a Macfair había un hombre de mediana edad, cabello negro azabache, una melena que le alcanzaba los hombros y una extraña perilla vikinga trenzada y sin bigote. Vestía una camisa de franela a cuadros, pantalones vaqueros y botas altas... El individuo estaba sentado, con el respaldo de la silla al revés, apoyado sobre éste y con las manos cruzadas, permaneciendo ocultas sus manos desde la perspectiva de Macfair...

La niña tendría unos trece años, era muy blanca y tenía una melena negra alborotada y sucia... vestía un camisón repleto de manchas negras... estaba amordazada, con la cabeza baja y no paraba de zarandearse y palpitar, tratándose de soltar las ligaduras que la inmovilizaban de pies y manos... La silla sobre la que estaba atada era abatible... y estaba abierta, de tal forma que la infeliz miraba hacia arriba...

-¿Jonah Fox?... - Preguntó con voz insegura el oficial... Aún transcurrió un largo instante, antes de que el otro respondiera...

-¿Quién lo quiere saber? - La voz de Fox, sonó áspera y sombría como la boca del averno.

-Mi nombre es coronel William Macfair, Comandante en Jefe de la Cuarta Sección de los Scots Grey de su Majestad. ¿Con quién tengo el placer de conversar? - Súbitamente la niña emitió un gruñido gutural ahogado tras las vendas que le cubrían la boca... un líquido oscuro y viscoso comenzó a manar de la venda y gotear hasta llegar a su camisón... - Dios Santo... - gruñó Macfair boquiabierto - ¿Que le está usted haciendo a esa pobre niña?

-¿Pobre niña? - Contestó Fox, con una voz que heló la sangre del coronel y diciendo esto, Macfair escuchó un chasquido que le resultó muy familiar... Fox había quitado el seguro a sus dos revólveres y haciendo alarde de una agilidad increíble saltó, tirando la silla hacia un lado, volviéndose y encañonando la cabeza del coronel sin que a este le diera tiempo a inmutarse...

-¡Fox! ¿Ha perdido usted el juicio hijo? Es usted un soldado de su majestad, un ranger... ¡recuerde su deber!

-Suelte ese sable coronel... - Los ojos de Fox eran fríos, de color aguamarina. Su rostro fibroso y marcado, de mandíbula algo prominente y frente amplia... Macfair reparó en un tatuaje con forma de serpiente que brotaba de su hombro ascendiendo por su cuello y fue entonces cuando recordó el informe de inteligencia sobre Fox... Era originario de las Orcadas, de ascendencia escandinava. Un tipo frío y duro, muy eficiente que nunca terminó de aclimatarse del todo a la disciplina del ejército británico. Si Fox hubiera nacido en el siglo XI, hubiera sido sin duda un pirata vikingo... El coronel, acostumbrado a

situaciones tensas... no se fió y prefirió no calcular la locura de su interlocutor... con un gesto lento y taimado tiró el sable al suelo...

-Muy bien... Aquí me tiene coronel... ¿Qué busca usted? - Le interrogó Fox, sin dejar de encañonarle los ojos.

-Verá Jonah... ¿puedo llamarle Jonah, verdad? - Macfair trató de esbozar una sonrisa, pero no lo consiguió y su rostros dibujó una mueca sombría - he venido desde Londres en su busca... Le necesitamos... El Imperio entero le necesita hijo... Tengo una misión muy importante y peligrosa y el Alto Mando piensa que sus... digamos... especiales habilidades nos serán muy útiles para la misión...

-Ya cumplí con mi papeleta y me licencié, maldito inglés. Ya sufragué mi tributo a la corona en el Golfo de Bengala durante dos largos años... No les debo nada.

-Lo sé hijo. No es una obligación, es una oferta... Y no soy inglés... soy escocés... Como usted... ¿Le importaría retirar el cañón de sus pistolas de mi cara? - Macfair observó un atisbo de duda en Fox y acto seguido, este bajó el arma y le permitió recoger su sable...

-Y dígame Fox... ¿Por qué tiene a esa niña ahí? Parece muy enferma...

-No es una niña... - Dijo el otro, volviéndose de nuevo para mirarla...

-Perdón... no le entiendo...

-Acérquese coronel... será mejor que vea algo...

Macfair, aún desconfiado, hizo caso a Fox y se aproximó muy despacio a la silla. Sobre la que temblaba entre estertores de dolor y angustia la desdichada. Cuando estuvo suficientemente cerca se quedó pálido y con el rostro descompuesto... Aquel ser tenía los ojos amarillos de gato de los Regresados que tan familiares eran ya para Macfair, pero había algo raro en su rostro... estaba más pálido, más azulado y sus rasgos eran más afilados, casi bestiales... Los vasos sanguíneos del cuello de la niña estaban hinchados y eran de color negruzco... Como si fuera un cadáver que empezaba a entrar en la fase de descomposición... el hedor era terrible y húmedo... Pero aquel ser se movía y gemía... le miraba con sus ojos fríos y mortíferos, anhelándole... como si Macfair fuera un buen filete listo para servirse...

-¡Acérquese más! - Gritó Fox y Macfair aterrado le hizo caso sin plantearse el peligro... Esforzándose por no salir corriendo... Como cualquier hombre que estuviese en su sano juicio, hubiera hecho. Largándose de allí, William Macfair empezó a entender un poco mejor la actitud cobarde y precavida de Mcniff.

-Pero... ¿Qué es esto?...

-Esto coronel... Es lo que les ocurre a los Regresados más antiguos... Los llevan más semanas en este estado... evolucionado - Y mientras decía aquello. Fox le arrancó la mordaza a la niña... Dejando ver una mandíbula anárquica, apiñada y con incisivos afilados como las garras de Satanás - Los más antiguos... se van transformando en seres monstruosos... que solo ansían nutrirse con la sangre y la carne de los vivos... - Entre tanto, la monstruosa niña gritaba con voz de ultratumba y se revolvía, vomitando y babeando el líquido negro y viscoso que Macfair había observado al entrar... - Un mordisco de estos cabrones... y le entierran coronel... la infección es inmediata, sino le arranca de un mordisco algún punto vital... y si una manada o él mismo que le ataque, no le destroza antes, claro...

-Dios Santo... Que el señor nos proteja...

-¿Sabe una cosa Macfair?... Le acompañaré... Pero quiero que entienda una cosa... Dios ya no escucha... - Sentenció Fox y diciendo esto... puso el cañón de una de sus Rimfire en la sien de la niña y apretó el gatillo... La pared de detrás se llenó de sesos grises y sangre negra... Macfair saltó hacia atrás y casi perdió el equilibrio de la impresión...

-¡Madre Bendita!... ¿Cuántas de esas criaturas quedan en Thurso?

-Esta criatura... - Susurró Fox y su voz sonó por un instante más humana - era la última... - Macfair distinguió una lágrima furtiva en el rostro sombrío y curtido de Fox - esa criatura... era mi hermana.

EL HMS DEMÉTER

5

La noche era limpia y despejada. Las estrellas cubrían el Londres victoriano, como una cortina apacible y calmada... Todo lo contrario a lo que ocurría en tierra. Una luz rojiza y vibrante cubría las calles en el barrio obrero de Whitechapel en el distrito londinense de Tower Hamlets. Multitudes furiosas se arremolinaban y apretujaban contra las improvisadas barricadas que habían preparado el ejército y Scotland Yard. Gritos y fuertes explosiones inundaban el resto de calles de la ciudad, en una imparable ascensión de la violencia, pero ya era tarde... El proceso de evolución de los regresados, algo más tardío que en el norte de las islas Británicas, más próximo al origen de La Brecha... ya había comenzado.

Walter Stewart se miró al espejo. La casaca roja de la Royal Army le sentaba como un guante nuevo. Una vez se estiró los pantalones negros y sacó algo de brillo a las botas de cuero negro y reluciente, el nuevo alférez Stewart estaba listo para asumir su puesto. Miró a su alrededor, su camarote era confortable y elegante. Suelos británicamente enmoquetados, paredes de madera y tres esplendidas cubiertas aún por explorar y descubrir. El HMS Deméter era una verdadera fortaleza volante, custodiada por una gran aleta a forma de timón a estribor y dos grandes hélices a cada lado, impulsadas por la presión del vapor... Un auténtico buque de guerra del aíre.

Los ingenieros de la Cuarta Sección lo habían construido en apenas un mes, usando los planos Dupuy de Lome y agregando algunas innovaciones fruto de la necesidad. Porque realmente, el HMS Deméter era una pequeña embarcación a vapor reconvertida. Las bruñidas toberas entraban y salían de los estrechos y enmaderados pasillos salpicados de arcadas y atestados de pequeñas puertecillas con ojos de buey. Sus venas de metal se retorcían, entraban y salían por los conductos cual alambique de una destilería de Whisky escocés. Era como si la estructura de vapor y gas se hubiera encajado a golpe de torpe herrero, pero de la mano de los mejores artistas de la corte... En una locura nacida del mejor ingenio inglés y la peor de las necesidades...

Walter apenas había tenido tiempo de terminar de explorar la

nave. Pasados unos minutos se presentó en el puente, al que se accedía a través de un estrecho conducto con una escalinata de metal ascendente. El puente no era muy distinto al de cualquier embarcación marítima, si bien, el gusto británico por los mullidos y acolchados sofás de satén y los tapetes desencajaron un poco a Walter, que aún así, no dudó en dirigirse al timón frente a la mesa de mapas... Un amplio mamparo cubría el frontal del puente, permitiendo una espléndida visibilidad frontal...

Connor Thomas se encontraba a un lado de la puerta de entrada al puente, intercambió despachos telegráficos con la capitanía, el puesto de tierra en la zona del Astillero y la Royal Society y frente a ellos, el colosal astillero que daba acceso a las negras aguas del Támesis.

-¡Debemos partir ya señor Stewart! - Ordenó Connor, visiblemente alterado. Las informaciones que le habían llegado empezaban a ser preocupantes y muy alarmantes.

-¿Ha embarcado ya toda la tripulación, capitán Connor? - Respondió Walter, con aire confuso, mientras movía brillantes y alargadas palancas y roscas dentadas de metal bajo medidores tipo reloj, en una consola color bronce, cercana al timón...

-No alférez... - Contestó Connor irritado y con la tez visiblemente roja por la pregunta... No estaba acostumbrado a que le cuestionaran las órdenes... Pero tal y como le habían rogado Joseph Dalton y Charles Darwin, debía tener paciencia, pues al fin y al cabo y aunque fuera reclutado a la fuerza, Walter no dejaba de ser un civil y en materia castrense era un completo ignorante. - No creo que lleguen a tiempo. Las multitudes enloquecidas han cortado el último convoy de suministros. He ordenado al personal de tierra que corte las amarras. Nos liberaremos en cinco minutos. La dotación actual del HMS Deméter, ósea usted, yo, los cuatro soldados de infantería de la Cuarta Sección que embarcaron antes que usted y el maquinista jefe Robert Malley, es todo lo que tenemos...

-Vaya panorama... - Y diciendo esto, oprimió una pesada palanca que encendía un aviso en la cubierta inferior... Walter aún no conocía en persona a Malley y solo había hablado con él por un interfono... Esa era la señal para que Malley comenzara a quemar combustible más rápido, paso previo, al despegue.

Los astilleros eran oscuros y fríos. Sus ventanales alargados, sucios y rotos dejaban entrar un aíre invernal que hacía zarandearse al zepelín... Visto en perspectiva, el HMS Deméter era una especie de dragón gris de proporciones colosales, con una barriga comparativamente minúscula, con respecto al resto de la estructura del globo superior, de tonos madera y bronce iluminada tenuemente

por pequeños farolillos de gas.

Colosales amarras sujetaban la nave contra el suelo y una única escalinata daba acceso al interior del casco, a través de una trampilla inferior... En tierra un destacamento de la Cuarta Sección montaba guardia, nerviosos e intranquilos, mientras se escuchaban toda suerte de gritos, explosiones y disparos en el exterior... Estaba claro, que la multitud enloquecida no tardaría en aparecer...

-Mi sargento... - Dijo el cabo de comunicaciones levantándose de su escritorio, donde se aposentaba el pesado cajón del telégrafo... que con un cable permanecía enganchado, ascendiendo hasta el interior HMS Deméter por la misma escotilla que la escalinata-El capitán Connor nos ordena que cortemos amarras, señor.

-¡Señor Joseph, señor Henry, señor William! - El sargento llamó a los tres soldados que tenía más cerca... - Ocúpense de cortar esas amarras. No tenemos mucho tiempo, antes de que esos hijos de Caín entren y nos fastidien la fiesta... ¡La reina y el Imperio dependen de ustedes caballeros!

Una nueva explosión interrumpió a los soldados... El sargento comenzó a gritar como un becerro herido, los soldados corrían y calaban sus rifles Martini-Henry calibre 45, cruzándose de un lado a otro como avispas enfurecidas. Mientras, ante la mirada atónita de los hombres de la Cuarta Sección, las pesadas y metálicas puertas del astillero cedían y caían levantando una cortina de polvo, partiendo el suelo embaldosado... Era como si dos colosos negros hubieran cedido ante el peso del tiempo imparable... Los tres soldados ya habían cortado una de las tres amarras cuando de la fría noche, ahora visible, comenzaron a emerger ojos amarillentos y aterradores... El sargento no podía contar cuantos de aquellos seres se dirigían hacia ellos... Sus rostros eran como muecas sádicas sedientas de sangre caliente y sus lamentos y gruñidos guturales podrían haber helado la sangre de cualquier guerrero legendario... cadáveres trémulos y felinos andando con pies de hombre con ropas en muchos casos ensangrentadas y desgarradas... Algunos parecían aún hombres y mujeres... Pero otros estaban horriblemente desfigurados... destripados por sus ahora, propios hermanos... Había niños, ancianos y espectros irreconocibles... ¿Pero cómo habían encontrado aquel lugar? Quizás ya no importaba demasiado...

Súbitamente el sargento salió de su estupor, ante la horrible visión y de nuevo, volvió a gritar órdenes, desesperado... Un pelotón improvisado formó rápidamente dos columnas frente a la muchedumbre agresora. A un nuevo grito, el pelotón disparó.

Los rifles Martini-Henry podían llegar a alcanzar los 13 disparos

por minuto y su calibre 45 explosionaba contra los miembros o cabeza de los atacantes... Derribándolos al instante... Pero la horda era inagotable y parecía no tener miedo al despedace... La carnicería era atroz, muy pronto los ensordecedores disparos enmudecieron los gritos de los regresados... pero solo por unos interminables instantes...

Algunas cajas de madera en las esquinas más alejadas del recinto comenzaron a arder... Mientras los cuerpos de los atacantes seguían cayendo al suelo... muchos otros continuaron avanzando hacia la soldadesca... La segunda amarra se soltó, mientras la escalinata empezaba a recogerse desde la panza del monstruo de metal y madera liberado... La Deméter se zarandeó a un golpe de viento, producido por la nueva corriente que penetraba desde los portalones abatidos, hasta la salida al río. El golpe hizo perder el equilibrio a Walter y Connor... y por un instante las luces del HMS Deméter parpadearon... Una nueva explosión y en el suelo, se liberó la última amarra... - "Alguien consiguió su propósito antes de morir"... - Pensó Connor y aquel pensamiento sombreó le hizo estremecerse... Tal vez... Londres ya no estaría ahí para recibirles a su regreso... Tal vez, ya no regresaran... Según le había informado Joseph Dalton, todo era incierto... La teoría de Edgar Mcelroy. Según el profesor Mcelroy La Brecha era la causante de la transformación diabólica que sufrían los enfermos de la Peste Oscura. Pero esa misma Brecha, era la clave para acabar con la enfermedad, la Gran Noche e incluso con aquella horrible realidad. Porque según Mcelroy, la Brecha era una extraña colisión entre el espacio y el tiempo, una especie de puerta hacía lo infinito y lo desconocido... Una extraña broma de los dioses... Connor no lo entendía del todo... Pero tenía muy claro cuál era su misión.

Cuando el HMS Deméter abandonó el astillero y comenzó a elevarse en medio de la fría noche, por encima del Big Ben y las Casas del Parlamento, ya no quedaba nadie vivo dentro del astillero... Los supervivientes del zepelín no habían escuchado los ahogados gritos de los devorados en tierra... Que muy pronto fueron asfixiados por el clamor de las calles de Londres... Consumidas por el fuego y las multitudes desesperadas huyendo hacia ninguna parte... Dolido, Connor miró al infantil Walter mientras no paraba de mover palancas y girar a un lado y a otro el timón equilibrando la nave a través de las corriente de aíre frio... Connor se preguntó que habría sido de Dalton y Darwin... Tal vez... ¿Aún seguirían vivos ahí abajo?

-Muy bien capitán - Dijo Walter con aire comedido. - Ya estamos a suficiente altura, dígame nuestro destino...

-Ponga rumbo a Thurso, Escocia...

-¿No íbamos directos hacia las Orcadas?

-No señor Stewart, primero debemos aterrizar en Thurso y tratar de localizar al coronel William Macfair... Confiemos en que haya tenido suerte y haya localizado a un nuevo amiguito...

Cuando las luces e incidencias del populoso Londres se ahogaron en la oscuridad y la brújula y el sextante fueron las únicas guías del HMS Deméter. Walter empezó a recordar y reparar en sus amigos... incluso en su familia, sabía que no podría convencer a Connor para parar a recogerlos... Ya era, seguramente, demasiado tarde para todos ellos. Por un instante y a pesar de las corrientes de aire caliente que procedían de la caldera y calentaban los habitáculos del Deméter, Walter sintió frio, aquella sensación lo estremeció y no pudo evitar sentirse el último hombre vivo de la Tierra.

ATRAPADOS EN THURSO

6

El edificio del ayuntamiento de Thurso permanecía apuntalado... Jonah Fox se había equivocado gravemente, no estaban solos... Los regresados de las poblaciones cercanas podían oler la carne viva... Una semana después de su encuentro con el coronel William Macfair permanecían atrincherados en la corporación local.

El alguacil Thomas Mcniff, no había tenido mucha suerte... Tras dejar a Macfair en el hospital trató de moverse en la oscuridad rumbo al ayuntamiento... No esperaba un nuevo ataque. Aquel niño no debía tener más de cuatro años, pero se movía como un animal rabioso, tan rápido que apenas pudo oírlo llegar y ya tenía sus colmillos clavados en la pierna... Mcniff tuvo que luchar hasta deshacerse del muchacho y matarlo a golpes contra el suelo... No estaba solo... Mcniff escuchó más pisadas moviéndose en la oscuridad y luego aquellos ojos, más feroces y relucientes que de costumbre, la mutación parecía no detenerse.

El alguacil no se paró a preguntar, cojeando y goteando sangre a borbotones alcanzó la seguridad del ayuntamiento y volvió a bloquear la puerta... Ya en su madriguera sintió como los escalofríos recorrían su espinazo y un sudor frio y pastoso le perlaba la frente y las extremidades... Mcniff pudo parar la hemorragia haciéndose un torniquete y bastante debilitado alcanzar el sofá de su despacho... Sin embargo, la fiebre no tardó en aparecer...

Jonah Fox y William Macfair abandonaron el hospital algo desprevenidos. Al salir por la puerta principal encontraron un inesperado comité de bienvenida... Media docena de regresados parecieron salir de sus escondrijos, gruñendo y observándoles con aquellos terribles ojos infernales... Tres hombres y tres mujeres de diferentes edades y en avanzado estado evolutivo, con garras como garfios y rasgos felinos muy marcados se abalanzaron sobre ellos. Macfair no podía dar crédito a la agilidad de Fox que desenfundó antes incluso de que él pudiera echar mano de la espada oculta en su bastón...

El primer hombre cayó de espaldas, con un tiro a bocajarro hundido en la frente. Sus sesos se estamparon contra el suelo... Una de las mujeres, corrió hacia el desdichado y empezó a lamer el suelo. La escena era horrorosa, aquella criatura horrible se puso a sorber con

avidez un charco sanguinolento de masa encefálica... Los otros continuaron avanzando de forma sigilosa, rodeando a los dos hombres. Macfair hizo una mueca y sintió nauseas al contemplar la escena. Pero Fox parecía más concentrando en calcular el siguiente ataque.

Los cinco restantes se abalanzaron sobre ellos. Fox lanzó dos disparos, a izquierda y derecha sin apartar la vista al frente y parando a un tercer atacante con una patada contra el pecho. Macfair hundió su espada en el vientre de una mujer, luego sacó el filo, esquivó a otro atacante... para al instante girar sobre si mismo cortando el cuello de la mujer que ya había herido, de forma limpia y seca... La cabeza de la desdichada voló hacia la izquierda y se perdió en la oscuridad de la noche fría...

El atacante frontal de Fox cayó al suelo, pero se incorporó rápidamente... Gruñó como una mala bestia y se abalanzó de nuevo contra Fox, que no tardó en volver a apuntar a su cabeza, disparar y volarla en mil pedazos...

Entre tanto, Macfair se giró hacía su segundo atacante y le lanzó una estocada, pero el regresado la esquivó y se abalanzó sobre su hombro desprotegido... A escasos centímetros de objetivo, Fox ya concentrado en la nueva amenaza, volvió a encañonarle y le disparó reventándole también los sesos. Gracias a los rápidos reflejos de Fox y a escasos segundos de que le alcanzara, Macfair se libró de la fatal mordedura.

-¡Por el Todopoderoso! - Macfair parecía irritado... Aún no había recobrado el resuello - ¿No dijo usted que ya no quedaban más de esas cosas en Thurso?

-Eso dije Coronel...

-¿Entonces se equivocó?

-No me equivoqué... Estos no eran de Thurso... - Fox dedicó un sonrisa siniestra a Macfair - ¿Va a seguirme? o ¿prefiere que nos quedemos aquí esperando más visitas?

-Adelante Fox... no se detenga...

Los dos hombres avanzaron por la plaza rumbo a la casa consistorial... Cuando llegaron y para su sorpresa las puertas estaban atrancadas y el quisquilloso alguacil Mcniff no contestaba... Nuevos gruñidos en la oscuridad erizaron el bello de la nuca de Macfair.

-¿No hay otra entrada?... - Preguntó Macfair, visiblemente preocupado.

-Quizás... - Y diciendo esto, Fox comenzó a correr rodeando el edificio. Macfair no esperó a ser invitado le siguió tan rápido como pudo.

El edificio del ayuntamiento tenía una puerta trasera y a la derecha de esta una ventana baja, que daba a una planta subterránea... No tenía barrotes, pero era un poco estrecha...

-Métase coronel - Ordenó Fox apuntando a la trampilla con su arma.

-¿Está bromeando?, hijo... - Macfair no pensaba obedecerle... No le gustaba la idea de entrar en un edificio a oscuras y más después de lo que había presenciado en la última hora.

-¿Escucha esos gruñidos, coronel? - Fox hizo un gesto, exagerando la mano tras la oreja.

-Si...

-Verá... son los invitados a la cena... Nosotros somos el plato fuerte... Quizás prefiera quedarse a ver qué pasa...

-Tiene un humor extraño Fox... - Macfair gruño un poco, se quitó su pesada capa y la tiró... Metió los pies por la pequeña ventana y fue empujando... Su grosor le impedía entrar con comodidad... Entre tanto los gruñidos eran cada vez más fuertes... Sea lo grande que fuera el grupo, estaban cada vez más cerca.

-¡Deprisa coronel, ya están aquí! - Fox sacó su segunda arma y se preparó para abrir fuego... Finalmente Macfair entró en la sala, que estaba dos metros más baja que la ventana a ras de calle... El coronel calló como un peso muerto... Fox pudo escuchar el golpe y una maldición... Hubiera resultado cómico, de no ser porque la situación en la que se encontraba no invitaba al humor.

Un nuevo regresado apareció por su derecha... Mientras se incorporaba Macfair pudo escuchar un disparo... La poca luz que tenía la habitación, manaba de la ventana y de los faroles de la calle... Trató de dirigirse a la ventana presuroso, pero antes de llegar sonaron dos disparos más y luego el silencio y el viento...

Jonah Fox metió sus pies por la ventana y luego se dejó caer... A diferencia del coronel, cayó de pie...

-¡Dios Santo Jonah! - El coronel respiró aliviado - Si esas cosas no me matan lo hará usted con sus sustos...

-Esto no ha terminado coronel... ¿Dónde está su sable?

-Cierto... mi sable... - El coronel avanzó unos pasos y se arrodillo para recogerlo del suelo.

Las pisadas de Macfair retumbaron en el suelo de tarima carcomida... Jonah Fox avanzó hasta unas escaleras, buscando a tientas un farolillo o algo que encender... No lo encontró, pero decidió no detenerse. Lento y sigiloso subió las escaleras sin hacer ruido, seguido de Macfair...

La estancia daba acceso a la primera planta a través de una

trampilla de madera, que estaba bajo una alfombra... Los dos hombres tuvieron que empujar con fuerza para que el tapiz que cubría la salida cediera...

La primera planta continuaba iluminada bajo la luz de las velas... Pero era evidente que muchas se habían apagado y el resto estaban casi consumidas... En conjunto el lugar estaba más oscuro de lo que lo recordaba Macfair en su primera visita.

-¿Thomas? - Llamó Macfair - ¡Alguacil Thomas Mcniff! - Continuó sin obtener respuesta.

-Creo que no debe andar lejos... - Dijo Fox... bajando la voz.

-¿Cómo lo sabe? - Macfair no paraba de sorprenderse de las habilidades de Jonah Fox.

Fox hizo un gesto a Macfair para que se callara y acto seguido, le señaló el suelo. Macfair no se había percatado, pero tras el aviso de Fox, se quedó horrorizado. Había un charco de sangre que partía de la entrada y luego iba hasta la cocina... a la izquierda, para luego y en menor cantidad, continuar un reguero de sangre hasta la entrada del despacho.

Fox sacó sus armas y comenzó a avanzar despacio, para no hacer ruido. Macfair le seguía con el sable alzado. Cuando la extraña pareja alcanzó la entrada abierta del despacho de Thomas Mcniff se encontraron el sofá vacío y salpicado de sangre.

-¿Pero dónde diablos se ha metido? - Preguntó Macfair y antes de terminar la frase, escuchó un gruñido familiar a su espalda.

-¡Cuidado! - Gritó Jonah... Pero ya era tarde...

La criatura que anteriormente había sido el alguacil Thomas Mcniff clavó sus dientes aún humanos en el hombro descubierto del coronel... Tan solo un rasguño, no le dio tiempo a más, antes de que Fox apartara al coronel de un manotazo y disparara a bocajarro, explosionando la cabeza de Mcniff como una calabaza hueca...

-Macfair cayó al suelo aturdido... Aún en el suelo sintió una punzada de dolor fuerte en el hombro y se llevó instintivamente la mano a la herida.

-Maldita sea... me ha mordido... - Gimió el coronel en el suelo...

-No se preocupe coronel - le respondió Fox, tendiéndole la mano para ayudarlo a incorporarse.

-¿Qué no me preocupe? Hijo... por lo que he visto, esta extraña enfermedad se transmite por el intercambio de fluidos... ¡Mire la pierna de ese desgraciado! - Mientras hablaba, Macfair tomó la mano de Fox y se incorporó...

-No me mal interpreté coronel. No estoy diciendo que no se haya infectado... Lo que quiero decir es que su caso es diferente al del pobre

alguacil.

-Explíquese Fox.

-Verá... a Thomas Mcniff le mordieron en la femoral... No solo le entró más veneno, sino que la pérdida de sangre agudizó su proceso necrótico. Su ciclo de cambio fue quizás el más rápido que yo he visto.

-¿Qué significa eso?

-Significa coronel, que usted ha sufrido un rasguño... Está infectado sí, pero que aún tardará horas o días en transformarse y recorrerá antes por todos los desagradables estadios de la enfermedad.

-Vaya... ¿Es eso lo que le dice usted a quien va a morir? ¿Qué no sé preocupe?

-Coronel... - Fox le miró con simpatía - Es usted un soldado... al igual que yo, ha visto la muerte muchas veces... La ha mirado a la cara y sabía perfectamente que alguna vez le llegaría... - Macfair asintió, mientras escuchaba a Fox - Creo que tanto usted, como yo, preferimos que la muerte llegue luchando y no enfermos, esperando un final, que en su caso no será tal...

-¿Me va a matar?

-¿Matarle?, si... - Fox volvió a sonreír - Pero no ahora... ¿Escucha eso? - Los dos hombres se quedaron en silencio, escuchando al viento batir contra las paredes del edificio... Pero en aquel rumor no solo estaba el viento... gruñidos se iban poco a poco concentrando alrededor del edificio - Es el sonido de lo inevitable.

-Ya le comprendí Fox... tendrá mi ayuda hasta el momento último...

-Lo sé, coronel... Pero aparte de nuestra situación necesito que me cuente porque está usted aquí realmente...

-Verá Fox... Calculo que en dos días llegará un transporte... Aquí a Thurso.

-¿Un transporte? ¿Con esta noche continua y tantos regresados caminando por los bosques y las ciudades de aquí a Londres?

-No vendrán por tierra...

¿Un barco?

-No exactamente...

-Mire coronel, podemos jugar a las adivinanzas toda la noche... Pero si no se sincera conmigo, no voy a poder ayudarle en su misión...

-Una máquina voladora... Un globo aerostático, viene desde Londres...

-No lo entiendo... Esos cacharros vuelan en la dirección del viento.

-Este no... Es mucho mayor que cualquier otro que haya visto o oído... y esta propulsado por una máquina de vapor... Vendrá en el plazo que le he dicho.

-Muy bien - Fox hizo una mueca - Supongamos que su máquina voladora llega a Thurso para recogernos... ¿Y después qué?

-El plan es que nos recojan en la azotea de este edificio. Luego al menos, estamos en el lugar indicado.

-Vaya... me alegra de que algo haya salido bien.

-Si... Después iremos al Anillo de Brodgar en la isla de Mainland.

-¿Se refiere a las piedras prehistóricas?

-Si... aunque parezca una locura. Allí buscaremos al profesor Edgar Mcelroy... Tiene una casa solariega no lejos, según tenemos entendido...

-Vale... Digamos que se ha recorrido una cantidad alucinante de millas... pone en peligro su vida... y todo esto... ¿para encontrar a un profesor loco en las islas Orcadas?

-Sí... ¿Ha visto La Brecha?

-Claro... esa cosa y la Luna son la única fuente de luz en el cielo...

-Aquí es mucho más brillante que en Londres... ¿Sabe por qué? - Fox negó con la cabeza - Porque esa maldita Brecha... está situada justo encima de ese Anillo de piedras y Mcelroy ¿es el único que sabe por qué La Brecha ha aparecido allí?

-Dios Santo...

-Sí Fox... es de locos. Pensamos que La Brecha es la causa del eclipse perpetuo y de la aparición de los regresados...

SANGRE, FUEGO E INFIERNO

7

El HMS Deméter avanzó en silencio bajo los claros rayos de la luna llena, que intermitente, se iba ocultando bajo un espeso manto de nubes negras y amenazadoras. Como un monstruo mítico y silencioso, la luz rojiza de los fuegos de Thurso iluminaba flamígera la panza del dirigible... Entre tanto, su tripulación contemplaba inquieta lo que sucedía a ras de suelo...

-¡Dios Santo! - Exclamó el bigotudo y rechoncho señor Robert Malley, parecía como si fuera a escupir su pipa de espuma de mar... Que según decía había adquirido años atrás en una lejana isla de los mares del sur - ¿El coronel William Macfair está ahí abajo?.

-¡Compórtese Teniente Malley! - Ordenó el capitán Connor Thomas - Somos oficiales de su Majestad.

-Sí capitán... - el viejo teniente asintió, a diferencia del joven Thomas, Malley no era un Oficial de carrera, había ascendido prestando servicios en toda clase de guerras a lo largo y ancho del mundo.

-Suponiendo que el coronel siga vivo... - Dijo al fin, el recién estrenado alférez Walter Stewart - ¿Cómo piensa llegar a él, capitán?

-No se preocupe alférez timonel... - Thomas tenía una extraña obsesión por los formalismos - Usted, tan sólo preocúpese por situarnos sobre el edificio principal, aquel... - señaló a través del mamparo del puente de mando, al brumoso ayuntamiento. El edificio estaba rodeado por las llamas - Recuerde alférez... Póngase a una altura suficiente como para que la escalinata alcance la azotea, pero con cuidado de no rozar otras alturas de las llamas de los incendios cercanos...

-Haré lo que pueda capitán... pero hay mucho viento y está empezado a granizar... - Diciendo esto, Stewart se giró y volvió a tomar el timón atrancado - ¡Cabo Scully! - Gritó Stewart. Govind Scully, era el enlace de puente o mejor dicho la única ayuda de Stewart... Un veterano y curtido soldado, procedente de la india, un auténtico guerrero Sikh, que como era costumbre entre los de su credo llevaba un turbante alto, blanco y vendado tapándole su cabellera cuidadosamente peinada y enrollada debajo. De rasgos hindúes, tez cetrina y ojos oscuros, Scully no hacía preguntas, sólo ejecutaba órdenes y miraba con sus ojos brillantes y enigmáticos.

-Sí... alférez - Contestó Scully con un aíre marcial y sereno. Como si las prisas y los nervios pertenecieran a un mundo completamente ajeno a su persona.

-Vaya a la bodega inferior, prepare los garfios de amarre y cuando esté listo, láncelos sobre el tejado del edificio hacía el que vamos... Cuando este seguro de que no, nos movemos, claro - Stewart esbozó una mueca de resignación mirando a Thomas - ... saque la escalinata y tírela...

-Entre tanto y dentro del edificio, Jonah Fox se afanaba por cegar la entrada subterránea por la que ellos mismos se habían colado... Estaba solo, iluminado por una de las pocas velas que les quedaban y que había encontrado de casualidad en una de los dispensarios del Concejo de Thurso... Mientras el ranger se afanaba por meter clavos a martillazos, la sangre negra de los últimos Regresados que se habían colado en la Corporación local, se extendía lenta y viscosa por el terroso suelo bajo sus botas... Tres cuerpos yacían en el suelo... Uno sin cabeza y los otros dos completamente descoyuntados por los cartuchos Magnum de las Smith & Wesson de Fox... Pero esos cartuchos, habían sido los últimos...

-Jonah Fox llevaba más de dos días sin dormir y hasta en un hombre como él, el cansancio comenzaba a hacer mella. Una vez terminó, tomó la vela que había dejado en una repisa cercana y volvió hacia la escalera, dejando en la oscuridad algunos rostros cadavéricos inertes y varias vísceras y miembros dispersos...

-En el piso de arriba, William Macfair, agonizaba por la fiebre. Tapado con una delgada manta de cuadros, el antaño aguerrido oficial sudaba y se retorcía en escalofríos entre el coma y escasos momentos de lucidez... El dolor era insoportable y Jonah conocía demasiado bien el proceso. Pero debía esperar.

-He escuchado un golpe en la azotea... - Dijo Jonah, tenía la voz cansada...

-¿Un nuevo ataque de esas cosas? - Contestó el coronel, que parecía consciente de nuevo, pero seguía sin abrir los ojos...

-Es posible... pero las paredes de este edificio son gruesas y lisas... Dudo que hayan trepado... Están creando incendios por toda la ciudad para obligarnos a salir...

-Sin duda no se convierten en animales... Piensan y planean... Es terrorífico ¿Cree que somos los últimos vivos?...

-¿Qué más da lo que yo crea, coronel?

-Insisto...

-La última vez... le dije que ya no había Regresados en Thurso... me equivoqué y mire como estamos.

-Supongo que serán mis muchachos...

-¿Cómo dice?

-El dirigible... el HMS Deméter... El capitán Thomas habrá llegado. Debemos tratar de alcanzar la azotea y subir...

-¿Cree que está en condiciones coronel? Debería subir yo primero y contactar.

-Si yo no voy con usted... es muy posible que el capitán Thomas no le deje subir...

-¿Se da cuenta coronel que es usted una amenaza para su tripulación?

-Sí... pero cuento con usted...

-No le entiendo...

-Según creo... aún me quedan unas horas de agonía... después vendrá la muerte temporal... la catarsis... Será usted el único dentro de HMS Deméter capaz de cumplir su deber... - William Macfair se retorció de dolor y apretó los dientes, fue entonces cuando Jonah se percató de los sarpullidos negros que ya le asomaban por el cuello - antes de que yo regrese...

-No lo dude coronel... cumpliré con mi deber. - Y por un instante Jonah creyó ver unas lágrimas en los ennegrecidos y atormentados ojos del coronel.

-Bien... buen muchacho. Quiero hablar con Edgar Mcelroy antes de morir, es posible incluso que si no tardamos mucho en cruzar a las Orcadas, les pida que me dejen en Kirkwall...

-¿Y una vez estemos en el Anillo de Brodgar qué?

-No lo sé señor Fox... la respuesta no la tengo yo... la respuesta la tiene Edgar Mcelroy.

El viento soplaba con ferocidad... Como si quisiera arrancar los ganchos que se asían al HMS Deméter, del tejado del Concejo local de Thurso. Jonah Fox apareció rompiendo un ojo de buey que asomaba por uno de los salones de la última planta... Cargado a su espalda, iba el coronel William Macfair, tembloroso y con el rostro perlado de sudor frío.

Asomado por la escotilla inferior, el cabo Govind Scully los divisó enseguida. El capitán Connor Thomas no andaba lejos y a un gesto de Scully cargó su rifle Martini-Henry e hizo un gesto para que los otros tres soldados de la dotación lo siguieran... Toda precaución era poca...

Una fuerte explosión en un edificio adyacente sacudió el ayuntamiento. Jonah y Macfair cayeron como guiñapos al tejado, mientras, el HMS Deméter se zarandeaba peligrosamente...

Un gancho se soltó y el dirigible quedó sujeto por un solo garfio. Abajo, en tierra, centenares de Regresados se congregaban mirando al

tejado del ayuntamiento, señalando hacia arriba con sus garras roñosas y curvadas y gritando como demonios enfurecidos... El recio y curtido cabo Sikh no pudo evitar sentir un escalofrío de terror... -"Los muertos persiguen a los vivos" - Pensó... Era como si un mito del Fin del Mundo hubiera cobrado vida en su forma más espantosa y terrorífica...

Una vez más, Jonah Fox se incorporó. El curtido ranger estaba más débil de lo que quería reconocerse a sí mismo, pero aun así, se mordió la lengua para despertarse hasta que le sangró y usando su último empuje agarró al coronel, ahora inconsciente, como si fuera un saco de patatas... y lo levantó una vez más. Cargado al hombro y haciendo alarde de una voluntad colosal, el ranger comenzó a andar tambaleante hacia la escalinata, que se había desplazado varios metros hacia la izquierda y ahora bailaba como una danzarina borracha... Un paso en falso, por el resbaladizo tejado y caería abajo... Si no lo mataba el golpe, lo harían aquellas cosas malditas.

Jonah Fox concentró toda su energía y se irguió una vez más, para no perder el equilibrio. Finalmente alcanzó la escalinata, hecha de maroma recia y correosa, y se agarró a ella como un ahogado se agarraría a un clavo ardiendo... La lluvia irrumpió estremecedora e impenitente una vez más... golpeando el rostro del ranger con dureza y hundiendo sus greñas castañas, que se fusionaron a su piel...

Una nueva explosión brotó del mismo edificio en llamas... El segundo gancho también se soltó... y con él la escalinata salió volando hasta suspenderse en el vacío por encima de la multitud, que no perdía comba de lo que sucedía sobre sus cabezas. Como cuervos esperando su botín de carroña. La escalinata, se meció endiablada, describiendo una gran elipse... la sangre de Jonah se congeló, pero la voluntad de Fox decidió no dejarse llevarse por el terror, y continuó ascendiendo. Un pie, otro pie, Jonah, no podía parar o moriría.

EL ANILLO DE BRODGAR

8

Govind Scully tomó la mano de Jonah Fox y le ayudó a entrar en la cabina. Entre tanto, pudo escuchar horrorizado los gritos de los regresados que los observaban desde la asolada plaza de Thurso. Aquellas criaturas infernales aullaban desconsoladas... impotentes ante la pérdida de su almuerzo.

Cuando Govind dio aviso al puente de que la cabina quedaba de nuevo sellada, mediante el interfono, Walter comenzó a virar en redondo. No había tiempo que perder... Las Orcadas les esperaban y ya nada les retenía sobre los fuegos de la ciudad maldita. Por un instante, el corazón del joven alférez se contrajo, al observar las fuertes precipitaciones chocando contra el mamparo frontal de la cabina de la Deméter... Fuera hacía un viento atroz y una tempestad terrible se interponía entre ellos y el fulgor azulado y maldito de La Brecha, sobre la isla de Midland.

-¿Jonah Fox, supongo? - Preguntó en tono formal, el marcial capitán Thomas. Sin esperar a terminar de descender, bajando por la escalerilla dorada que comunicaba la bodega inferior con la cubierta intermedia...

-¿Quién lo pregunta? - Respondió el ranger aún en el suelo... Jonah estaba empapado, su rostro era casi cadavérico y muy pálido... Tras él, inconsciente y en el suelo estaba el coronel.

-Soy el capitán Connor Thomas de la Cuarta Sección y Comandante de este navío...

-¿Ah sí?... - Fox hizo una mueca, que evidenciaba su rechazo hacia cualquier autoridad - el coronel me habló de usted...

-¡Coronel! - Estalló Thomas... que no había reparado en el bulto tras Fox, hasta que este no le había mencionado... - Ayúdeme cabo...

William Macfair era realmente un hombre robusto. Thomas y Govind debieron hacer un gran esfuerzo para subirlo a la cubierta intermedia y dejarlo en el camastro de su estrecho camarote... Fox, les siguió, observando en silencio... En la planta intermedia se encontraban los soldados Leroy Lincoln, Edgar Carintong y Brandon

Pattinson, sentados en una mesa limpiando sus rifles desmontados...

-Buenas tardes... - Dijo Jonah... Los otros le miraron extrañados y le respondieron con una inclinación de cabeza... Eran típicos soldados ingleses de tez blanca, pelos rapados y bigotudos...

-¿Qué ocurrió ahí abajo? - Thomas lanzó la pregunta al aíre... aunque estaba claro que se la dirigía a Fox. Fox se quedó mirando la escotilla tras la mesa de los soldados...

-Es el cuarto de máquinas... - Dijo el cabo Scully sin esperar una pregunta de Fox.

-Verá capitán... creo que está claro... Es el fin del mundo... - Jonah hizo una mueca y miró a Thomas con aíre divertido - Los muertos se levantan de sus tumbas y buscan la sangre de los vivos... Su coronel me reclutó para una misión que según me dijo servirá para parar toda esta locura...

-Así es... - Asintió Thomas.

-¿No ha pensado que cuando paremos esta locura quizás ya sea demasiado tarde? - Le replicó Fox.

-Quizás señor Fox... Pero no está en su mano ahora mismo cuestionarse eso... Lo que me preocupa es el coronel... ¿Se ha dado un golpe? ¿Cómo se hirió?

-No fue un golpe capitán... Una de esas cosas le mordió... seguramente morirá en un par de horas... - Los soldados que hasta entonces no le habían prestado demasiada atención, pararon en seco y le miraron estupefactos... Govind Scully aún sentía escalofríos por lo que había visto en la superficie de Thurso... -

-¿Le mordió? - Preguntó Thomas tragando saliva... y su frente se perló de un sudor frío y transparente...

-Eso he dicho. Cuando muera volverá a la vida convertido en una de esas cosas...

-¿Cómo esta tan seguro? - Le preguntó el soldado Leroy Lincoln.

-Porque lo he visto demasiadas veces... Hay que volarles la cabeza antes de que eso ocurra... - Fox dejó que sus palabras pesaran en el ambiente - o de lo contrario será bastante más difícil matarlo y puede que se lleve a alguien por delante...

-¡Dios Santo! - Exclamó el soldado Edgar Carintong y su rostro ovalado y rosado se tornó rojo de preocupación...

-No creo que Dios tenga mucho que ver en esto... - Sentenció el delgado y canoso soldado Brandon Pattinson.

-¿Y por qué no lo ha matado ya? - Le preguntó Thomas, tratando de disimular algo de la frialdad racional que se le debe atribuir a todo comandante en tiempo de guerra... Aunque realmente la respuesta la aterraba.

-El coronel me pidió llegar a Midland, quería hablar con un profesor... un tal Edgar Mcelroy de Kirkwall.

-Pues no creo que lo haga ya... - Sentenció el cabo Govind Scully. Thomas le miró sorprendido y visiblemente afectado... Govind no era de los que hacían comentarios gratuitos... Thomas sabía que ahora todo el peso de la misión recaería sobre sus hombros.

-¿Qué quiere que haga? - Dijo Fox mirando al sudoroso capitán... Todos los hombres permanecían en silencio atónitos...

-¿Cuánto le queda?

-No puedo decirlo con seguridad... fue muy superficial... pero lleva ya dos días largos agonizando... Puede que una hora, dos... minutos... No hay reglas en esto. - Fox no apartaba la vista de los ojos vidriosos de Thomas... William Macfair había sido como su padre... Le había reclutado, entrenado y ayudado a promocionar... Le quería más que a su propia familia y ahora se veía entre la espada y la pared... Teniendo que tomar la decisión más rápida y peliaguda de su vida...

-Le diré algo... - Contestó Thomas... y se dio media vuelta y volvió a ascender por la segunda escalinata, hasta el nivel del puente... Entre tanto y como si de una mente única se tratara, todos los ojos fueron inmediatamente a parar a la puerta del camarote del coronel... Todas menos los ojos de Fox... que se quitó tranquilamente su gabardina empapada y se tumbó plácidamente en un camastro cercano a la mesa de los soldados... mecido suavemente por las oscilaciones de la cabina del dirigible... No tardó en dormirse y roncar.

Los finos modales de Walter Stewart, pronto se convirtieron en gritos y ordenes muy autoritarias... El Teniente Maquinista Robert Malley, ya no sabía cómo ganar más potencia... Aunque algo de la bronca, era mitigada por el interfono, la voz de Stewart no paraba de alertarle de que la fuerte tempestad les estaba alejando rumbo noroeste. Si no hacían algo para evitarlo, el HMS Deméter se terminaría perdiendo en los oscuros y fríos cielos del Atlántico Norte.

El capitán Connor Thomas asistía mudo e inquieto al espectáculo de la metamorfosis de Walter Stewart. El joven parecía una persona muy distinta a la que había conocido en la Royal Society apenas unos días antes... Ahora, casi todas sus posibilidades de supervivencia dependían de su pericia pilotando el Deméter. El otro pequeño porcentaje, dependía del mismo Thomas... de la decisión que tomara sobre el futuro de su superior y maestro, el coronel Walter Stewart.

Un par de horas después consiguieron recuperar rumbo y alcanzar las Orcadas... Cuando el HMS Deméter llegó a la altura del Anillo de Brodgar y los garfios fueron fijados, ya superada la isleña población de Kirkwall, hubo una reunión de oficiales en el puente a la que Fox,

también fue invitado... Entre tanto, el cabo Govind Scully, suplió durante unos instantes al teniente Robert Malley en su función de control en la sala de máquinas.

-Kirkwall no existe... - Sentenció Robert Malley, entre toses y miradas de desconfianza a Fox.

-Aquí la luz de La Brecha es tan fuerte como la luz del día... - Señalo Stewart - Según lo que nos ha contado Jonah Fox... la transformación de los Regresados aquí es más rápida y agresiva...

-No se emocione Stewart... - Le sancionó Thomas - ¿Dónde queda la residencia del profesor Mcelroy?

-Según los planos que se me suministraron... Debería estar aquí mismo... Muy cerca de las piedras del Anillo de Brodgar...

-O sea... - Robert Malley carraspeó con rostro sombrío - el profesor Edgar Mcelroy, construyo la casa en un punto muy cercano al origen de La Brecha... está claro que sabía lo que hacía...

-Creo que no tenemos más remedio que bajar... - Sentenció el capitán Thomas.

-¿Bajar a tierra? - Robert Malley no se molestó en ocultar su asombro - ¿Con todas esas cosas corriendo por ahí?... Aquí en Midland comenzó todo... ¿Qué aspecto tendrán esas criaturas aquí?... Recuerden que van cambiando, cuanto más tiempo ha pasado desde su fallecimiento...

-No pierda la calma teniente - Thomas no tenía mucha paciencia y en esos momentos menos - Fox, ahora veremos si es usted tan bueno, como afirmaban los informes de inteligencia... Bajaremos usted y yo a buscar a Mcelroy.

-Claro capitán... - Fox sonrió complacido... Aquella sonrisa estremeció al resto...

Ya en tierra el capitán Connor y Fox, armados con un rifle Martini-Henry cada uno, ya que Jonah se había quedado sin su munición, avanzaron silenciosos y alerta rumbo a las misteriosas y milenarias piedras...

Aquel espectáculo habría helado la sangre de cualquier hombre. Frente a ellos se presentaba un monumental círculo de piedras megalíticas y en su centro... Brotando de la nada e iniciándose a pocos metros del suelo, una potente llamarada vibrante de luz azulada de energía, que alcanzaba y se perdía en el firmamento nocturno... Ampliando su diámetro cuanto más se alejaba de la superficie. Aquella luz espectral, iluminaba el terreno de una forma pavorosa. Cada vez hacía más frío y entre tanto, el legendario y gélido viento de las islas Orcadas, dificultaba mucho la movilidad y los dos hombres tuvieron que echar mano de toda su fuerza para no ser arrastrados hacia la

tormenta oscura que se fraguaba mar a dentro, hacia la costa.

Tras Jonah y Connor, el HMS Deméter se mantenía fijado al suelo con sus dos garfios... un fallo y el dirigible, ahora con las calderas apagadas, sería arrastrado hacia la tempestad mar a dentro y tragado por la fría e imperturbable oscuridad infinita... El cabo Govind Scully y el soldado Edgar Carintong vigilaban embutidos en sus gruesos abrigos de piel, desde la escotilla del dirigible. Si las amarras se comenzaban a soltar, dependería de ellos anclarlas.

Súbitamente Fox hizo una señal con la mano a Thomas. Luego, Jonah Fox, señaló hacia el este... Al principio no la habían visto... pero allí estaba una senda serpenteada de juncales que conducía a una típica casa solariega de estilo victoriano... Una silueta que permanecía quieta y ligeramente encorvada, tenuemente iluminada por la luz espectral de La Brecha, se iba definiendo más y más, cuanto más se acercaban...

Pero no hizo falta llegar hasta la casa. A Thomas se le erizó el bello de la nuca... Un anciano los esperaba en el borde del camino, a escasos metros de la casa. Se trataba de un octogenario de cabellos blancos y alborotados y fuertes patillas rizadas... Su rostro arrugado, inquietó profundamente al capitán... Los ojos de aquel personaje eran amarillos como los de los regresados... y parecía salir a recibirles con una sonrisa aterradora... Fox se preparó para dispararle, pero Thomas le agarró el hombro y le detuvo...

-¿Edgar Mcelroy? - Preguntó el capitán...

-Tiene una nave magnífica capitán Connor Thomas... - Le contestó el anciano.

-Entenderemos eso como un sí... - Sentenció Fox y aunque no disparó no dejó de encañonar la cabeza del regresado...

-¿Habla? - Le preguntó Thomas, visiblemente sorprendido... De su boca brotaba vaho debido a la baja temperatura...

-Claro... - los ojos del anciano parecieron brillar - como usted... mi querido capitán...

-¿Me conoce?

-Nuestro amigo común... el profesor Charles Darwin, ya me habló de usted y de la Cuarta Sección. En sus cartas de hace unos meses... Antes de que perdiéramos comunicación con Gran Bretaña... El resto... bueno me supongo que ha pasado.

-¿Se lo supone? - Fox no daba crédito a aquello.

-Sus ojos... - Thomas parecía no entender nada...

-Ah sí... Verá... mi infección es muy anterior a la aparición de La Brecha... lo cierto es que soy bastante más viejo de lo que parece...

-¿En serio? - Fox tenía el rostro frío e impenetrable... Thomas

temió, porque a pesar de todo, el ranger decidiera disparar...

-No deben temer por mí caballeros... No soy uno de sus Regresados... Mi raza lleva existiendo y cohabitando con la suya incontables siglos...

-¿Su raza? ¿Qué es usted?... ¿No es humano?

-Efectivamente... No soy humano, ya no... Pero no tenemos mucho tiempo para explicaciones señores... La Brecha se expande y debemos cruzar.

-Espere, espere... - Fox estaba confuso - ¿Qué es esa idiotez de que tenemos que cruzar?

-La Brecha es una puerta... Conduce a todas las respuestas y es la solución a todos nuestros problemas... Debemos cruzar...

-¿Debemos? - Fox no parecía muy por la labor...

-Soy el único que tiene algo de idea de lo que hay allí fuera... Si no me llevan con ustedes... su misión fracasará...

-Connor Thomas y Jonah Fox se miraron fijamente... Aquello no tenía ningún sentido, pero ambos sabían lo que debían hacer.

-Escúcheme abuelo... - La voz de Jonah sonó ronca y severa - Si decide traicionarnos... Le mataré, ¿lo ha entendido?

-Perfectamente caballero - Los ojos brillantes del viejo se clavaron en los de Jonah - ¿Y su nombre cuál es?...

-Me llamo Fox. Jonah Fox.

LA BRECHA

9

A Walter Stewart no le gustaban los ojos saltones y brillantes del profesor Edgar Mcelroy.

Cuando el capitán y Jonah Fox aparecieron en el puente seguidos de aquel inquietante personaje Stewart se sintió indefenso... Bajo la luz del puente, aquel anciano de rostro arrugado y cadavérico resultaba inquietante y a pesar de los intentos de Stewart por disimular indiferencia, el tal Mcelroy parecía no querer apartar la vista del joven ingeniero, mientras sonreía con aquella expresión diabólica.

-Bien... - Thomas carraspeó - Alférez ponga rumbo a La Brecha.

-¿Cómo dice capitán? - Stewart se giró bruscamente hacia Thomas intentando entender la orden que le habían dado.

-Ya me ha oído Alférez...

-Pero... - Stewart comenzó a tartamudear - no sabemos qué es eso... Puede que sea fuego, puede que queme el dirigible y muramos todos...

-Tranquilo chico... - Jonah Fox se apoyó en un mueble cercano y contempló la escena divertido, sin soltar su fusil - ¿No sabes que ya estamos muertos?

-¿Cómo dice?

-Fox tiene razón - Continuó el capitán - Hagamos lo que hagamos el mundo ha sucumbido a esta plaga y todos los que sabían algo sobre esto ya no están para aconsejarnos... Solo sabemos que la Royal Society nos envió en busca de este hombre... - Mcelroy seguía observando, sin desdibujar su maliciosa sonrisa - Y este hombre... Nos ha indicado que este es el único camino.

-¿Pero no se han fijado en sus ojos? - Stewart estaba confuso y consternado.

-Es lo primero que me enamoró... - Respondió Fox.

-Está bien capitán... Pero quiero que conste que no estoy de acuerdo...

-Constará alférez... Ahora, haga su trabajo.

De nuevo, usando los comunicadores tubulares del HMS Deméter, Stewart lanzó una serie de pitidos metálicos. Govind Scully alzó los garfios y Robert Malley pendió las calderas a máxima potencia. Cuando estuvo seguro, Stewart, comenzó a virar el timón y poco a poco el HMS Deméter comenzó a girar sobre sí mismo rumbo a La

Brecha... Poco a poco, la luz azulada sobre el Anillo de Brodgar se fue haciendo más y más intensa.

Stewart trató de fijar su vista a través del grueso mamparo del puente. Cuando súbitamente sonó una brutal explosión debajo de sus pies que hizo retumbar todo el dirigible... Algo había explosionado en el cuarto de máquinas y había provocado que la proa comenzará a arder, haciendo vibrar toda la estructura e impidiendo parcialmente el control sobre la navegación...

-¡¿Pero qué demonios?! - Gritó Fox... Que continuaba fijo en los movimientos de Edgar Mcelroy.

-Cielos Santos, ¡el coronel Macfair! - Gritó el capitán Thomas - y acto seguido fue hacía la escotilla...

En la segunda cubierta se había declarado un pequeño incendio, que Govind Scully y dos de sus soldados trataban de apagar apresuradamente... Brandon Pattinson yacía junto a la puerta del camarote del coronel sobre un charco de su propia sangre... Algo o alguien le había desgarrado la aorta, sus ojos inertes miraban el entablillado techo enmaderado de la cubierta... La puerta de la Sala de máquinas también estaba abierta. Dentro se escuchaba golpes y no paraba de brotar humo...

El capitán Connor tomó un Martini-Henry, lo cargó y se dirigió hacia la sala de máquinas. Giró hacia dentro y encontró al gordo Robert Malley con la criatura que antes había sido el coronel William Macfair... Ambos luchaban en medio de fuegos, vapores ardientes y restos de maquinaria medio ruinosa... Thomas encañonó a Macfair, pero no se atrevió a disparar por miedo a dar a Robert Malley... El coronel rugía como una bestia rabiosa... Sus ojos amarillos se clavaron un segundo en el capitán... Sonrió y acto seguido hundió sus colmillos protuberantes y ya ensangrentados en el cuello ennegrecido de Robert Malley que aulló de dolor, mientras comenzó a escupir sangre a borbotones...

Connor Thomas iba a apretar el gatillo, cuando una nueva explosión le sacó volando de la sala de máquinas... El HMS Deméter volvió a zarandearse, esta vez con mucha más violencia, mientras la azulada y espectral luz de La Brecha penetraba por todas las escotillas...

El dirigible entró sin control por la corriente interna de La Brecha, que lo balanceó como una hoja de papel, el navío comenzó a girar sobre sí mismo. Mientras tanto, algunas piezas se iban poco a poco despedazando del casco y la quilla... El globo explotó, permaneciendo solo la estructura de la cabina... La tripulación era volcada violentamente de una pared a otra... Chocando y cayendo de un lado a

otro sin control y finalmente el HMS Deméter simplemente cayó hacía el vacio... Stewart, tirado sobre el entarimado suelo del puente, apenas pudo ver lo que sucedía a través del mamparo agrietado del puente, antes de perder el conocimiento...

El HMS Deméter planeó unos segundos sobre una cordillera nevada, a través de la oscura noche... La panza de la estructura golpeó con brutalidad una cima aristada y caliza y el crucero se partió en dos secciones, la popa cayó por la pendiente nevada, rumbo al vació y al rugir de un mar encabritado...

Entre tanto, la proa siguió planeando un poco más en el vacío... Muchas leguas hacia abajo... por encima de una meseta agrietada bañada por la luz de dos lunas y más allá un bosque espeso de árboles curvados y tropicales que hicieron de proverbial colchón para los restos flotantes del HMS Deméter... y después... la oscuridad...

EL NAÚFRAGO

10

En una playa fría... de pedregales calizos y grises... Había olas lánguidas rompiendo contra las rocas aristadas, sobre el cielo de la mañana encapotada. En aquel santuario de soledad yacía boca abajo Jonah Fox, semidesnudo e inconsciente, al borde mismo de la muerte.

El viejo Duncan McGregor bajaba por el serpenteante y terroso camino que daba a la cala. Duncan había cumplido ya los setenta inviernos y aún así era un hombre fuerte y nervudo. Con una pelambrera cana e irregular, el anciano lucía una blusa holgada color hueso, algo roída y gastada y bien prieto el ceremonial feileadh mor, que era una túnica larga, y sin confeccionar, de varios metros de largo, que como era costumbre entre los clanes occidentales, se llevaba recogida y atada con cinturón encuerado alrededor de la cintura para de esta forma y este modo envolverse tanto el cuerpo como las piernas. De cintura para abajo, la feileadh mor se parecía una falda larga, la tela sobrante la llevaba colocada por encima del hombro y sujetada por un broche con forma de un dragón rampante. Sus pies eran peludos y curtidos y como tantas otras veces, en las que Duncan bajaba a la playa a recolectar marisco, iba descalzo...

Al principio el anciano no reparó en nada raro... Pero conforme empezaba a recorrer los rompientes de la abrupta playa, se percató de los primeros restos de madera y metal que cubrían la orilla y más tarde, su rostro barbudo y curtido se frunció al encontrar el cuerpo de Jonah...

Como todos los norteños, Duncan era desconfiado por naturaleza... y tardó un buen rato en aproximarse y tomarle el pulso. Se cercioró de que estaba aún vivo... pero muy débil.

Aquel hombre era muy extraño para él... Sus pantalones, sus botas... y sobre todo aquel tatuaje de una serpiente ascendiéndole por el costado y el brazo hasta el cuello, le provocaron un escalofrío... Pero finalmente apeló a las enseñanzas de La Diosa, y decidió optar por socorrer al moribundo... Sin pensarlo más... Dejó la cesta en la que portaba el marisco que había recolectado y se cargó a Jonah a la espalada, como si fuera un saco de patatas.

Primero fueron unas sombras balbuceantes... Sueños que iban y venían... Jonah podía sentir la cercanía del fuego y el picor de la paja seca, sobre el lecho en el que se encontraba tumbado... Sabía que

estaba tapado por un grueso manto de pieles, pero seguía sin poder moverse o responder... No podría afirmar cuanto tiempo llevaba allí realmente... Las siluetas de aquellos extraños, se mezclaban con el rostro de su hermana muerta... De todos aquellos que había conocido y que ya no estaban, de la oscuridad.

La mente de Jonah viajó del pasado, al presente y luego al futuro... ¿Qué hacía allí? ¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido? ¿Habían muerto todos los tripulantes del HMS Deméter? Las preguntas se agolpaban en su mente confusa, pero aún estaba muy débil y volvió a quedar inconsciente.

Sus sueños le llevaron muchos años atrás... Rumbo a las cálidas tierras de la India. Con su antigua compañía de rangers... En cierta ocasión, recordaba haber parado durante una larga marcha, justo en una aldea de humildes cabañas de adobe. Un miserable poblado de desnutridos hindúes que les miraban con curiosidad... Eran los primeros hombres blancos que veían y les resultaban tan extraños que no podían dejar de observarles.

Jonah recordó haber acompañado a un joven oficial, un teniente tal vez... que resultó ser un arqueólogo. Según le contó el muchacho, aquel poblado se asentaba sobre las ruinas de una antigua capital del Imperio Mogol... Las riadas, los vientos y la exuberante vegetación la habían ocultado casi por completo, pero allí estaba... Altiva, misteriosa, esperando ser rescatada del ataque impiadoso del tiempo.

Por aquel tiempo Jonah Fox no estaba muy interesado en las historias de los viejos Imperios. Le preocupaba más un imprevisto ataque de salvajes o rebeldes y la seguridad del torpe oficial que le había tocado cuidar aquella tarde. Sin embargo, algo le había llamado la atención... Descubriendo piedras que ocultaban serpientes y alacranes y cortando maleza, el oficial encontró un viejo pozo lleno de tierra... Cavando con sus propias manos desenterró algunos cráneos gastados... y otros huesos... ¿Quiénes habían sido aquellas personas? Quizás en su tiempo fueran personas importantes o no... Quizás sus nombres se repitieron durante siglos... Pero... ¿Qué más da? -Al final...- "pensó Jonah" - Aquello es lo que nos espera a todos... Un agujero lleno de tierra... Rico o pobre, listo o tonto, cruel o bondadoso... En las arenas del tiempo infinito... En el inevitable transcurrir de las cosas... Todos moriremos y de nosotros no quedará más que polvo y nadie para recordarlo... Quizás ese será también el final de todas las cosas...

Pasado un tiempo, las siluetas comenzaron a definirse... Al igual que los límites de la habitación de la choza donde habían llevado a Jonah. El anciano McGregor, un niño de no más de seis años, delgado

y malnutrido, de greñas sucias y rotas y mirada gris y una chica de cabello largo, liso y negro, ojos del color del océano y un rostro tan hermoso como el de los ángeles. Le habían estado cuidando y alimentando. Al principio Jonah no les entendió, pero al poco tiempo y cuando ya empezó a escuchar sus palabras... Se percató de que hablaban en una especie de jerga o dialecto similar a su gaélico materno, el cual había aprendido de niño. Era un idioma un poco más basto... más primitivo, le pareció... Pero no tardó en reconocer la gramática básica y las palabras clave... y tras varias horas en silencio, comenzó a entender con más claridad.

-¿Quiénes sois? - Consiguió al fin articular Jonah.

-¡Hablas! - Dijo el niño sorprendido y sonriente.

-Mi nombre es Duncan de los McGregor... Soy herrero. ¿Quién eres tu extranjero? - Contestó el anciano.

- Jonah...

-Jonah - repitió la chica y sonrió y Jonah volvió a caer en la inconsciencia.

El ranger soñó con un bosque oscuro, iluminado por una luna azulada y demoniaca, con árboles raquíticos y deformes... que daban paso a un pequeño muro semiderruido y tras este... Un extraño cementerio con sepulcros y mausoleos agrietados... Pero allí no había cruces... ni ningún símbolo que pudiera reconocer... ¿Por qué soñaba con aquel lugar? ¿Qué estaba ocurriendo?...

Súbitamente Jonah volvió a despertar. Era de noche... La chica estaba sola y le mojaba la frente con un trapo húmedo... Al parecer habían pasado varias horas, tal vez días... y ahora tenía fiebre... Ella le susurró un verso al oído... pero él no la entendió... Trató de preguntarle su nombre, pero antes de que la pregunta brotara de sus labios ella respondió... -"Me llamo Cinnia de los McGregor y el niño, es mi hijo... se llama Frana" - y de nuevo Jonah volvió a caer en la inconsciencia... justo en el instante en que sintió un beso de la hermosa doncella en su mejilla -"descansa..."- le dijo y luego, fue todo oscuridad.

PERDIDOS

11

Tendidos sobre la tierra y en medio del mayor desorden, yacían sus impedimentas mojadas por la bruma, en un lastimoso estado, como sombras envueltas en el crepúsculo...

Bajo una bóveda de oscuras nubes, se agitaba, recio, el viento; en la lejanía se avistaban llanuras de arena... Los restos del HMS Deméter yacían esparcidos por la playa oscura. En el umbral de todas las soledades...

Edgar Mcelroy, Walter Stewart y Connor Thomas trataban de recobrar fuerzas, tendidos al resguardo de un calizo promontorio... De los demás, nada sabían... ni cadáveres, ni restos... ni avisos.

El aire, saturado de humedad y muy caliente, era apenas respirable para hombres de climas fríos. Walter Stewart, consiguió reunir fuerzas y trepó por el promontorio. Su uniforme estaba desgarrado y ya era irreconocible... El muchacho divisó rumbo al Norte una especie de muralla inmensa, tan pronto azul como roja, que parecía acompañar a la línea del horizonte y perderse en la bruma infinita.

-Debemos movernos... o moriremos... - Aseveró Edgar Mcelroy de Kirkwall.

-¿Morir?... Ya estamos muertos... - Le contesto un pesimista Connor Thomas.

-Yo le veo moverse y le oigo hablar capitán... - Contestó el muchacho.

-¿No me diga?, listillo. Hemos perdido el HMS Deméter... La tripulación ha muerto o ha desaparecido... Estamos en un lugar desconocido del Atlántico... sin provisiones, armas o ropa... ¿qué espera que ocurra?... Ah... se me olvidaba y nos acompaña el insigne doctor Mcelroy que por lo visto, también es una especie de muerto viviente...

-Es usted muy agudo capitán - Contestó el profesor, mirándole con sus fríos ojos amarillentos... El capitán sintió un escalofrío - ¿Pero no se ha fijado en algo raro?

-¿En qué diablos me debo fijar?

-¿No se ha dado cuenta de que a pesar de que el cielo esta encapotado es de día?

-Maldita sea... ¡Es cierto!... ¿Cómo no me he percatado de tan leve detalle? - Walter Stewart estaba fascinado.

-No se confundan caballeros - Continuó el profesor Mcelroy - No estamos en ninguna playa bordeando el Océano Atlántico...

-¿Ah, no? - Preguntó con incredulidad Connor, mientras trataba de incorporarse... - Y... ¿dónde estamos si puede saberse?

-Sencillo... - Respondió Stewart - Al otro lado de La Brecha...

-Correcto joven... Es usted muy perspicaz...

-¿Pero es que se han vuelto locos todos de repente?

-Y dígame capitán... - El viejo también se levantó mientras hablaba - En sus palabras, ¿qué es una locura? ¿Que el mundo se sumerja en la oscuridad más absoluta?, ¿que aparezca una línea azulada en el cielo? o ¿que los muertos regresen de las garras del averno para fagocitar a los vivos?

-Está bien... está bien... ¿Puede alguno de los dos profesores doctos... ser un poco más preciso a la hora de indicar nuestra posición?

-No estoy muy seguro del punto exacto... Pero sí del lugar... Recuerde que he pasado más años de los que usted tiene, estudiando las runas de las Orcadas... La Brecha es la Puerta a Aqueron.

-¿Aqueron? - Preguntaron al Unísono Stewart y Connor Thomas.

-Una tierra mítica... perdida... en el tiempo y en el espacio. Un lugar al que han llegado gentes de todas las épocas y de diferentes mundos, no solo del nuestro. Muertos y vivos, es el origen del misterio... Encierra el más preciado de los secretos.

-¿Qué secreto?

-El sentido... - la voz de Edgar Mcelroy tembló de emoción - de todo... de la vida, si lo prefiere... de la existencia, del alma. Todas las teologías del mundo, las religiones y sus profetas nacieron aquí... En Aqueron.

-¿Por qué nos condujo aquí profesor? - Le preguntó Connor - No me diga que hemos abandonado nuestro mundo y perdido a nuestra tripulación, no para acabar con la amenaza de la oscuridad, sino para satisfacer su pérfida curiosidad...

-Tranquilo capitán... - Las respuestas que busca e incluso la solución al problema de su mundo también están aquí. No le he mentido. Todo es posible en Aqueron.

-¿Todo?

-Sí... Todo - Y mientras Edgar Mcelroy susurraba su respuesta, los tres hombres sintieron un siseo sobre las nubes mecidas por el viento... Escucharon una especie de graznido... lejano, gutural, como un eco lejano y sombrío que les encogió el corazón... Miraron hacia arriba, hacia el origen de aquel sonido y contemplaron horrorizados una sombra alargada y descomunal que atravesó las nubes sobre ellos,

rumbo a la lejana muralla... Fuera lo que fuera aquello, no era un pájaro, al menos no de las proporciones conocidas en la Tierra. Por suerte o por desgracia, las nubes se interpusieron entre aquella cosa y los involuntarios exploradores... Impidiendo el avistamiento mutuo... Pero solo la tentativa a imaginar aquella bestia, heló la sangre de los tres.

-Dios Santo... - Dijo Walter Stewart

-Creo que Dios no tiene nada que ver en eso... - Repuso Connor Thomas.

-Dios no se ha limitado a crear un único mundo, mi querido capitán - Le contestó el viejo profesor... - Hay todo un universo que desconocemos y más aún...

-¿Más?

-Si joven Stewart, hay muchos más mundos...

-Creo que deberíamos movernos... Aquí, con la humedad y a la intemperie no duraremos mucho... - Contestó Walter.

-Es lo más sensato que he oído hasta ahora... - Contestó el capitán, sin quitar sus ojos de la figura que se alejaba sobrevolando las nubes... Connor aún tenía el rostro pálido.

-Hacia el Norte... Hacia la muralla - Señaló Edgar Mcelroy.

-¿Por qué? ¿Qué más nos oculta profesor? - Preguntó el capitán.

-¿Ve usted alguna otra estructura o marca de civilización cercana? Si tiene una idea mejor, dígalo... - Y tras la aseveración de Mcelroy, Connor agachó la cabeza y trató de buscar entre los restos del HMS Deméter cualquier cosa que les fuera útil.

Durante la siguiente hora, no hubo más comentarios. Solo el viento cálido y húmedo golpeando sus frentes desnudas... Convirtiendo harapos recuperados entre los restos esparcidos, en improvisados ponchos y fardos y reuniendo los escasos pertrechos que les resultaron útiles. Los tres hombres abandonaron la playa alzando camino sobre una duna, rumbo a la terrosa y anaranjada llanura desierta, que daba contra la muralla.

LA HUÍDA

12

Todo había ocurrido muy deprisa... Jonah apenas tuvo tiempo de pararse a entender lo sucedido....

A los pocos días, consiguió recuperarse lo suficiente como para poder incorporarse y salir de la cabaña. Jonah sentía que Duncan y Cinnia le ocultaban algo, que no eran realmente las personas que decían ser... Un pobre herrero y su hija viuda; Las manos de Duncan aunque eran fuertes y musculosas, pero no tenían los cayos que debían tener las manos de un herrero. Estaba claro, que su oficio no había sido ese... Tenía aspecto de soldado... Un oficial tal vez, de un ejército que a Jonah le costaba imaginar. El caso de Cinnia era similar; frágil, hermosa, aquella vida ruda y hostil no era para ella, por mucho que se afanase en trabajar y disimularlo, estaba muy claro que no había nacido hija de herrero.

Cinnia había sido muy cariñosa con Jonah... Durante unos días, mientras se recuperaba Jonah empezó a encariñarse con ella y con su joven hijo, que no paraba de preguntarle y seguirle a todas partes... ¿Sería posible olvidarse del mundo? ¿Habría quedado el mal atrás?...

Sin embargo... El destino perseguía a Jonah. Las terribles sospechas del ranger se vinieron a confirmar una fría e inesperada mañana. Había comenzado a nevar muy tenuemente... Un cielo gris y encapotado anunciaba que la cosa iría a peor... Aún así, Jonah había ido a un pinar cercano a talar algo de leña, mientras Duncan, en su deshecho cobertizo trataba de preparar unas herraduras... según decía él, para sus clientes... unos supuestos mercaderes de paso, que nunca llegaban.

De regreso, Jonah, escuchó gritar a Cinnia y a su hijo Frana... Jonah tiró la leña que cargaba y corrió loma abajo, hacha en mano... Pero ya era tarde... En la lejanía vio como un grupo de hombres a caballo, ataviados con armaduras pesadas y oscuras, cascos de cuernos y lanzas tomaban a la fuerza al muchacho y a la mujer y abandonaban la choza al galope... No sin antes dejarla ardiendo... y con un cadáver boca abajo en la puerta...

Cuando Jonah alcanzó la casa, el calor y el humo le hicieron retroceder. El ranger, tiró el hacha y se agachó para examinar el cuerpo... Duncan aún estaba vivo... moribundo y sobre un charco de sangre espesa y roja. Jonah lo giró con cuidado... Duncan tenía el

rostro tiznado de ceniza y sangre embarrada. Sus ojos abiertos tardaron un instante en reaccionar.

-La reina y el heredero... - Susurró el moribundo.

-¿Qué reina? ¿De qué me hablas viejo?

-Cinnia, es viuda... es hija del antiguo rey... su hijo es el heredero de los clanes de Occidente...

-Por Dios bendito... ¿Qué locura es esta?

-Quieren matar al niño Jonah, quieren matar a Frana...

-¿Matarlo? ¿Por qué?

-Por qué es el Mesías rojo... de sangre... -Duncan tosió y exhaló unas gotas de sangre que mancharon el rostro contraído de Jonah - Aedh Drummond ha pactado con el mal que se extiende al oriente del Mar... Pretende atraerlo a nuestra isla y servirse de él para coronarse aquí, en Occidente... El niño es lo único que se lo impide.

-¿Por qué estabais aquí? Sin protección...

-No tengo tiempo chico... - Duncan volvió a toser y expulsó más sangre - me muero... Yo era el Capitán de la Guardia de Real... El último... El Imperio del Sol cayó... - Y diciendo esto, los ojos de Duncan quedaron inertes... fríos, escoltando un pozo hondo de oscuridad imperecedera.

Súbitamente, Jonah sintió unos cascos de caballo tras su espalda... Bruscamente se giró y contempló horrorizado un jinete pálido y de ojos amarillentos e infrahumanos observándole... Cuando el jinete se percató de que Jonah se había fijado en él sonrió, mostrando unos dientes afilados y temibles, que Jonah conocía muy bien... Aquel guerrero tenía un rostro marcado de cicatrices, cruel y osco. Su cabellera negra y trenzada le caída desde su yelmo de pesado y frío metal, ensalzado con una poderosa cornamenta, hasta los hombros... Su coraza tenía dibujado un dragón rampante, salpicado de arañazos y cortes producidos seguramente por la batalla...

El demonio ecuestre escupió al suelo helado y cuatro huargos negros como la noche aparecieron tras él... Aunque parecían lobos no lo eran... Su tamaño era cinco veces mayor, su pelambrera era indómita y erizada, y lucían un peto damasquinado con extrañas runas... Sus ojos eran rojos, sin blanco y sus colmillos parecían dagas afiladas y amenazadoras... Aquellos animales no procedían del mismo mundo que Jonah...

Los tres huargos comenzaron a avanzar hacia el cadáver de Duncan y hacia Jonah. Jonah saltó a un lado y las bestias comenzaron a despedazar al viejo, seccionando sus miembros en una orgía de sangre terrorífica... Entre tanto, el jinete silencioso y bestial no apartaba la vista del ranger... Que se debatía entre el asombro y la duda...

Finalmente, no quiso esperar a ser el postre y se puso a correr, de nuevo rumbo a la colina que daba al bosque...

El jinete rió de una forma exagerada y confiada... Era evidente, que esperaba a que sus perros de presa terminaran con el viejo Capitán... Ya que asumía, que no tendrían ningún problema con el desarmado Jonah... Por tanto, darle cierta ventaja en la carrera, no representaba un problema...

Pasados unos minutos los huargos olfatearon su rastro. No tardaron en alcanzarle, el ranger se había escondido en un promontorio y había arrojado desde este, una gran roca contra el cráneo del primer perro, el monstruo aulló de dolor y se quedó aturdido, retorciéndose en la nieve fría, con el lomo reventado. La sangre cuajada profanaba la nieve. Los otros tres salieron corriendo despavoridos... lo que Jonah Fox aprovechó a seguir huyendo. Pero la ventaja duró poco tiempo, no tardaron en retomar la persecución tras el ranger...

Súbitamente la temperatura comenzó a bajar de manera inmisericorde... Los dientes del ranger rechinaban. Jonah Fox había dejado el abrigo de piel de foca que le había proporcionado Duncan, en la ahora, humeante choza... Pensó que para talar madera, no lo necesitaría... Ahora, el aire helado inundaba su excitado tórax. Sus miembros estaban entumecidos y sus muslos le parecían que se endurecían como la piedra. A cada paso sus botas se hundían en la nieve helada dejando un rastro difícil de borrar.

Jonah Fox sabía que desprovisto de armas, tenía escasas posibilidades de resistir, contra aquellos demonios antropófagos. A pesar de todo, seguía corriendo sin pausa. Mientras, la nevada se hacía cada vez más y más fuerte, caían grandes grumos de nieve helada que llegaban al suelo con un eco menguado pero perceptible y cubrían la tierra oscurecida y cenagosa, mientras los enormes pinos se mecían al son de la ventisca.

A lo lejos se veían grandiosos farallones rocosos que asomaban por el blanqueado suelo; la tierra era cada vez más rocosa y abrupta. El fugitivo puso rumbo a aquellos aristados salientes, como el ahogado que se aferra a un clavo ardiendo. Jonah Fox pensaba que allí, podría apuntalar su espalda contra un peñasco y batallar a los huargos de frente cuando se abalanzaran sobre él, sin temer por su retaguardia.

La floresta se hacía menos tupida a medida que se aproximaba. Jonah Fox corrió con paso ligero hacia una enorme aglomeración de peñascos que resaltaban de la pendiente del altozano, como si fuera la puerta a una fortaleza sepulcral. Entre tanto, los huargos salieron de la frondosidad y trotaron tras el ranger, aullando como los condenados del tártaro inframundo. Por suerte, el ranger vio una hendidura oscura

entre dos enormes riscos y se arrojó de un salto hacia la oscuridad... Los huargos le seguían ya muy cerca. Por un instante le pareció sentir el aliento de aquellas bestias en su cogote... En el exacto momento en que se abalanzaba sobre la grieta, las fauces de uno de los demonios mordiscaron la nada, cerca, muy cerca de la nuca del ranger...

Aturdido, pero consciente de que se había salvado por escasos segundos... Jonah se inclinó y transitó a tientas en la penumbra, manoseando la superficie polvorienta del agujero, en busca de cualquier cosa, con la que atemorizar a sus perseguidores... Alcanzaba a escuchar sus movimientos en la fría nieve, mientras sus patas... terminadas en pavorosos garfios rasguñaban la caliza. Aquellas bestias impías, no se marchaban, él lo sabía, lo había vivido antes. Querían devorarle y no se rendirían tan fácilmente.

Jonah se encontró en una estrecha caverna cavada en caliza, en tinieblas a no ser por la sutil claridad que penetraba por la rendija. La estancia estaba cubierta de objetos sueltos... traídos quizás por el viento y las alimañas a lo largo de los siglos; hojarasca, ramas secas y cantos sueltos.

Jonah, no encontró nada que pudiera usar como defensa. Por un instante, el ranger se irguió y comenzó a explorar la pared con las manos extendidas, hasta que encontró otra abertura. Mientras entraba a tientas más y más en la tenebrosa estancia, con la única compañía de su propio aliento desbocado. Sus dedos le indicaron que en la piedra había unas marcas talladas, como las runas en los monolitos de las Orcadas... ¿Qué lugar era aquel? ¿Quién se había dedicado a tallar en aquella oscuridad y con qué fin?

Tuvo que encorvarse mucho para pasar por una diminuta entrada interior con forma de arco ojivo. Una vez dentro pudo incorporarse de nuevo. Un silencio sepulcral gobernaba aquella estancia... El eco de sus pasos retumbó en la sala, lo que le hizo sentir que el recinto era mucho más amplio que la estancia que le precedía. Aquella cámara olía a antiguo y polvo.

De repente, Jonah topó con algunos objetos esparcidos por el suelo. ¿De metal tal vez?... Aunque no podía verlos, se dio cuenta de que no eran residuos como los que cubrían el suelo de la estancia anterior. Daban más bien la impresión de ser objetos manufacturados por mano humana.

GOVIND SCULLY

13

Govind Scully entreabrió los ojos... Estaba boca abajo, colgado de un tobillo que pendía enredado a una liana. Confundido, dolorido y totalmente desorientado comenzó a mecerse involuntariamente... ¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido? Algunas lonas, cuerdas y trozos de madera indicaban que había caído junto con algunas piezas del HMS Deméter en aquel frondoso y oscuro bosque tropical...

Unos segundos después de despertar se percató de que Leroy Lincoln estaba al igual que él, unos metros más hacia su derecha, colgado e inconsciente... El cabo Scully continuó meciéndose hasta alcanzar la altura del soldado Lincoln... cuando al fin pudo tocarlo y le golpeó el hombro este se despertó...

Lincoln casi se murió de un ataque al corazón... Cuando Scully le despertó... No solo por su situación invertida... sino porque el curtido soldado descubrió una serpiente verde fosforescente recorriendo su pecho, enroscada a su cuello... Trató de gritar y pedir auxilio, pero el reptil ya se había encargado de impedírselo... El rostro del soldado pasó rápidamente de un rojo alarmante a un violeta muerte... Afortunadamente para Lincoln el Sikh estaba allí. Tomando su cuchillo ceremonial, el cabo Govind Scully se tiró con fuerza, como un péndulo endemoniado y se agarró con las piernas a Lincoln, acto seguido y haciendo alarde de una agilidad pasmosa escaló por el tronco del soldado y de un solo tajo decapitó a la serpiente... Por desgracia el peso de ambos fue demasiado para la liana de Lincoln y cedió... Dejando a Lincoln pendiendo de las piernas de Scully... El que cediera la liana del cabo... por el peso de los dos hombres fue cuestión de unos segundos...

El cabo y el soldado cayeron como dos sacos terreros al embarrado suelo... El golpe fue atroz... de varios metros de caída... Leroy Lincoln perdió unos segundos el conocimiento y cuando volvió a abrir los ojos, se encontró la araña más grande que había visto en su vida... negra y peluda, parada frente a su cara... estudiándole con sus múltiples ojos negros como la noche. El soldado pegó un grito poco varonil y acto seguido se incorporó de un salto... La araña salió corriendo rumbo a la oscuridad... Justo cuando Lincoln iba de nuevo a gritar Govind Scully apareció tras él y le tapó la boca...

Con un gesto serio y firme... y sin quitarle la mano de la boca el

cabo Sikh le señaló a un cuerpo tendido varios metros delante de ellos... Lincoln no tardó en reconocer el cuerpo ya sin vida del Teniente Maquinista Robert Malley... Tenía el cuello seccionado de lado a lado... Algo o alguien casi lo habían decapitado... Gusanos brillantes y opacos de todos los tamaños y formas se entretenían devorando el cadáver...

Tenemos que salir de aquí... - Dijo al fin el cabo Scully

Creo que tiene usted razón, mi cabo... - Le repuso tartamudeando el soldado Leroy Lincoln.

Pues deberíamos darnos prisa... O correremos la misma suerte que el pobre Teniente... - Dijo una voz familiar tras ellos... Doloridos y con los rostros surcados de arañazos sangrientos, los dos hombres se giraron para conocer al dueño de la voz... Edgar Carintong estaba frente a ellos.

¡Edgar! - Exclamó Lincoln... - No sabéis cuanto me alegro de verte muchacho...

Varias horas después los tres soldados consiguieron salir de la arboleda.

Anonadados durante el día por el impenitente sol, cubiertos de tábanos y de moscas ponzoñosas; y, a la noche, presa de innumerables insectos provenientes de la hierba infecta.

Tras un día y una noche de marcha... Con botas rotas y la ropa echa girones, sedientos, hambrientos y heridos... Los tres hombres alcanzaron una aldea de tristeza y muerte, con construcciones ruinosas bajo un cielo de maldición, a la entrada de un desierto infinito; de cara a algo semejante a un poblado de ruinas, en el que gentes vestidas de guiñapos se asentaban sobre los restos de murallas para observarlos. Aquellas gentes sucias, famélicas y de piel oscura le recordaron a Govind Scully a los habitantes de algunas regiones de su propio país... ¿Podrían haber llegado a la India? El clima... la orografía y aquellas gentes extrañas no lo desmentían... ¿pero cómo era aquello posible? No era geógrafo pero entendía que no podían haber llegado en pocas horas de las terribles y tempestuosas islas Orcadas a la India, atravesando todo el continente Europeo y asiático.

Govind Scully trató de explicarse en inglés y en los dialectos hindúes que conocía... Pero no hubo manera de comunicarse con los ancianos y niños de ojos rasgados y oscuros, que los observaban

desorientados y expectantes...

-Es inútil... No nos entienden... - Afirmó Edgar Carintong.

-Tengo la sensación de que aunque lo hicieran... No serviría de mucho... - Le contestó Govind Scully.

-¿Por qué dice eso mi cabo? - Le interrogó Leroy Lincoln.

-Mírelos Leroy... - Govind Scully señaló al grupo más numeroso apoyado en un muro de adobe medio derruido - Estas gentes han pasado más hambre en su vida de lo que podamos imaginar... No tienen nada. No creo que puedan ayudarnos.

-¡Mire cabo! - Edgar Carintong había encontrado un pozo de agua tras ellos...

Ante la impasible mirada de los aldeanos, los tres hombres bebieron alzando agua sucia del manantial, a través de un cubo y un sistema de poleas. Luego trataron de buscar un lugar seco y resguardado, dentro de una choza ruinosa y abandonada en la que poder descansar... Aquellas gentes no hicieron nada... Casi ni se movieron, expectantes ante la extraña presencia de los forasteros...

-¿Dónde cree que estamos cabo? - Preguntó Edgar Carintong.

-¿Quién sabe? Dudo que ni siquiera ese maldito viejo... ese tal Edgar Mcelroy lo sepa realmente...

-¿Cree que los otros han muerto? Igual que Robert Malley - Dijo Leroy Lincoln y su pregunta surgió como un ruego en la oscuridad crepuscular que ya llegaba.

No podemos saberlo - Respondió Govind Scully - Pero tampoco podemos contar con ellos, estamos ahora solos. Sin armas, ni provisiones... en un país extraño. Debemos encontrar la forma de llegar a casa.

-¿A casa? - Leroy Lincoln esbozó una mueca.

-¿Por qué dice eso soldado? - El cabo estaba confuso...

-Prefiero las moscas y las serpientes de este jodido infierno... A la noche fría y eterna y los muertos comedores de carne, de lo que antes llamábamos casa...

EL SEPULCRO

14

Jonah Fox lanzó una maldición, había tropezado. Dolorido tanteó en la oscuridad el objeto que había destrozado. Se trataba de una silla, cuya madera estaba tan podrida que se hizo trizas bajo el peso de su cuerpo. Continuó explorando con más cautela.

Poco después las manos del ranger tocaron otro objeto, esta vez frío y metálico. Su sentido del tacto le indicó que probablemente se tratara de algún tipo de peto. Esto le sugirió una idea. Se dio media vuelta y regresó a la entrada que conectaba la cámara y la entrada. Jonah regresó a la primera estancia y recogió un puñado de pedernal y varios ramitas y hojas secas del suelo. Regresó a la cámara comenzó a golpear los pedernales contra el peto de metal. Al poco tiempo, de la piedra brotaron chispas. Jonah no tardó en conseguir una pequeña hoguera y tomando trozos de madera y unos restos textiles putrefactos, tirados por el suelo, se hizo una antorcha que alumbró el aposento. Bajo la luz anaranjada del fuego, Jonah pudo por primera vez contemplar la estancia; La cámara tenía forma de trapecio y era mucho más grande de lo que había creído en un principio. El techo estaba elevado y se perdía entre las espesas sombras. Había muebles funerarios y artilugios apoyados contra las paredes y baúles abiertos con toda suerte de indumentarias y más artilugios. Aquel lugar, apestaba a cosas antiguas y muertas. Ahora estaba seguro... Aquel lugar, era una tumba.

Pero un inesperado descubrimiento erizó los bellos del cogote del ranger, ante la visión de un esqueleto sentado en un trono labrado en roca viva en el punto más alejado de la cámara funeraria. Las cuencas huecas del difunto, se clavaban sobre Jonah, como si aún pudiera verle y sentirle... El cadáver tenía un gran espadón apoyado sobre el lateral de su pierna derecha y aún aferrada por sus huesudas manos... ¿Acaso había muerto en aquella posición? La armadura del muerto era de algún metal muy oscuro, tenía damasquinadas enigmáticas runas en tonalidades ocres y plateadas... Sobre su cabeza, lucía un yelmo simple, pero rodeado por una fina tira dorada que ondulaba... ¿Acaso era un rey?

En otro tiempo y bajo otras circunstancias, Jonah hubiera sentido reparo o quizás miedo... Pero ahora no... Luchar con la muerte durante semanas le había cambiado para siempre y ahora, en un

momento de necesidad y agonía tan imperioso, el ranger no tenía tiempo de someterse a dilemas morales o personales... Debía armarse, salir de allí y tratar de salvar Cinnia y Frana.

El trono era una pedrusco fuliginoso y sobrio, toscamente esculpido en forma de butaca, igualmente tosca e irregular. Jonah Fox miró aquella cara carcomida por el tiempo. La dermis se había evaporado y de sus maxilares brotaban unos dientes ambarinos esbozando una mueca sombría. Entonces, el ranger, bajó la mirada y se fijó de nuevo en la enorme espada colocada junto a las huesudas piernas del cadáver. Era un arma magnífica, un mandoble con una hoja larga y ancha, hecha de un metal extraño, de tonos verdosos y brillantes como el jade, aún mancillada por el tiempo y desbordada de roña, su espléndida manufactura, dejó boquiabierto al experimentado soldado.

Jonah Fox había nacido para ser un soldado, tomar aquel arma en sus manos hizo que sus pulsaciones se dispararan y la sangre le hirviera. ¡Dios Bendito, qué hoja! Con un arma como aquella podría enfrentarse a los malditos huargos que estaban al acecho, dando vueltas y gruñendo en el exterior. Despacio y con respeto... Tomó el arma y la alzó, contemplando su rostro reflejado en la hoja. El mandoble era pesado... La blandió con solemnidad y la hoja sonó como si cortara el aíre... Sintió que su alma se inundaba de una fuerza hasta entonces desconocida para el... Era como si ya nadie, pudiera detenerle.

Como un niño con un juguete nuevo, Jonah Fox se movía de un lado a otro, marcando una finta aquí, una estocada allá... la hoja acerada cortaba el aire produciéndole sensaciones extrañas... Ya no estaba cansado, era como si una energía renovada recorriera su cuerpo magullado...

Súbitamente al oír un ruido, como un crujido seco e indescriptible, que procedía de la entrada de la cripta, Jonah se giró y vio al guerrero bestial que se había encontrado dirigiendo a los huargos que habían despedazado el cadáver del pobre Duncan... El monstruoso guerrero portaba una maza de piedra, terminada en púas. Era evidente que había seguido a sus mascotas... Estaba furioso, quizás porque Jonah había conseguido matar a una de sus criaturas... Sus ojos amarillentos lucían mejor en la penumbra, dándole una apariencia feroz. El bestial enemigo, fijó sus ojos perversos en la espada que el ranger empuñaba, una ira renovada ardió en su rostro maldito y avanzando hacia Jonah, emitió un gruñido gutural que retumbó a través de la cámara tenebrosa. El maldito se acercó a Jonah como una masa pesada, y alzó su pesada maza para aplastar el cráneo de Jonah...

Jonah Fox saltó hacia atrás con brusquedad para evitar la embestida. El suelo enlosado restalló en añicos bajo el peso de la maza... Era evidente que era muy pesada y al monstruo le costaba alzarla... La bestia impía jadeaba tratando de alzarla de nuevo. Jonah no podía dejar escapar aquella oportunidad... La reacción del ranger fue automática, e instintivamente lanzó un corte describiendo una elipse. Se oyó el silbido de la hoja al abatirse sobre el cuello de la bestia, que crepitó como una rama quebrada. La cabeza del terrorífico mastodonte, cayó dando un golpe seco en el suelo y botó hasta pararse contra la pared... Sangre negra y espesa brotó del cuello vacío, mientras el cuerpo gordo y gigante, aún incrédulo, se cayó hacia atrás dando un sonoro golpe que volvió a retumbar por toda la estancia, alzando el polvo acumulado durante los siglos... Los huargos fuera, se pusieron aullar como posesos, en señal de duelo... Como si supieran que su amo había muerto...

Jonah Fox lanzó un hondo lamento e inhaló profundamente. La rigidez lo iba abandonando

y comenzó a sentir un agotamiento espantoso en sus extremidades. Se secó el sudor que perlaba su rostro con el antebrazo. El guerrero había muerto, por fin, y él, era libre. Volvió a alzar maravillado la hoja ahora bañada en sangre negra... De nuevo, una sensación de poder indescriptible se adueñó de él. Por un momento caviló si pernoctar en la cripta. Estaba consumido. En el exterior, los huargos y las bajas temperaturas seguían representando una seria amenaza... La noche ya era cerrada... Pero no pudo evitar sentir desazón. La cueva estaba llena de humo y apestaba a muerte y polvo... Debía salir de allí.

Una hora después y ya envuelto en un viejo manto de piel y vistiendo la armadura del rey muerto. Antorcha en una mano y el mandoble en la otra, Jonah salió de la cripta, una vez más, preparado para lucha. Pero los huargos habían desaparecido... Jonah miró hacia el cielo nocturno. Había salido la luna... Silencioso contempló las estrellas, pero no pudo reconocer ninguna constelación. Ya no importaba... Tan solo tenía un objetivo en la mente, recuperar a Cinnia y a su hijo Frana, sanos y salvos. Por un instante, Jonah pensó para sí... -"Cuando renuncies a tus esperanzas serás un espectro y las sanguijuelas no perdonan a los derrotados..."-

La búsqueda había empezado.

SERGIO TAPIA

Otros libros de la Saga:

LIBRO I;
Aqueron: La Plaga Oscura
LIBRO II;
Anunnaki: Muchos mundos, una historia
LIBRO III;
Urushdaur: El Ritual

Descubre otras novelas de Sergio Tapia:

http://sergiotapia.es

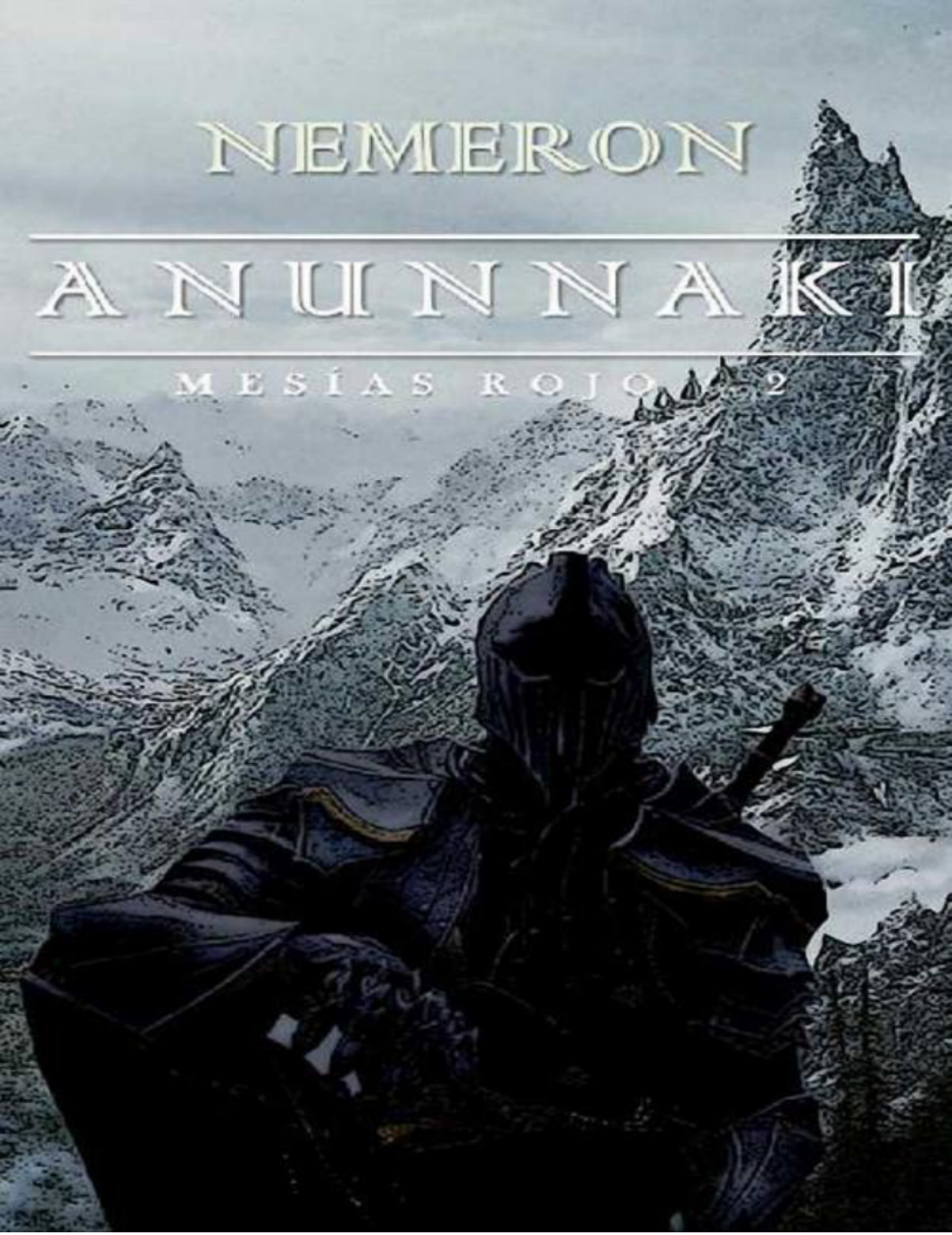
Twitter: **@stapial**

FaceBook: facebook.com/sergiotapialuque

NEMERON

ANUNNAKI

MESÍAS ROJO 2



SERGIO TAPIA

Anunnaki

Saga del Mesías Rojo

LIBRO II

Título: Anunnaki
© 2014. Sergio Tapia
Registro: M-005817/2014
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguiente del Código Penal).
Revisión 2016 – v16

FILIP LEBLANC

1

Frente de Verdún (Norte de Francia)
Primera Guerra Mundial - Diciembre de 1916.

El Frente de Verdún en el Noroeste de Francia, no sólo fue la batalla más larga de la Primera Guerra Mundial, también tuvo el dudoso privilegio de ser la segunda más sangrienta, tras la de Somme.

La contienda entre las huestes francas y el Imperio Alemán duró desde el 21 de febrero hasta el 19 de diciembre de 1916. Como colofón a un encuentro jaleado y ansiado por las cúpulas de ambas naciones, con soflamas paternalistas y estériles como el "¡No pasarán!" del comandante franco, el Monsieur Robert Nivelle, fuente de encuentro de odios y las pasiones más bajas encerradas en palabras como honor y patria que siempre terminan por hacer sangrar al más débil, a mayor gloría del más fuerte.

Aquel terrible encuentro donde se dispararon más de un millón de proyectiles con y sin gas venenoso, modificando la superficie del terreno para siempre. Tuvo el dudoso privilegio de ser reconocida y clasificada posteriormente como la primera batalla de la edad moderna, en un siglo que sería conocido como el Siglo de la Guerra y cuyo título ganó a fuerza de fuego y sangre con un cuarto de millón de muertos y más de medio millón de heridos a repartir a placer entre ambos bandos.

Aquel lugar sorteado de cielos grises y encapotados y tierra negra fangosa, quemada y por mucho tiempo estéril, aderezada con las alambradas de las interminables trincheras y tumbas improvisadas. Fue quizás la verdadera puerta del infierno en la tierra. Una de tantas, pero una especialmente terrible.

El joven oficial estaba aturdido y sofocado. Corría para salvar su vida, despavorido a través de un sendero ondulante y embarrado, salpicado de despojos y cadáveres. Abatido por la incesante lluvia nocturna y bajo el constante zumbido luminoso y atronador de las bombas enemigas. Filip Leblanc, era el último de los enlaces entre el puesto de mando avanzado y la línea de baterías de artillería que se extendía sobre el promontorio. Sus ojos grandes y negros y su rostro afilado habían contemplado los semblantes incrédulos de sus

compañeros, algunos desgarrados por la metralla y la sorpresa, al encontrarse cara a cara con la muerte. Aquellos rostros se quedaron grabados a rojo fuego en su alma y le acompañarían siempre.

Filip estaba aterrado y nervioso. Con la frente perlada de un sudor frio empapando sus greñas doradas y su incipiente barba. Momentos antes de salir del puesto de mando rumbo a su destino, el soldado hundió su mano temblorosa a través de un pliegue de su camisa y palpó sobre su pecho el viejo medallón que su abuelo había traído de Egipto. Tocar aquella joya era como un ritual sagrado para tranquilizarse, aquel metal siempre estaba frío, no había llama o forja que lo doblegara o tan siquiera calentara. Era una reliquia única y enigmática, pesada y de color blanco plateado. Un pedazo de metal, que algunos pensaban que era una variación del Iridio y otros simplemente ni se atrevían a catalogarlo. De forma circular y con el símbolo del Caduceo de Hermes Trismegisto labrado en el centro y unos turbios pictogramas alrededor de los bordes que ningún erudito había podido traducir. Aquel amuleto singular había sido la única herencia que había recibido tras la muerte de su longevo abuelo. Un eminente egiptólogo marsellés, que había terminado perdiendo su fortuna y su cordura consumida por la obsesión de descubrir un misterio enterrado bajo las ardientes arenas de Egipto, que jamás pudo llegar a consumar.

El joven oficial apenas divisaba su objetivo. Iba raudo, casi sin aliento, rumbo a una colina cercana que permanecía incomunicada. Un enclave avanzado que había perdido la señal de radio con el puesto de mando. Era vital alcanzar aquella posición y entregar las órdenes del mariscal; cientos, tal vez miles de vidas dependían de ello. La lluvia, impenitente y atronadora, batía aquel campo de alambradas, salpicado de árboles grises y esqueléticos e interminables lodazales.

Las explosiones y los relámpagos guiaban a Filip en su desesperada carrera. Era como si algo salvaje, un instinto de supervivencia primordial hubiera despertado en su inconsciente. Aquella cima fortificada de sacos terreros y alambradas espinosas, era su destino, su puerta de escape y debía alcanzarla a toda costa.

Pero cuando parecía que lo iba a lograr, el impacto de un mortero estalló junto a él.

Por un instante, Filip sintió como la metralla ardiente penetraba en su carne, reventándole los ojos y las extremidades, mientras volaba en dirección a ninguna parte, perdiéndose en medio de la fría y húmeda oscuridad.

Fue como si el tiempo se ralentizara, como si el universo se hubiera parado y hubiera decidido engullirlo. Para finalmente, caer a

una pequeña charca embarrada, tras los restos de un carro de combate semienterrado. Aún permanecía consciente, mientras la lluvia y el agua sucia de la charca penetraban lentamente en sus aún humeantes heridas.

Momentos antes de que la consciencia de Filip se hundiera en unas tinieblas aún más pavorosas y frías de la oscuridad de aquella noche aterradora, el joven oficial, sintió que su pecho ardía.

Súbitamente, el viejo amuleto de su abuelo empezaba a quemarle la piel, estaba empapado en su sangre y parecía reaccionar al contacto con ésta… Si aún pudiera ver, sus ojos volverían a cegarse sometidos a aquel brillo espectral que manaba de aquella joya enigmática. Por un instante, una luz amarillenta y un calor abrasador, envolvió al soldado moribundo y luego de nuevo la oscuridad, la lluvia y la muerte.

2

Londres, después de la partida del HMS Deméter.
Finales del Siglo XIX

La Sonata Melancólica Opus 49 de Michael Krücker para piano, vibraba virtuosa en un ambiente oscuro y tétrico. Desde aquel amplio ventanal sin cristales del Hotel Royal Horseguards en Whitehall Court, muy cerca de Westminster.

Desde aquel sombrío lugar se podían observar los incendios que poco a poco iban ennegreciendo las Casas del Parlamento, el antaño majestuoso Big Ben y la Abadía de Westminster. Aquel rojizo fulgor hizo las veces de atardecer macilento para aquella Sonata interpretada en soledad por Andreas Lampert.

Sobre la superficie negra y brillante del piano, tendida frente a sus ojos grises y el flequillo indómito de Andreas, se encontraba tendido un Colt Single Action Army. Aquella singular arma, era el revólver más perfecto y moderno que se había fabricado hasta la fecha. Una joya tal vez única en ese momento en Inglaterra, dada su manufactura estadounidense. Según se decía, jamás se encasquillaba. Aquel revolver endemoniado tenía seis cartuchos en el tambor, del calibre 11,43 mm y era capaz de lanzar un proyectil a trescientos sesenta metros por segundo, con tan sólo un peso de poco más de un kilogramo, desde luego que aquella formidable arma, era ideal para cualquier pistolero del salvaje Oeste. Aunque claro está, aquello no era el Salvaje Oeste, era el Londres victoriano de finales del XIX y el problema no era el sofocante calor del desierto, sino la perpetua noche tras el eclipse maldito y la constante bajada de temperatura subsiguiente y por supuesto ellos, los malditos “regresados”.

Andreas tenía la certeza de que iba a morir. Su rostro pálido y fino denotaba su origen noble. Un pianista solitario y sin público que tocaba en una suite ennegrecida por las llamas, en un viejo Hotel desierto.

Ahora, Andreas tocaba solo para él. Sabía que ellos, "los regresados" no andaban lejos. El rumor de su música los atraería como la sangre vertida en el mar atrae a los escualos.

Andreas había visto morir a demasiada gente buena, había visto arder todo aquello que amaba y ahora ya no le importaba nada.

Ataviado en un grueso abrigo de piel de foca que había pedido

prestado a un cadáver en los muelles junto al Támesis, Andreas se negaba a seguir huyendo, ¿hacia dónde ir cuando el mundo arde y se hunde en la oscuridad?

Desde que aquella locura comenzara, no habían parado de sucederse hechos extraños e insólitos. Aquella tarde, sobrevolando sobre el rumor de los numerosos incendios que iban poco a poco engullendo la ciudad, había creído ver en la lejanía un extraño zepelín abandonando Londres desde los muelles y en dirección Norte.

La extraña aeronave se había acabado perdiendo en la oscuridad, poco después de que una sucesión de explosiones consumieran el hangar que había sido su punto de origen. Pero, ¿qué importaba? La élite había abandonado la ciudad maldita, los que quedaban estaban condenados a ser devorados, abrasados o infectados por aquella extraña peste que te tornaba los ojos de un color amarillento espectral y te hacía perder la conciencia, obligándote a atacar a tus familiares y amigos como una mala bestia rabiosa y hambrienta.

Andreas había visto demasiadas repeticiones del proceso en los últimos días. Padres y Madres que se abalanzaban contra sus hijos indefensos. Maridos y esposas seccionar con los dientes la carótida de sus cónyuges, cuando aún les sostenían sollozantes en sus brazos. Indefensos y expuestos, llorando por la pérdida del ser querido tras la catalepsia inicial. El proceso parecía acelerarse conforme pasaba el tiempo y ahora la mutación iba mucho más rápido.

El horror de la desesperación humana, desatando los más bajos y mortíferos instintos; violaciones, saqueos, trifulcas entre diferentes grupos, tratando de escapar sin rumbo y de sobrevivir a cualquier precio o de quitar a otros lo poco que llevaban encima.

¿Por qué? ¿Para qué? ¿A dónde ir si la noche eterna lo cubría todo? El fin había llegado y era inútil escapar.

Andreas había perdido el apetito y había dejado desear la compañía humana, tan sólo quería tocar y escuchar por última vez música pura y eterna manando de aquel piano que se había salvado milagrosamente del incendio, que había consumido el antaño glorioso hotel.

Encontrar aquel piano allí había sido un presagio, un regalo del destino ante el final inminente. Mientras sus dedos acariciaban el marfil del teclado y dejaban brotar la magia de la música, Andreas podía sentir los pasos de los regresados acechando… el crujir de las maderas rotas por los pasillos adyacentes a la suite desde donde tocaba. A pesar de todo, aquella escena le pareció hermosa.

El pianista enfrentado a su destino, frente a frente con el horror del final de la civilización. Era como si el tiempo se hubiera detenido y

entonces, los escuchó llegar.

Ellos estaban muy cerca, allí mismo tras él, no hacía falta darse la vuelta. Sabía que estaban allí, pero no le atacaban, aún no. Tal vez la música los había atraído más allá de su propia sangre y su carne, aún calientes, que sin duda terminarían por devorar. Aquella fina melodía melancólica despertaba algo en ellos, como si su vibración fuera capaz de tocar una membrana que cubría sus almas dormidas. Como si los regresados aún poseyeran un espíritu y aún pudieran sentir, aunque en la lejanía, un espejismo de la persona que una vez fueron.

Pero como si fuera la llamada de un ángel caído, un grito rasgó la oscuridad.

Fuera en la calle, frente al hotel. Andreas lo vio a través del amplio ventanal. Era la voz de una mujer joven, aterrada y jadeante. Andreas paró de tocar y la canción ceso. Por un instante pudo ver una silueta de una joven ataviada con un camisón semitransparente, corriendo rumbo a la ribera del río, aún iluminada tenuemente por los pocos farolillos que quedaban aún intactos.

La joven era perseguida por media docena de demonios que gritaban y rugían por su sangre espesa y caliente y fue en ese preciso instante, cuando algo estalló dentro de Andreas, una chispa de vida, un impulso, un deseo por sobrevivir y encontrarse con aquella joven y así, disipar su temor y su sufrimiento.

Sin premeditación y haciendo caso omiso a su anterior decisión de derrota y entrega a las fauces de la muerte. Andreas tomó el Colt y se giró con celeridad, disparando y volando la tapa de los sesos a dos regresados, un hombre y una mujer que ya habían comenzado a avanzar hacia él en cuando sintieron cesar la música.

Con el fulgor de esos ojos mezquinos y depravados no era difícil encontrar el blanco en la oscuridad. Aquellas cabezas estallaron, esparciendo su masa encefálica por el ennegrecido y húmedo suelo de la suite.

Con el giro inesperado, Andreas había caído al suelo, tirando el taburete sobre el que se encontraba sentado. Rápido y sigiloso, se incorporó y volvió a asomarse. No quedaba mucho tiempo. La muchacha terminaría por cansarse y ellos la alcanzarían.

Los "regresados" jamás paraban a descansar...

Manfred Farragut

3

Sur de Paquistán, Enero 2011

Un humvee de la Tercera Aerotransportada con base en Afganistán, saltó por un vado sin aminorar la marcha dejando tras de sí una polvareda que podía divisarse a varios kilómetros a la redonda.

El humvee o vehículo militar multipropósito, era el precursor militar del famoso Hummer civil. Aquella maravilla de ingeniería moderna era capaz de vadear más de setenta centímetros, un metro y medio si llevaba el acoplamiento instalado. Con una capacidad de carga de casi tres toneladas y un buen blindaje, lo habían hecho, por fuerza, el vehículo de combate predilecto de las Fuerzas Armadas Estadounidenses. En concreto aquel demoledor armatoste iba equipado con lanzagranadas MK19 y una ametralladora pesada M249 y es que aunque se hubieran desviado varios cientos de kilómetros del teatro bélico de Afganistán, toda precaución era poca y la amenaza de cualquier ataque de la insurgencia dentro o fuera de las fronteras era una amenaza muy presente.

Ralph Richardson había pasado de los cuarenta y estaba algo entrado en kilos. Su rostro descuidado y redondo se definía por unas gafillas redondas y gruesas que siempre llevaba sucias. El fotógrafo llevaba un chaleco color hueso, una camisa de manga corta a cuadros empapada en sudor y una gorra de los Yankees de New York.

Richardson era un tipo dicharachero que se afeitaba cada cuatro días y al que no le importaba demasiado su aspecto. Había trabajado como reportero de guerra para New York Times y otras importantes publicaciones siempre como freelance durante más años de los que podía recordar.

Ralph había visto de todo y a pesar de los horrores contemplados nunca perdía el ánimo, ni las ganas de hablar, muy al contrario que sus compañeros de viaje en la cabina de atrás del humvee; un tal Manfred Farragut del que apenas sabía nada. Era evidente que aquel tipo hosco y silencioso se traía algo entre manos, ¿tal vez alguna buena historia?, sería al primero al que atacaría con sus preguntas, sin duda…

Farragut era atlético y alto, de rostro anguloso, pelo corto y barba descuidada, realizaba anotaciones y buscaba datos en una Samsung Galaxy y parecía olvidarse del mundo exterior y aunque vestía un

uniforme de Marine, aunque era evidente que no era militar.

Farragut llevaba una identificación en la solapa que lo marcaba como personal civil.

Luego estaba aquella chica, seguro que no había cumplido los treinta; de facciones finas y elegantes, rubia con el pelo sujeto por una larga trenza, una gorra color beis y unas gafas de espejo que ocultaban sus ojos. Era delgada, pero de pechos generosos y buen culo… Ralph había decidido que era su tipo, como casi el 99% del género femenino que se arrastraba por el planeta, pero, aquella tía estaba realmente buena. Aun así, parecía que las relaciones inter-profesionales no le importaban demasiado.

Ralph estaba seguro de que aquella mujer era de la NSA. Al presentarse, cuando tomaron el humvee en el aeropuerto, se había presentado como Sophia Irwin.

Lo único de lo que Ralph estaba seguro es que ellos eran los únicos occidentales que habían sido invitados por el profesor George Youkhanna, el antiguo conservador del Museo de Bagdad, que pasó a la fama por evitar, sólo en parte, el expolio al que fue sometido el museo el 8 de abril de 2003 en plena invasión Yankee.

Youkhanna era el Director General del Museo Nacional de Iraq y el Presidente de la Junta Estatal de Antigüedades y Patrimonio del Estado iraquí. Había llevado a cabo excavaciones en la Presa Bekhme en la zona de Nínive y en Tell Umm al-Aqarib además de trabajar en muchos proyectos de restauración en los emplazamientos arqueológicos de Babilonia, Nimrud, Nínive, Ur y Bagdad.

Cuando comenzó la invasión, Youkhanna, ya era una autoridad internacionalmente reconocida, pero lo que ocurrió más tarde le catapultó a la fama.

Ante la previsión de la inminencia de la invasión organizó un plan con un grupo de colegas para proteger las colecciones del pillaje generalizado que asolaba la ciudad, escondiendo colecciones enteras en salas ocultas en los sótanos del museo. Cuando las tropas aliadas entraron en la ciudad la puerta del museo fue escenario de una batalla horrorosa entre las fuerzas de Sadam Husein y los americanos. Cuando eso sucedió su equipo lo abandonó en el museo a su suerte para salvar la vida, sin embargo el profesor Youkhanna se mantuvo dentro del museo… Debido a la intensidad de los combates, sus colegas no pudieron volver a ver qué había pasado hasta tres días después. Pero ya era tarde… Youkhanna declaró a National Geographic que todo había sido desvalijado, tanto por intrusos desconocidos como por las propias tropas norteamericanas… piezas con más de seis milenios de antigüedad y un valor incalculable habían desaparecido para siempre.

Desde aquel momento e incluso tras su partida a EEUU como refugiado político, Youkhanna había seguido luchando por recuperar todas aquellas piezas robadas y ahora, casi diez años después de la invasión lanzaba aquella llamada a National Geographic, que había contratado en esta ocasión los servicios de Ralph Richardson, para que por medio de su cámara dieran testimonio de lo que se había encontrado, allí en Paquistán en uno de los enclaves arqueológicos más antiguos y misteriosos de la historia, la ciudad de Mohenjo-Daro, un lugar remoto, yermo y desolado.

El 26 de mayo de 2010, el sitio arqueológico Mohenjo-Daro, tuvo el record mundial de temperatura al registrarse una máxima de 53,5 °C.

Pero, ¿Qué narices hacía un profesor de origen Sirio, nacionalidad Iraquí y re-nacionalizado nuevamente como refugiado político en EEUU en aquella excavación perdida al Sur de Paquistán? Sea lo que fuera lo que hubiera descubierto, estaba claro que había algo más que un simple descubrimiento arqueológico, ¿por qué lo acompañaban Farragut e Irwin? Algo, no terminaba de encajar y luego estaba el peligro, la nueva amenaza que venía aún más del Oriente, de las recónditas montañas.

Richardson era muy consciente de que tras los últimos atentados estaba ese nuevo grupo terrorista, los seguidores de aquel profeta loco del desierto del que nada se sabía y que sus acólitos llamaban Alsima. Al parecer parecían ser algo más que una nueva secta musulmana, casi una nueva religión, surgida de las profundidades de algún desierto perdido en el Asia más septentrional y cuyos fundamentos e intenciones aún eran desconocidos para Occidente—

Aquel era el territorio del Alsima, o al menos una región muy cercana a su zona de influencia, ¿merecería la pena el riesgo a cambio de los secretos que Youkhanna quería ahora compartir con el mundo? La duda de porque él y no otro, aún seguía en el aíre y de todas las incertidumbres, esa era quizás, la que más le preocupaba.

4

Isla Occidental,
Un año después de la llegada del HMS Deméter

El guerrero avanzó con paso firme por el sendero nevado. Aquel camino curvado e irregular se deslizaba a través de las boscosas montañas rumbo al corazón de la cordillera.

Durante las últimas jornadas había presentido una presencia extraña, como si alguien o algo lo observaran… Esquivo, oculto entre las peñas nevadas, una silueta errática y fantasmal que no se dejaba ver por completo. Si pretendía atacarle lo disimulaba bien, pues había tenido oportunidades de sobra, sin embargo parecía que la misteriosa sombra tan sólo se limitaba a observar. Finalmente desapareció, de una forma tan muda e inadvertida como había llegado y Jonah prosiguió su marcha tortuosa a través de aquellos parajes nevados y desolados, sin poder despejar la incógnita.

Cierta tarde, a lo lejos, Jonah Fox divisó a un hombre ataviado con pieles que dejaban entre ver una blusa holgada color hueso y el ceremonial feileadh mor. Estaba claro, que ese hombre no tenía nada que ver con la sombra… y se aproximaba tranquilo.

Por un instante, al guerrero le pareció ver al difunto Duncan, pero muy pronto se percató de que estaba siendo engañado por su imaginación. El broche que sujetaba al hombro, la tela que iba hasta la falda de aquel caminante, no era un dragón como el del clan McGregor, sino un Oso de cobre oxidado, al occidental le seguían una mujer cargada con un cesto de esparto y a la espalda un niño pequeño. Sin prisa, pero sin pausa se aproximaban a él, aún sin percatarse de su presencia.

Jonah Fox tenía una indomable melena de color negro azabache, aunque aquellos indómitos cabellos ya habían empezado a encanecer y su antigua y turbadora perilla vikinga trenzada, había dado paso a una frondosa barba cardada y cana. Aun así su inconfundible tatuaje con forma de serpiente, que brotaba desde su hombro ascendiendo por su cuello, seguía siendo su seña inconfundible de identidad. Jonah aún no tenía claro hacia donde se dirigía, solo sabía que debía encontrar y rescatar a Cinnia y su hijo Frana.

Envuelto en el viejo manto de piel gastada y vistiendo la armadura del rey muerto, Jonah iba blindado con aquel metal oscuro y

damasquinado, lucido con runas ocres y plateadas.

El Guerrero iba con el rostro parcialmente tapado con un yelmo coronado en una fina tiara dorada y ondulaba. De su poderosa espalada pendía un mandoble con una hoja larga y ancha, hecha de un metal misterioso de tonos verdosos y brillantes como el jade, que al igual que el resto del equipo había tomado prestado de la cripta del rey sin nombre.

Cuando el Occidental se percató de la presencia de Jonah casi se cayó de espaldas por la impresión. Pero ya estaba demasiado cerca del guerrero y no podía girarse y salir corriendo, sin incurrir en la ira de aquel desconocido de aspecto peligroso y tal vez así, precipitar un asalto.

Al cruzarse, el hombre se giró susurrando apresuradamente algo al niño y a la mujer y acto seguido los tres se inclinaron hundiendo sus rodillas en la fría y húmeda nieve, frente a Jonah.

- Te honramos, oh poderoso Señor Dragón - Dijo el hombre, aunque su forma de hablar era aún más atropellada que la de Duncan y Cinnia y a Jonah le costó entender y coger el ritmo - Te rogamos oh poderoso, que no derrames nuestra sangre impura sobre la tierra.- Jonah se quedó estupefacto. El hombre miraba al suelo, esperando su decisión. Exponiendo su vida y la de su familia con total sumisión.

- Levanta hombre. - Contestó Jonah tratando de tranquilar con su voz a la familia - No voy a haceros daño - A pesar de las palabras de Jonah, al occidental le costó reaccionar.

- Gracias oh poderoso. Os ruego nos perdonéis por cruzar la misma senda que vos.

- No te entiendo. ¿Qué tengo que perdonar? ¿Quién crees que soy?

- Vos sois el Dragón.- Y diciendo esto, el hombre temeroso alzó el dedo y temblando de puro pánico señaló el tatuaje negro de la serpiente ascendiendo por el cuello de Jonah. - Los sacerdotes llevan largo tiempo hablando de las profecías, sabemos de vuestro regreso. Vos pondréis orden sobre las moradas de los Constructores.

- No sé quién es el Dragón.- Y las palabras de Jonah retumbaron como un latigazo en los caminantes. El hombre miró a su mujer y ambos hicieron una mueca mezcla de confusión y sorpresa.

- Si no sois el Dragón ¿Quién sois?

- ¿Qué importa? ¿Sabes dónde están los McGregor?

- ¿Los McGregor? Señor. Debéis de ser de algún lejano lugar, quizás la tierra de Aqueron más allá del Mar al Oriente.

- Quizás, pero respóndeme, que me he perdido...

- La morada del clan fue destruida hace largo tiempo y todo el clan fue masacrado. ¿Por qué perseguís fantasmas? - Jonah pensó que

aquel tipo no le iba a dar toda la información que precisaba, así pues trató de aprovechar la situación lo mejor que puedo...

- Tengo hambre. ¿Tenéis algo de comer? y Jonah esbozó una sonrisa.

La noche no tardaría en llegar, así pues, los cuatro buscaron refugio en un promontorio salvado por una oquedad. Allí el occidental preparó un fuego y asaron una liebre que había cazado por la mañana. La mujer y el niño no hablaban, tan solo observan con estupefacción a Jonah, mirando con una reverencia casi religiosa el tatuaje de su cuello.

El hombre le contó a Jonah que se dirigían a comerciar a una ciudad cercana, donde al parecer se celebraba una especie de mercado de trueque. La mujer debía transportar algún tipo de especia en su cesto y con esa mercancía planeaban comprar carne ahumada, pescado desecado y otras vituallas con las que pasar el invierno en la aldea de la que venían. Eran pobres sin duda y vivían de labrar aquella tierra áspera e ingrata.

Los inviernos de aquella región, que aquellas gentes llamaban Occidente, debían ser tan fríos o más que los de su Escocia natal.

Jonah sintió curiosidad por el término que había usado el campesino para referirse a él, le había llamado Señor Dragón, pero a diferencia de Cinnia y Duncan, estos occidentales habían sentido un miedo reverencial al ver su tatuaje. El campesino le narró la historia de una especie de caudillo local que debió controlar aquellas tierras cientos de años antes y que al igual que los legendarios reyes McGregor lucía un tatuaje como aquel.

Jonah tuvo que insistir en varias ocasiones para que al final el hombre accediera a contarle toda la historia. Ya que el campesino aún no estaba seguro de si se encontraba frente a un espectro que ansiaba probarle o realmente era un hombre de carne y hueso, como afirmaba ser Jonah.

- Según cuentan los ancianos, corría la Edad de los Señores del Acero, la ciudad que da el nombre al continente Oriental, la mítica y hermosa Aqueron, había caído. Los muertos y sus Señores oscuros avanzaban con un ejército basto y superior, atacando por toda la costa, amenazando a Occidente y a Oriente por igual. De nuestra isla, Occidente, surgió un caballero, un Caudillo de hombres, de la sagrada orden del Dragón cuya estirpe se remontaba a los Héroes, la mítica raza fruto del cruce entre los ángeles de la Diosa y las hijas de los hombres y cuyos hijos se llamaron a sí mismos los Constructores. Aunque, ya hacía milenios que estos se habían extinguido casi por completo.

El Señor Dragón y su estirpe aún sobrevivían gobernando un poderoso clan...

- No me lo digas.- Jonah esbozó una sonrisa - Los McGregor.

- En efecto mi Señor. Los Señores Dragón eran los dirigentes y amos del clan McGregor y en aquella época lejana eran el clan más poderoso de Occidente. Habían conseguido después de décadas de guerras y pactos unificar a las principales Casas Nobles y con éstas a sus ejércitos y por primera vez en la historia de los Occidentales hubo un rey, el Rey Dragón. Según se dice, fundó una ciudad magnífica, pero de esta no queda ni el recuerdo del nombre. Una vez establecido su reino llegaron embajadas del Oriente, de los magníficos monarcas de Aqueron reclamando su vasallaje y ayuda.

Pero el rey Dragón de los McGregor era orgulloso y altivo, y no cedió su ayuda con facilidad. Los Señores de Oriente tuvieron que ceder una armada y mucho oro, para convencer al caudillo del Occidente de que tuviera a bien unirse a su causa contra los muertos. Ciudades Estados como altiva Rocamar estaban sitiadas y desesperadas. Era inevitable aun así, que Occidente terminara tomando partido.

- ¿A qué enemigo te has referido antes? ¿Has dicho muertos?

- Sí, mi señor. Muertos. Aquellos que dejan de pertenecer al reino de los vivos, pero se siguen arrastrando por la tierra en busca de la sangre y la carne de los mortales. Bestias depravadas y sin cerebro, cuya sangre es negra y que regresan de su tumba cuando unas fiebres, cual peste oscura les arranca la vida y la cordura. Aquellas criaturas nefastas eran controladas por un mal aún mayor que no debe ser pronunciado.- Tras las palabras del Occidental, Jonah no pudo evitar pensar en el consciente e inteligente Edgar Mcelroy de Kirkwall y la razón por la que aún estando infectado, no mostraba signos de haber perdido la conciencia.

- Continua, por favor...

- La batalla tuvo lugar más allá de nuestra isla de Occidente, atravesando el mar brumoso. Las huestes Norteñas y Occidentales fueron unificadas bajo el blasón del dragón de los McGregor y hondeando estandartes en honor a La Diosa Madre, la de los Siete Nombres, divina y siete veces Santa. Pues al Señor Dragón se le tenía por un ungido un Mesías de Sangre o el Mesías Rojo como lo llaman los Orientales. Enviado por los Cielos, al igual que en la época de los Constructores, para librar a los hombres de los demonios y las monstruosidades del infierno que ansían consumir y devorar el mundo. Jonah pensó para sí –"¿Qué mundo?"-

La víspera de la batalla, su reina a la que amaba por encima de

todas las cosas de este Mundo y del siguiente, le reveló que esperaba un hijo, su heredero. El Señor Dragón sabía que él debía enfrentarse a un ejército insuperable, de cuyo encuentro quizás no volvería, pero el amor que sentía por su reina y la esperanza en su primogénito le insufló valor y las huestes del Occidente y el Oriente prevalecieron e hicieron retirarse al mal, al profundo y ardiente Sur. Su peste y sus muertos fueron abrasados por el fuego que todo lo purifica y Aqueron fue reconquistada y estuvo a salvo, por un tiempo.

- Pero, ¿Ahí no termina la historia verdad?

- Cierto.- La carne estaba lista y el Occidental comenzó a servirla mientras continuaba narrando la historia - La mano del inframundo es larga y tenebrosa. Los vengativos Señores de los muertos, alcanzaron de alguna forma nuestras cosas y una flecha con un mensaje fue lanzada al castillo del clan McGregor, dando falsas noticias de la muerte del Señor Dragón. Su esposa, la reina de los McGregor, creyéndole muerto se cortó las venas y murió.

A su regreso de la Cruzada, el Señor Dragón culpó a la Diosa y sus druidas de su destino y se reveló contra la luz. Él mismo torturó, despellejó y posteriormente decapitó a todos sus druidas.

Enloqueció, busco venganza contactando con fuerzas que nunca deben ser llamadas y pactó con ellas, atrayendo para sí, un mal tan mezquino como el que él mismo había derrotado en el Oriente. Poco tiempo después, dejó de ser el rey que había sido.

El Dragón se transformó en un ser terrible, enloquecido por la sangre y el odio.

El Mesías Rojo, se había transformado en el Demonio Rojo y comenzó a atormentar a su pueblo. Ya no fue visto como un libertador, sino como un demonio que consumía sangre de hombres, un infecto y un desalmado.

Los clanes que se habían unido reconociéndolo como rey, poco a poco fueron abandonándolo y el clan de los McGregor quedó maldito.

Rebelión tras rebelión la tierra volvió a partirse y la estirpe de los Dragones se quedó viuda, como había sido siempre desde la llegada de los hombres a estas tierras.

Finalmente los mismos McGregor se percataron del mal que los gobernaba y ellos mismos decidieron apresarle y darle muerte. Temerosos de las fuerzas oscuras con las que había pactado, pusieron a buen recaudo su cuerpo y su espíritu. El salvador se había convertido ya en el verdugo y posteriormente en víctima, pero las heridas eran profundas y dolorosas y la paz ya nunca regresó a Occidente.

Las guerras entre los clanes han prevalecido hasta el día de hoy y

esto llena de alegría al mal que ve en ello una oportunidad para someter la antaño fiera mano de los Señores de Occidente. A pesar de que nuevos y más taimados McGregor alcanzaron a ceñir la corona de su antiguo Señor, jamás recuperaron su antigua gloria. Y aun así, está escrito en piedra y en sangre que el mal absoluto regresará al Sur de Aqueron y a Occidente y cuando este retorne y tan sólo el Señor Dragón, el Mesías Rojo, podrá de nuevo salvar a su pueblo.

- Pero, ¿No dices que los McGregor lo mataron y enterraron hace siglos?

- Esa es la profecía noble Señor. Se habla de un Avatar, de que el rey Dragón regresará en otra forma y de otro modo. Yo sólo soy un pobre campesino que no hace sino repetir letanías de los druidas que apenas comprende. - Y diciendo ésto, ambos callaron, dejando tan solo al helado viento retumbar sobre sus corazones, mientras mecía sinuoso las copas de los pinos nevados.

GOVIND SCULLY

5

Aqueron continental,
Días después de la llegada del HMS Deméter

El cielo estaba enrojecido y una polvareda seguida de relinchidos demoniacos que se apresuraban raudos rompiendo la quietud de un ambiente asfixiante. Habían escapado por muy poco. La aldea era ahora pasto de las llamas.

Los despiadados asesinos habían llegado al amanecer como aterradores espectros surgidos de la nada, degollando a los niños, violando y matando a las mujeres y pisoteando con sus caballos a los ancianos hasta convertirlos en amasijos de carne irreconocible bajo el sol abrasador y las moscas. Muy pronto el hedor a muerte lo inundó todo.

Govind Scully, el cabo de los Scottish Grey, nunca antes había echado tanto de menos a su fusil Martini-Henry del calibre 45. Los tres soldados estaban en completa inferioridad y aunque dolorosa, la decisión era clara; huir o morir allí con aquellos pobres desgraciados.

El veterano y curtido Sikh, había perdido su turbante característico y ahora, iba desgreñado como un rastafari mal cuidado. Seguido de los bigotudos y rapados Edgar Carintong y Leroy Lincoln abandonaron la aldea abriendo una brecha en la ruinosa cabaña que les había dado refugio durante la última noche...

Govind apenas pudo vislumbrar el rostro de alguno de aquellos salvajes. Aquellos demonios se pintaban el semblante de blanco y remarcaban las facciones de negro, dando la impresión de tener rostros de calaveras. ¿Querrían aparentar lo que eran? Emisarios de la muerte. Aunque, muy pronto el blanco impoluto de aquellos rostros malditos dio paso al rojo sangre, al salpicar las heridas de sus víctimas. Los llantos no tardaron en silenciarse. ¿Qué lugar condenado era aquel en el que habían caído?

Ya alejados lo suficiente Govind escuchó un grito horripilante en un idioma gutural, estaba seguro que aquel berrido se había originado por el descubrimiento del socavón en su choza y sus huellas. Ahora los asesinos se habían percatado de que habían dejado supervivientes y los darían caza. Y ahora estaban allí, en medio de un camino de polvo y una meseta de pedregal, sintiendo el acecho de sus perseguidores.

Leroy Lincoln estaba más entrado en carnes que el resto y le

costaba cada vez más seguir el ritmo de sus compañeros. Finalmente cedió y se rindió. El soldado Lincoln se tiró al suelo, aún jadeante, esperando la muerte.

Edgar Carintong frenó en seco y se paró junto a él, trató de gritarle, zarandearle, pero era inútil. El pobre Lincoln había reventado. La falta de alimento, la deshidratación, el impacto contra el suelo, el miedo y ahora el sobre esfuerzo habían terminado por hacerle claudicar.

- Déjame y escapa Carintong.- Susurró a duras penas Lincoln, en un último acto de lucidez.

- ¡Váyase cabo! - Gritó Edgar Carintong, ya postrado de rodillas, tratando de alzar la cabeza de su compañero desfallecido.

- ¡Carintong si se queda morirá! - Le espetó Govind, con el rostro desencajado, al ver cómo tras polvareda se iban poco a poco definiendo los semblantes de los jinetes cadavéricos, aproximándose cada vez más a su posición.

- ¿Todavía no se ha dado cuenta mi cabo? - Edgar Carintong tenía lágrimas en los ojos y estas ya se mezclaban con el polvo blanco del camino. Su rostro estaba hinchado y su cuerpo estaba bañado en salado sudor - Ya estamos muertos. Todos lo estamos, da igual que hayamos atravesado La Brecha, hemos pasado de un infierno a otro infierno, todos estamos condenados y debemos pagar por nuestros pecados Cabo, es la voluntad de Dios.

- ¡Soldado Carintong!, en el nombre de su Majestad le ordeno que se levante y venga conmigo, ¡Ahora! - Govind se había enfurecido, a pesar de todo aquel lio mayúsculo no soportaba la insubordinación y apelar al patriotismo de Carintong era el último recurso que le quedaba.

- No mi Cabo. Lo lamento, pero esta vez no le seguiré.- Carintong trató de controlarse y guardar algo de compostura, sabía que probablemente aquellas serían sus últimas palabras y como buen inglés, quería algo de dignidad ante la inminencia de su final.- Quiero que sepa que a pesar de su origen hindú, a pesar de todo lo que se decía sobre usted. Los muchachos y yo siempre le hemos respetado y defendido. Ha sido usted un buen mando - Carintong y Govind cruzaron las miradas por última vez, eso fue suficiente. No había nada que hacer, el bueno de Edgar Carintong había tomado su decisión. Govind no pudo reprimir unas lágrimas, tratando de salvar la dignidad de sus subordinados y amigos y haciendo un gran esfuerzo, se puso firme y realizó el saludo marcial, que fue inmediatamente devuelto por Carintong. Leroy trató de imitarlos desde el suelo, pero no pudo pasar de un simple gesto.

Govind salió corriendo rumbo a un bosquecillo cercano, sus perseguidores andaban ya muy cerca. Apenas Govind alcanzaba la pequeña arboleda de floresta esquelética y reseca, pudo escuchar en la lejanía el golpe de un tajo contundente y seco, sin poder evitarlo se giró. A lomos de uno de aquellos caballos, un jinete calavera, había rebanado el pescuezo de Carintong sin bajarse del caballo tétrico, usando un gran espadón curvo, como una cimitarra berberisca.

La cabeza inerte del pobre Carintong, voló y votó varias veces antes de pararse a un lado del camino. El cuerpo convulsionante del soldado expulsó sangre a borbotones, tembló y finalmente se desplomó. Pero el horror no había terminado, Govind tuvo que llevarse las manos a la boca para no gritar. El cabo de los Scottish Grey estaba temblando como un niño. Por un instante, sintió como las piernas le flojeaban, tropezó y se calló de espaladas. Apenas pudo ponerse en cuclillas, volvió a espiar tras unos arbustos, como otro jinete desmontaba, era uno alto y musculoso como una mole pétrea, usó una pesada maza que parecía de piedra para machacar el cuerpo aún jadeante de Lincoln.

El impacto sonó como cuando se pisa el cuerpo resbaladizo y medio hueco de un gran insecto, el líquido gris salió expedido junto con otras vísceras sanguinolentas que se pegaron a la superficie de la maza del salvaje y fueron visibles cuando el monstruo volvió a alzarla.

Aquel bárbaro semidesnudo embutido al igual que sus compañeros en correajes y pieles no se quedó contento con aplastar la cabeza del pobre soldado, sino que volvió a golpearle, una y otra vez por el resto del cuerpo, mientras sus compañeros aún montados reían divertidos por la broma.

Govind sintió como un puño invisible le estrujaba el estómago. No pudo evitar vomitar allí mismo. Pero como apenas tenía nada dentro del estómago, tan sólo expulsó sus jugos gástricos, que terminaron por marearle aún más. Aquel arrebato provocó la alerta de los jinetes que miraron hacía su posición. El que había cortado la cabeza a Carintong, parecía el jefe del grupo. Súbitamente gritó algo en aquel mezquino idioma de bestias y dos jinetes azuzaron sus monturas, cabalgando hacía la posición de Govind.

Asustado como un niño perdido y perseguido por sombras, Govind haciendo caso omiso a toda lógica, se incorporó y comenzó a correr, en una carrera desesperada hacía ninguna parte.

Los jinetes se internaron en el bosque gris tras él. Era inevitable. Govind sabía que la muerte le aguardaba, pero no quería, no podía rendirse.

Govind continuó corriendo sorteando toda suerte de montículos,

escuchando el profundo y palpitante ritmo de su propio corazón, mientras sentía a sus perseguidores cada vez más y más cerca. Pero Govind se negaba a volverse y a mirar el rostro pintado de los asesinos de sus compañeros y amigos. No quería morir, no quería rendirse.

Finalmente algo duro y contundente golpeó la cabeza de Govind y este cayó al suelo como un saco de patatas inconsciente y después de eso. La oscuridad.

La plaga

6

Sur de Aqueron continental,
Treinta años antes de la llegada del HMS Deméter

Lejos de las gloriosas cúpulas y rampantes almenaras de Rocamar, la gloriosa capital del Aqueron Continental y rumbo al Sur Ardiente; más allá del Estrecho Thüle, donde según las leyendas de los Occidentales un día, Abydos el Padre de los Elementales, golpeó con su Maza Sacra para levantar la Gran Dorsal a Fuego y Sangre… Se extendía un litoral carbonizado y hostil que los hombres Orientales llamaban Costa Oscura. Aquel lugar desolado y perdido era la última avanzada aquerontina, un trágico intento por extender el dominio de los vivos, más allá de las tierras que habían sido vedadas a la carne y la sangre.

En un promontorio, alzada sobre un peñasco calizo y dentado, que destacaba sobre el suelo volcánico y polvoriento, se alzaba la gruesa y maciza fortaleza del Barón Astherguil. Un baluarte pétreo y vetusto al estilo de los castillos al otro lado del estrecho. Un monstruo tosco y frío, que rompía por completo la fisonómica desértica y desolada de aquel paraje inhóspito.

Durante los últimos dos siglos el linaje de los Astherguil, los Guardianes del Sur Ardiente, habían gobernado aquella remota provincia del reino con mano decidida y firme. El emblema del Águila victoriosa se había plantado en Costa Oscura en los tiempos finales del Éxodo, cuando los occidentales y aquerontinos, al mando del Mesías Rojo, detuvieron su avance hacia el Gran Sur, al encontrarse cara a cara con un inesperado enemigo, más silencio y mortífero que las nieves perpetuas del Gran Norte. Un enemigo que les obligó a alzar su Baluarte y plantar el estandarte, que desde entonces habría de ser su frontera Austral.

Durante los primeros cincuenta años, la saga de los Señores Astherguil había formado un destacamento de fieles mezcla de los antiguos Occidentales isleños, montaraces reclutados a la fuerza y los oficiales aquerontinos propios, altivos nobles de la Casa Astherguil.

Tras cinco décadas de guerra constante y de miles de pérdidas, el lugar había quedado limpio. Tras lo cual, hubo un mandato regio para dar inicio a la colonización… La muerte había dejado de caminar con pies terrenales y los ambiciosos reyes de Aqueron perseguían reactivar

su avance hacia el Sur en previsión de que las nieves del Norte terminaran por sepultarlos.

La sombra de la Torre Vigía, gemela de la emblemática torre de piedra de Duncan de Rocamar, se extendía como una mano negra al atardecer, sobre las infinitas chozas y casuchas miserables que componían los largos arrabales tras el recinto amurallado… Durante los ciento cincuenta años posteriores a la pacificación de aquellas tierras malditas, varias millas en torno al castillo Astherguil se habían poblado; algunos vinieron por la fuerza y otros llegaron a colonizar voluntariamente, bajo las promesas reales –"Tierras y nueva vida para todo aquel que se aventurará más allá de Thüle, atravesando el Mar Boreal"- decían los prometedores edictos reales pregonados a lo largo y ancho del reino con mayor o menor fortuna…

Con el tiempo y en raras ocasiones algunos colonos habían mejorado y se habían convertido en ricos burgueses, pero en la gran mayoría de casos tan solo se habían cambiado las fértiles y verdes tierras continentales por las polvorientas y resecas tierras al sur de Thüle, acabando casi siempre los pobres y emprendedores colonos, aún más pobres y sin posibilidad de retorno.

Muy a pesar de los impulsos constantes desde la corte y desde la Baronía de la provincia, aquellos villorrios jamás alcanzaron el grado de ciudad… Tan sólo una marca escueta y tímida, preparándose para una época dorada que nunca llegaba. Con el transcurrir de los años, los ejércitos bajaron la guardia y los guerreros dejaron de afilar sus aceros. La muerte ya no venía a visitarles y no había razón alguna para avanzar aún más hacia el temible Sur, a través de un desierto rojizo y traicionero, donde tan sólo les aguardaba quizás, una amenaza aún más terrible y que no puede ser pronunciada.

Durante los últimos veinticinco inviernos, apenas habían llegado más familias de colonos. Los pobres agricultores sudaban sangre para arrancar unos pocos puñados de cebada y trigo a aquella tierra reseca y agrietada. El viento apenas soplaba y muchas veces los escasos animales existentes, que habrían de dedicarse al arado, debían servir para moler el grano y ser sustituidos directamente en labores de tiro por hombres y niños. Era una tierra ruda e impiadosa, ingrata a los ojos de dioses y hombres. Pues la miseria era moneda corriente en el Gran Sur.

Sira era una niña alegre, de apariencia frágil y delicada, aunque su espíritu era indómito e inagotable. Contaba ya con apenas diez años y era una más. Sira ya ayudaba a sus padres en la granja en sus quehaceres diarios.

Los cuatro hermanos mayores de Sira la temían, a la par que la

amaban, ya que a pesar de su corta edad era toda una mujer de armas tomar y la única vástaga en una familia mayoritariamente masculina y de estirpe humilde, pero aquerontina.

Las sombras se alargaban por las callejas retorcidas del Burgo a las afueras de Ciudad Astherguil, cuando Sira avanzaba decidida recorriendo a buen paso una de las callejas al Oeste de la Fortaleza. Había cerrado un trueque, algo de trigo a cambio de cuero y otras vágatelas y ahora retomaba la senda hacia las afueras, rumbo a la casa familiar que se aposentaba en una colina cercana. Antes de alcanzar su destino, las estrellas ya habían empezado a poblar el firmamento y unas lunas grandiosas y plateadas se había aposentado sobre su trono de oscuridad, iluminando el tejado de las casas, por cuyas ventanas se empezaba a entrever el rojizo tono de las velas y las lámparas de aceite…La noche había llegado a Costa Oscura y los aullidos de los chacales en las colinas lejanas retumbaban en la quietud de la noche.

Sira abrió el pesado portalón de la casa. Su padre era artesano curtidor y eso les había permitido tener varios hijos y una casa lo suficientemente amplia como para mantenerlos. El salón central estaba escoltado por vigas de madera vieja y carcomida, en su centro coronando la sala había una oquedad escavada y bordeada de adobe que hacía las veces de pira ardiente donde la familia cocinaba y se guarecía de los rigores de la noche. Aquella sala humilde y polvorienta hacía las veces de comedor, sala y dormitorio cuando caía la noche. Tan sólo un cuarto al lado opuesto de la sala estaba destinado a sus padres y el pequeño bebe de apenas unos meses que acaban de tener.

La madre de Sira estaba ocupada junto al fuego, sus manos expertas trabajan en un telar con gran celeridad y precisión y junto a ella, meciéndose con delicadeza la tumbona de madera que su padre había tallado para el nuevo retoño, que dormía plácido bajo la luz cálida de las llamas. Sira entró en la casa, pisando el suelo terroso, pero limpio y dio en beso a su madre y después al bebe, acto seguido acudió a una alacena cercana y empezó a colocar lo que había traído.

Súbitamente la puerta volvía a sonar, para al instante abrirse de una patada. Sus hermanos traían a su padre jadeante, parecía herido, iba asido a dos de ellos, lo arrastraron hasta su camastro. Su madre comenzó a gritar asustada, no entendía lo que estaba pasando, parecía que un animal le había rasgado el cuello, ahora sangrante. Algo había atacado al padre de Sira mientras volvía de la huerta familiar al otro lado de la calle, sus hermanos le habían encontrado arrastrándose mientras trataba de pedir ayuda. El padre de Sira era un hombre alto, nervudo, pero terriblemente vital y fuerte, Sira jamás le había oído quejarse por nada y sin embargo allí estaba, tiritando por la fiebre y

retorciéndose con un dolor espantoso, como enloquecido. Sus ojos se tornaron amarillentos y su piel había mutado a un pálido aterrador a un violáceo aún más alarmante.

La madre tomó el brazo de su primogénito como una garra de acero y le mandó raudo en pos del galeno que vivía a la entrada del barrio de artesanos, bajó un arco de ladrillos de adobe. El muchacho vaciló un segundo, pero luego echo a correr como alma que persigue el diablo. Entre tanto la madre de Sira y sus otros hermanos trataban de contener la hemorragia con gasas, alguna mistura natural del desierto y agua saneada al fuego. Era todo lo que tenían y todo lo que podían hacer por él, mientras las sábanas del lecho familiar iban poco a poco tornando de sangre de un color cada vez más oscuro...

En el forcejeo el padre de Sira la agarró del brazo con una violencia que ella jamás había experimentado en un hombre, fue un segundo, lo suficiente como para que el hombre le clavara sus uñas en la muñeca y la hiriera hasta provocarle unos desgarros por los que brotó sangre. Su madre al verlo, la mandó a por más agua fuera. Sira se quedó pálida y traspuesta del susto, pero obedeció.

Entre tanto, la fiebre aumentaba y la frente del padre de Sira ardía como un cuenco al fuego, mientras sus ojos inyectados en sangre miraban el humilde tejado, entre gritos e insufribles estertores de dolor. El hombre gritaba y sus alaridos comenzaron a alarmar a las casas cercanas.

Aún pasaron más de quince interminables minutos hasta que el galeno apareció. Era un tipo grueso y barbudo y coronaba su cabeza mofletuda con un gorro de tela negra caído hacía un lado, de un tono similar al de su toga. Pero no venían solos. Tres guardias y un centurión de la ciudad Astherguil luciendo el pecho el tabardo de la media luna insignia de la Casa del Barón, le acompañaban. Los soldados portaban lanzas y el centurión de la ciudad una espada que llevaba desenvainada.

Sira, que había salido fuera a por agua, vio a la soldadesca entrar en su casa, pero ellos no la vieron a ella. Tenía miedo y en vez de entrar tras ellos, prefirió esconderse y mirar por una de las ventanas de la casa. La niña no podía imaginarse, ni mucho menos entender lo que allí iba a suceder. El rostro rugoso y marcado del centurión de la ciudad era el de un hombre curtido, Sira se fijó en una marca, algo como un corte mal curado que le cruzaba el rostro de arriba hacia abajo, confiriéndole un aspecto cruel y oscuro… Uno de los ojos eran cada vez más amarillentos, casi resplandecientes… sin duda fruto de la misma lesión que le había marcado el rostro. Por un instante Sira se sobresaltó al pensar que la había visto… Aunque luego se percató que

no…

El galeno miró al centurión de la ciudad con gesto serio y movió la cabeza con pesar y asentimiento, era como una señal ya pactada, no hicieron falta más palabras. El centurión de la ciudad dejó escapar un suspiro de resignación y acto seguido se puso a gritar y azuzar a sus hombres. Aquello fue una carnicería. Primero ensartaron al padre de Sira, después a la madre y luego a sus hermanos, uno a uno fueron degollados sin poder escapar, bajo el frío acero de las picas de los Astherguil. El galeno salió fuera, era un hombre de bien, sabía que hacían lo correcto, no podían dejar que la enfermedad se propagara por el villorrio. Eso sería el final de Costa Oscura, igual que en los tiempos de la colonización. El Mal había vuelto, pero solo unos pocos aún lo sabían y era mejor así, porque si no todo lo ganado para los reyes de Aqueron se perdería. ¿Quién en su sano juicio no se echaría al mar y trataría de regresar a al continente atravesando el Estrecho de Thüle? No. El Barón había decido ocuparse él mismo del problema, al igual que sus antepasados antes que él.

Cuando los llantos del bebe cesaron y el galeno supo que también había muerto, sabría que aquellos lamentos le acompañarían el resto de sus días y quizás después, le seguirían persiguiendo en el infierno. Sira se tapó la boca para no gritar, tenía la mirada desencajada. Había visto como los soldados que ella creía buenos, los heraldos de la paz y la seguridad de los colonos, habían asesinado a su familia, incluso al bebe con total frialdad, ¿Por qué lo habían hecho? ¿Cómo era todo aquello posible? tenía que ser una pesadilla...

Con los ojos llenos de lágrimas y la mirada desencajada, la niña corrió buscando el abrigo de la oscuridad. No tenía muy claro hacia dónde huir. Quizás su tía y sus primos, que vivían fuera del villorrio, cerca de una mina en las puertas del desierto de pedernal le darían refugió. Ningún niño de su edad se atrevería a abandonar la seguridad de la ciudad en plena noche. Pero Sira, ya no era una niña, aquello la había cambiado para siempre, sentía un dolor en el pecho tan fuerte que casi la tiró al suelo. Un lamento, un vacío, una angustia, le habían arrebatado su mundo en unos instantes, sin tan siquiera darle un motivo...

Mientras abandonaba la seguridad mancillada de los villorrios en torno a la Fortaleza Astherguil, Sira ya no miró atrás, tan sólo en dirección a las lunas y los aullidos de los chacales de las colinas, sus ojos enrojecidos y resecos ahora veían mejor en la penumbra y mientras penetraba en la soledad desértica por un instante dejó de pensar en lo que había pasado. Mientras, sentía como la herida que le había provocado su padre moribundo comenzaba a escocerle, casi a

quemarle y bajo la luz de la luna era como si se le hubiera empezado a infectar a gran velocidad y a extender en forma de quemazón por el antebrazo, la frente le ardía y tenía la garganta reseca, pero ya no tenía tanto miedo, pronto llegaría a la casa de su tía y sus primos y todo estaría bien...

Recuerdos del futuro

7

Costa Oriental de Aqueron,
24 horas desde la llegada del HMS Deméter

El viejo arqueólogo Edgar Mcelroy de Kirkwall, el matemático y físico Walter Stewart y Capitán de los Scots Grey, el bigotudo Connor Thomas; trataban de sobreponerse a lo sucedido y adaptarse a aquel clima de aires saturados de humedad y temperatura asfixiante, que hacía el entorno totalmente irrespirable.

Habían vagado durante horas, desde la playa del accidente rumbo al Norte hacia una extraña muralla de proporciones colosales, con una coloración difusa que abarcaba del azul al rojo en función de la posición y de cómo la luz del sol incidía en ella y cuya silueta parecía acompañar a la línea del horizonte y perderse en la bruma infinita.

Una vez superada una duna que demarcaba el final de la playa, se adentraron en una terrosa y anaranjada llanura desierta, cuyo final, parecía venir demarcado por la silueta de la titánica muralla.

Los minutos fueron horas y las horas fueron prolongadas con un ritmo abrasador, poco a poco Walter y el capitán fueron aflojando la marcha, sintiendo como la sed los envolvía y las fuerzas los abandonaban. Edgar Mcelroy en cambio, el ser que habían recogido en Kirkwall, con apariencia de anciano, pero que al final había resultado ser una de aquellas criaturas de ojos amarillentos, un regresado, pero a diferencia del resto de no-muertos, aquel razonaba y parecía tener muy claro su propósito, aunque éste, aún no había sido revelado a sus compañeros.

Edgar Mcelroy iba a la cabeza de la fila india, levantada una fina cortina de polvo que iba poco a poco cubriendo los desgastados zapatos y pantalones de sus compañeros.

Un hilillo de sudor ardiente surcó la ya perlada frente del capitán Thomas, sus ojos vibraron y por un instante sintió un escalofrío y luego todo se tornó durante unos segundos en una bruma borrosa. Empezó a dudar de que salieran con vida de aquel horroroso lugar, empezó a dudar de si Mcelroy les había mentido… Aturdido por la sed y el calor el oficial de los Scots Grey llevó su mano hasta su cartuchera y sacó su pistola Lefaucheux de 16mm, aquella fantástica arma había sido un regalo de su padre, una espléndida pistola francesa con empuñadura de hierro y con cachas de madera de doble cañón… y

encañonó al regresado.

- ¡Alto profesor! – Gritó Thomas.

- ¡Capitán!, ¿Qué hace? - Walter Stewart estaba confuso y no entendía lo que ocurría.

Edgar Mcelroy también se volvió, pero su expresión era fría e inescrutable, aquellos ojos amarillentos y fluorescentes no dejaban entrever que pasaba por aquella cabeza maldita.

- Capitán si le mata, jamás saldremos de este lugar, ¿Cómo se llama? - Walter Stewart trataba de ganar tiempo razonando y dirigiendo su pregunta a Mcelroy.

- Aqueron… - Susurro el anciano.

- Sí… eso es Aqueron. Había una puerta para entrar, tal vez exista otra para salir – Continuó Walter.

- ¿Salir a dónde Walter? – Le contestó Thomas y una vez más parecía como que se esforzara por enfocar y que estuviera viendo espejismos.

Aquello era doblemente preocupante, no sólo porque fuera a matar al único que parecía saber algo sobre aquel lugar. Sino porque ambos, Mcelroy y él, estaban en la trayectoria del arma de Thomas.

- Salir a casa… - Contestó Walter.

- No hay casa, ¿recuerdas Walter? Los muertos, como este cabrón han devorado todo… La oscuridad se ha apropiado de todo… Estamos solos y perdidos y vamos a morir en este infierno. Él quiere que vayamos a esa muralla y allí moriremos Walter - Los ojos de Thomas estaban vidriosos y denotaban locura – Ese fue su plan desde el principio… Matar a los últimos supervivientes de nuestro mundo.

- Capitán… - La voz de Edgar Mcelroy sonó áspera, pero tranquilizadora – Sé que nada de lo que yo pueda decirle ahora, le hará confiar más en mí, pero le pido que no lo haga, solo que confíe en los criterios de su misión, ¿la recuerda aún?

- Sí - Susurró Thomas, y sonó como si el recuerdo del deber, que tenía tan inculcado en el alma, le hubiera arrancado de un sueño como una garra sobrecogedora y lo hubiera colocado de nuevo en la realidad…

- Usted, tenía órdenes de venir a buscarme a Kirkwall, yo no les llamé. Su maestro y superior el difunto coronel William Macfair creía en mí y le dio instrucciones precisas… ¿No es cierto?

- Lo es - Y susurrando, alzó el arma y dejó de encañonar al anciano.

- Hace lo correcto Capitán – Contestó el aún vacilante Walter.

- Puede que nuestras esperanzas aún no se vean frustradas y estén aún por llegar grandes sorpresas – Sentenció Edgar Mcelroy,

señalando una extrañas siluetas que poco a poco, conforme las nubes de polvo se iban abriendo, fueron tomando forma ante ellos.

- Por todos los Santos, ¿Qué es eso? – Dijo Walter boca abierto.

Súbitamente, como un espejismo, cual visión onírica, ante ellos se mostraba un desierto terroso, con arenas irregulares y sobre estos, unas colosales construcciones; tres grandes Zigurats escalonados con forma piramidal. Aquellos colosos se mostraron imponentes y amenazadores ante los enmudecidos viajeros.

- Dios nos asista – Susurró Thomas - ¿Dónde nos ha metido Mcelroy?

- Ya se lo he dicho capitán… Esto es Aqueron – Y diciendo estas palabras, los tres viajeros permanecieron en silencio contemplando sobrecogidos como los últimos rallos de sol de la tarde se reflejaban de forma majestuosa a lo largo de la silueta de aquellas enigmáticas construcciones fuera del tiempo y el espacio.

8

Londres, después de la partida del HMS Deméter.
Finales del Siglo XIX

Comenzaba a llover lentamente sobre la ciudad del final de los días, cuando Andreas Lampert alcanzó de un disparo en la cabeza a uno de los perseguidores de la muchacha, pero los otros no hicieron caso, estaban poseídos por el ansía de sangre y seguían persiguiéndola sin detenerse a reparar en Andreas.

Sus latidos retumbaban en sus sienes, el corazón le palpitaba con ferocidad, el agotamiento le empujaba a detenerse. Pero una fuerza más perturbadora que el mismo tiempo le arrastraba a no detenerse, a no ceder ante el miedo y el sofoco, debía seguirla a toda costa ¿Cuántas balas le debían quedar? –"Que más da, moriremos igualmente"- pensó para sí.

Calles encharcadas, bañadas por las luces de fuegos y farolillos pálidos. Todas ellas surtidas de adoquines brillantes, cristales rotos y sucios y aquellas miradas del infierno, aquellos ojos amarillentos mirando desde las tinieblas.

La sangre de Lampert, sus latidos… eran un reclamo para ellos y algunos otros fueron poco a poco uniéndose a la siniestra comitiva, gruñendo como bestias enfurecidas tras Andreas.

Más y más regresados se iban llegando y poco a poco al grupo perseguidor impedía casi ver a la muchacha, pero esta, no se detenía. Ataviada con su frágil camisón y descalza, apenas era una silueta borrosa en medio de la lluvia y las sombras de aquel Londres tenebroso y nocturno.

¿De dónde había salido?, ¿Cómo había sobrevivido hasta aquel momento? ¿De dónde sacaba esa energía inhumana para no detenerte?

Las preguntas continuaban agolpándose en la conciencia de Andreas, mientras encañonaba a un nuevo maldito y apretaba el gatillo… Su Colt Single Action Army humeante, parecía aún más resplandeciente bajo la lluvia, tenía el metal caliente, casi quemaba, pero esto no le importaba a Andreas, tenía un único objetivo y nada se iba a interponer entre la chica y él.

La procesión infernal se fue deteniendo rumbo a un callejón que salía al final de una gran avenida. Aquellos sádicos demonios

aminoraron el paso para deleitarse al ritmo de su presa, ¿Qué estaba pasando allí? ¿Quizás aquellas cosas no eran tan estúpidas como parecían? ¿Eran capaces de elaborar estrategias y de tener planes? Desde luego y hasta aquel momento Lampert no les había visto comportarse con ningún rasgo que denotara inteligencia.

La muchacha se detuvo ante un muro mohoso y deslucido al final del callejón. Apenas había luz, un triste farol iluminaba a medio gas, el resto estaban reventados o hechos añicos en el suelo.

La masa ronronéante de ojos amarillentos y rostros cadavéricos se fueron aproximando a ella, entre tanto Andreas seguía detrás, disparando a sus cabezas, derribando uno a uno a los que pudo hasta que se quedó sin balas. Pero los supervivientes no se inmutaron, no dieron importancia a su presencia, de hecho fueron llegando más y más y pasaron a su lado como si él no existiera, la masa se iba congregando ante ella y conforme ella se volvió y el estupefacto Andreas pudo por fin ver su rostro… los malditos se fueron poco a poco arrodillando, uno a uno ante ella como una fila de dominio abierta en abanico de dentro hacia afuera.

Andreas estaba atónito. El músico triste, no podía articular palabra. Se sentía anonadado, aterrado, boquiabierto, tan sorprendido que sus ojos dilatados y arrasados hacía pocos minutos por las lágrimas precedentes a la fatal decisión del suicidio apenas podían entender lo que estaba sucediendo ante él.

¡Por todos los Cielos! Ella tenía los ojos amarillentos, aunque era claramente humana, atrapada contra aquel muro, parecía no entender lo que le estaba ocurriendo mucho más que el mismo…

Era extremadamente pálida, pero a la vez hermosa-Su rostro ovalado y elegante, sus cabellos lisos, largos y negros como la noche, mejillas sonrojadas, labios generosos y cuerpo curvado y agraciado.

La chiquilla se quedó frente a frente a la multitud diabólica y al final, al otro lado de la calleja, ahí estaba Andreas, mirándola con expresión confusa y empapada por la incesante y fría lluvia nocturna.

Ambos se miraron por un instante, inseguros, temerosos y confundidos, ¿Qué significaba todo aquello?

Aquellos malditos seguían gruñendo, como alimañas a punto de devorar a una presa, pero ahí estaban inmóviles y arrodillados, como si adoraran a una Virgen Santa y Oscura.

- ¿Está usted bien? – Consiguió al fin articular Andreas y su voz consiguió sobreponerse sobre la lluvia y los gruñidos guturales de los regresados.

- No… - Dijo la muchacha a voces, mientras rompió a llorar - ¿Cómo podría estar bien? Estoy a mil jodidos años de estar bien…

- Tranquilícese, algo los detiene, eso es evidente. Dígame su nombre…

- Narfater - artículo la muchacha entre sollozos. Andreas recordaba sus clases de hebreo clásico, Narfater era un nombre antiguo, quizás más antiguo que el mismo lenguaje de los hebreos, creyó recordar que significaba La Noche.

- Tranquila Narfater, todo va a salir bien, si quiere salir de aquí, hágame caso, ¿de acuerdo? – Tras las palabras de Andreas, la chiquilla asintió mientras, uno a uno iba escrutando los rostros podridos y aterradores de aquellas criaturas. Costaba creer que hubieran sido humanos. Sus miradas, aquellos ojos fieros, pero a la vez sumisos, era difícil de explicar. Era como si estuvieran poseídos, tal vez por los ángeles caídos que una vez se rebelaron contra Dios liderados por la serpiente y que fueron expulsados al lago de fuego, ¿habrían decidido regresar para cobrarse su justa venganza?– De un paso hacia el frente…

- Pero… me acercaré a estas cosas.

- Narfater, escúcheme, escuche mi voz, sólo mi voz. Ya está al lado de esas cosas, si quisieran devorarla ya lo hubieran hecho, alguien o algo que se lo impide…

- ¿El qué? – Narfater alzó la vista hacia Andreas y una vez más Andreas vio que sus ojos eran tan amarillos como los de aquellas criaturas. Quizás ahí estaba la clave y haciendo un alarde de valor Narfater dio un paso al frente y los regresados frente a ella se apartaron y empezaron a hacerle un pasillo en línea recta hacia Andreas, sin dejar de gruñir y mirarla, con aquellos ojos descarnados y aquellas muecas lascivas que simulaban una macabra sonrisa.

- Bien… ahora avance muy despacio - Dijo Andreas, mientras guardaba su arma aún humeante, en un bolsillo de su chaquetón y alzaba el brazo en señal de avance.

- Tengo miedo, ¿Cuál es su nombre?

- Me llamo Andreas Lampert, antes del fin del mundo era pianista… - Andreas alzaba la voz para que ella le escuchara y se relejara desde la distancia y a través de la lluvia.

Narfater siguió avanzando por el pasillo de la muerte, escuchando el crujir de huesos, los sollozos irreverentes y depravados de aquellas criaturas caníbales que no le quitaban la vista de encima… Cuando llegó, cayó en los brazos de Andreas, que la tomó con fuerza… Bastó aquel gesto para que todos los regresados se alzaran y volvieran su vista hacia ambos, ahora sí, más amenazadores, pero aún, algo les

retenía.

Despacio y con un miedo atroz a romper el hechizo que los había embrujado, impidiendo que sus instintos mortales se desataran sobre ellos. Andreas y Narfater fueron poco a poco desandando el camino hacia la solitaria avenida, pero ellos, no les quitaban la vista de encima y poco a poco, empezaron a arrastrase a su misma velocidad tras ellos, sin tropezar. La arrolladora muchedumbre no quería dejarlos solos.

No lejos de allí, Andreas divisó un edificio de varias plantas que tenía luces en sus pisos superiores, pensó que era una buena alternativa, quizás la única. Así pues, comenzó a andar en aquella dirección… La única duda seguía siendo, ¿Cómo se iba a deshacer de sus nuevos amiguitos?

Confesiones de campamento

9

Sur de Paquistán, Enero 2011

La noche había caído sobre el campamento. El frío del desierto hacía que no se pudieran juntar los dedos, en medio de aquellas soledades abismadas que en un momento de infinito silencio dejaba entre ver algunas dunas lejanas bañadas por la luz de la luna.

Casi todos los marines dormían, menos los encargados del servicio de imaginaria. Tan sólo el gordo Ralph Richardson y el excéntrico Manfred Farragut permanecían despiertos, este último apoyado en la gran rueda del Humvee, mientras se terminaban una botella de Bourbon de Kentucky de la reserva personal de Richardson.

Se podía decir que ambos iban bien cocidos, con el rostro enrojecido y ese delicioso momento en que el alcohol hace que todo sea un poco más suave, más claro y más positivo y permite disimular mejor el frio… Sobre ellos un manto de estrellas limpio, sin una sola nube y un inusitado viento de levante que podría arreciar al nómada más experto.

- Y dime… - Richardson bajó el tono de la voz y se inclinó hacía el sonriente Farragut - ¿De qué conoce a ese loco de Youkhanna?, Yo sé porque me reclamó a mi… es indudable que quiere inmortalizar un gran momento, pero tú sigues siendo un misterio y ya no digamos esa preciosidad rubia, esa tal Irwin, estoy seguro de que es la NSA y esto me hace sospechar que algo gordo se está cociendo aquí.

- ¿Algo gordo? – Farragut pareció extrañado por la pregunta, llevaban dos horas hablando de mujeres, coches y despedidas de soltero… ¿A que venía esa pregunta?

- Vamos Farragut, sé que Youkhanna es un puto paranoico. Él no confía ni en su madre. Yo le conocí en pleno conflicto de Irak y me gané su confianza con sudor y sangre, no te hubiera invitado si no fueras alguien con el que hubiera intercambiado alguna experiencia intensa, ese jodido loco, es así.

- Realmente no le conozco… aunque según parece él a mí sí - Farragut alzó los hombros divertido.

- Genial… ahora sí que me has dejado perdido, ¿de qué va esto? ¿a qué te dedicas Farragut?

- Trabajo para una fundación

- ¿Qué fundación?

- Una que Youkhanna conoce y que tiene por norma no auto-publicitarse. Mi fundación lleva años ayudando al señor Youkhanna en sus investigaciones – Farragut miró por un instante a Ralph Richardson con aire sombrío y por un instante pareció como si la borrachera se le fuera a pasar.

- Entiendo… ¿Una organización secreta? – Richardson no era de los que se desanimaba fácilmente.

- Secreta no, preferimos decir discreta. Eres un tipo increíble. Verás, dado que vamos a donde vamos y vamos a hacer lo que vamos a hacer… - Manfred Farragut rio para sí, pensando en la redundancia – te daré algo de información para que duermas esta noche.

- Digamos que la gente para quien yo trabajo financia proyectos científicos de diferente ámbito por todo el planeta.

- ¿Entre ellos proyectos arqueológicos como los de George Youkhanna?

- Entre ellos el de George Youkhanna en Mohenjo-Daro, sí.

- Interesante… ¿Es una organización pública o se fundamenta en fondos privados?

- No puedo contestar a esa pregunta. Nada sobre la fundación, ¿ok?

- Ok, ok… - Richardson sonrió complacido, estaba sacando más de lo que esperaba. Aquel Bourbon había sido bien invertido.

- ¿Conoces algo sobre la historia de la Isla de Pascua?

- Muy poco… salvo que pertenece a Valparaíso en Chile y lo que sabe todo el mundo sobre los moáis.

- A parte de ser uno de los lugares más remotos y aislados del planeta, tiene muchos misterios que aún no han sido descubiertos y que como muchos otros, la comunidad científica “oficial” pretenden enterrar bajo una cortina de indiferencia, ya que presenta muchas realidades incómodas…

- ¿A qué te refieres?

- En la isla de Pascua existe una escritura que aún no ha sido traducida llamada rongorongo.

- ¿Rongorongo?

- Se trata de un sistema de escritura que fue descubierto en el siglo XIX. Normalmente esta tallado en puntas de obsidiana, madera o dientes de tiburón. Que eran los materiales más fáciles de encontrar en un lugar tan remoto…

- Bien… ¿Y?

- Los indígenas argumentan que era la lengua de los dioses, aquellos que les pusieron allí… el cómo llegaron esos indígenas a una isla tan remota, también sigue siendo un misterio.

- Eso es fascinante, ¿pero qué tiene que ver todo esto que me estas

contando con una excavación arqueológica en Mohenjo-Daro? Estamos en el maldito Paquistán… A miles de kilómetros de la Isla de Pascua y con un gran océano de por medio.

- Ese es el punto… Cuando alguien se dedicaba a escribir en rongorongo no había aviones… ¿no?

- No, creo que no.

- Bueno, yo a estas alturas ya no sé qué creer. La cuestión es que en Mohenjo-Daro se han encontrado escrituras en talladas en roca o en tablillas cuneiformes en una lengua tampoco descifrada que tiene una gran similitud con el rongorongo.

- ¿No jodas? Eso es increíble… eso querría decir.

- Si, que ambos lugares estuvieron conectados de alguna forma. ¿Has oído hablar del continente perdido de Mu?

- Sí, es una teoría descabellada sobre una especie de Atlántida que existió en el Pacífico y que igual que la Atlántida de Platón, se hundió y desapareció sin dejar rastro.

- Según los seguidores de esta teoría, en concreto por el profesor Churchward en un periodo no preciso, pero muy antiguó, probablemente antes de la finalización de la última glaciación en el pacífico existía una gran isla que conectaba fácilmente Asia y América, isla de Pascua sería sólo una cima de ese continente. Sobre este continente se asentaría un poderoso Imperio marítimo que sería la cuna de ambas civilizaciones.

- Supongo que esa teoría implicaría reescribir la historia…

- Claro, pero digamos que hay cierto colectivo que se opone a que todo esto salga a la luz.

- ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo saber la verdad?

- Esa pregunta es aún más complicada de contestar amigo mío. Verás… hasta hace no mucho Churchward y sus seguidores eran un puñado de locos. Pero, todo cambió en 1985.

- ¿Qué pasó en 1985?

- Ese año el submarinista japonés Kihachirō Aratake descubrió las llamadas estructuras submarinas de Yonaguni, cerca de la isla del mismo nombre.

- ¿Qué es eso?

- Se trata de un gigantesco megalito tallado a mano, con peldaños, estatuas y todo tipo de detalles, como una especie de ciudad de piedra, pero lo más increíble es que quien tallara eso o bien tenía trajes de hombre rana y un buen equipo de perforación subacuática o por el contrario y como parece más lógico, lo talló en superficie.

- ¿Dónde está el problema?

- El problema es que si alguien talló eso en superficie su

antigüedad como mínimo, ya que al ser un resto inorgánico no se puede datar, es de 12.000 años, lo que la convertiría en la primera civilización del planeta… Aunque esto tampoco es del todo exacto – Farragut volvió a sonreír viendo el rostro de sorpresa de Richardson.

- ¿12000 años?

- Así es, la historia subvencionada y oficial sitúa el origen de la civilización a menos de 8000 años, realmente y si lo piensas amigo mío, si el más de millón de años de historia humana fuera un metro… Lo que nuestros queridos y refutados historiadores reconocidos nos quieren hacer tragar, es nada menos, que el ser humano sólo ha sido capaz de crear civilizaciones complejas durante unos pocos centímetros de esa barra. Pero la historia del ocultamiento de ciudades, ruinas y artefactos antiguos viene de lejos. Elementos que si se tuvieran en cuenta cambiarían nuestra forma de enfocar las cosas; como Göbekli Tepe en la falda del Monte Ararat.

- ¿En Turquía?

- Sí

- ¿Qué es Göbekli Tepe?

- Bueno, recuerda que todo gira entorno a diluvio, realmente en un momento indeterminado entre unos diez mil o doce mil años, todo se fue a la mierda y volvió a empezar, olvidando gran parte de lo ya avanzado.

- ¿Tal y como dice la Biblia?

- Sí, más o menos, sólo que Noé digamos que se llamaba Utnapishtim y que ya era muy anciano cuando se escribió el Poema de Gilgamesh que es una narración escrita en lenguaje cuneiforme en la primitiva Mesopotamia y es de origen sumerio. Está considerada como la narración escrita más antigua de la historia. Pero no nos alejemos del tema… Göbekli Tepe como te comentaba es un antiguo lugar de culto que se alza en la cota más elevada de una extensa cordillera situada a unos 15 km al nordeste de la ciudad de Sanliurfa, en el sudeste de Turquía, muy cerca de la frontera con Siria.

- Un sitio también peligroso…

- Sí, así es… El enclave está actualmente siendo excavado por los turcos y una delegación de arqueólogos alemanes. Según se cree, fue erigido por cazadores-recolectores en el X milenio a.C. Göbekli Tepe tiene dos grandes misterios.

- ¿Qué son?

- El primero es como una sociedad tan primitiva fue capaz de mover y organizar bloques de varias toneladas y erigir columna de entre 10 y 20 toneladas de peso, algunas incluso de más de 50, sin aparente conocimiento matemático elemental, ni siquiera tenían al

parecer un lenguaje escrito…o ser capaz de organizar o conocer la agricultura y para esto la ciencia moderna ciega en muchos aspectos sigue sin tener una respuesta clara y contrastable.

- ¿Cómo las pirámides?

- Sí, como las pirámides y los intentos fallidos por tratar de reproducir su construcción. Ahora sabemos que los trabajadores de éstas solo trabajaban unos meses al año, cuando no cultivaban la tierra siguiendo los ritmos del Nilo… Para poder construir la Gran Pirámide en el tiempo que nos vende la historia oficialista, estos fenómenos debían ser capaces de poner un bloque de una a varias toneladas de peso milimétricamente alineado cada dos segundos y sin pararse durante cuarenta años. ¿No te gustaría contratar una empresa constructora actual capaz de hacer ese trabajo? Si la encuentras avísame.

- Vaya fenómenos…

- Sí, lo eran, pero desde luego la Gran Pirámide, al igual que la Esfinge son anteriores a los Egipcios que nosotros conocemos.

- ¿Cuál es el otro misterio Göbekli Tepe?

- Nadie entiende que todo este complejo compuesto por piedras pulidas y labradas, así como pilares en forma de T y esculturas, fue enterrado a posta en torno al año 8000 a.C

- ¿No es la época en que se sumergieron las ruinas de Yonaguni?

- Sí… y recuerda que Göbekli Tepe está al lado del Monte Ararat donde después de 40 días y 40 noches según la Biblia atracó Noe con su familia y comenzaron a bajar las aguas… Eso sin mencionar que en Göbekli Tepe sólo hay representaciones de animales, muchos de ellos no endémicos de la zona.

- Fascinante… Al final todas estas culturas míticas parecen desaparecer tragadas por el mar.

- Efectivamente, es una constate. Suelen ser contemporáneas del Diluvio que debió ser la manifestación del derretimiento de los Polos tras la última glaciación, hay pruebas por todo el planeta, sin contar con referencias a ese acontecimiento tan catastrófico en culturas tan distantes y oficialmente desconectadas como la inca, maya, vikinga, griega, persa o pueblos remotos del África Negra.

- Veo que eres un experto en el tema.

- ¿Experto? No, sencillamente voy donde me dicen y hago lo que me piden y en esos tiempos aprendo mucho.

- Vaya, parece un trabajo fascinante.

- La verdad es que no tengo tiempo de aburrirme.

- Pero aún no has terminado de contestarme, si me lo permites y aunque esa información resulte muy interesante, ¿Qué tiene que ver

Mohenjo-Daro y George Youkhanna en todo esto? ¿Por qué la NSA se interesa en una excavación arqueológica?

- Bien… voy a tratar de resumirlo, dando un paso más hacia la verdad, pero tratando de que no veas como un loco… ¿tienes la mente abierta?

- Sí claro…

- Ok. Verás, digamos que hay pruebas de que el ser humano y otros…

- ¿Otros?

- Dejémoslo de momento ahí, los otros…

- De acuerdo.

- Gracias – Farragut pareció aliviado porque le permitieran la licencia del lapsus – El ser humano civilizado, digamos así, es mucho más antiguo de lo que nos han hecho creer y si esas civilizaciones emergieron muchos miles de años antes de lo que se supone que lo hicieron, no es descabellado pensar que pudieron desarrollar cierto tipo de tecnología igual o incluso superior a la que disponemos hoy en día.

- Si eso fuera cierto, ¿no quedarían rastros?

- Sí, eso es correcto y no es correcto a la vez.

- No te entiendo.

- Verás, ¿escuchaste sobre una miniserie documental que emitió History Channel llamada La Tierra Sin Humanos?

- Desde luego… fue muy popular en la década de los noventa.

- Lo fue, de hecho en ese documental participaron refutados científicos de casi todas las especialidades e ingenieros.

- Sí, creo recordar que tuvo muchos premios.

- Sí, así fue. Pero bueno, el tema que aquí nos interesa…

- Sí, disculpa, continúa por favor – Y Richardson tomó otro trago, expectante.

- En ese documento ingenieros, ecologistas, biólogos, geólogos, climatólogos y arqueólogos, argumentan y muestran que ocurriría en el supuesto de que un buen día, de buenas a primeras todos los seres humanos de este planeta desaparecieran… ¿Cómo evolucionarían las cosas? ¿Cuánto durarían nuestras ciudades? Los restos de nuestra civilización… Desde el primer día, hasta pasados dos millones de años…

- Ya me acuerdo.

- Bien, ¿Sabes que pasados 10.000 años de nuestra desaparición apenas quedarían vestigios del paso de la raza humana en el planeta? Yonaguni tiene como mínimo 12.000, echa cuentas…

- Ahora empiezo a entender.

- Y aún así, te puedo contar que todo el planeta está lleno de vestigios del paso de estas civilizaciones. Los llamamos OOPART, que bien a ser algo así como; artefacto fuera de lugar.

- Interesante…

- Bueno, situada la posibilidad como algo tangible y explicado que el hecho de que es posible, volvemos a la cuestión de Mohenjo-Daro.

- En efecto.

- Mohenjo-Daro fue descubierta en 1.920, hay quien argumenta que es la civilización, reconocida, más antigua del mundo cuya desaparición sigue siendo un misterio. Era una ciudad-estado rica y poderosa que un buen día desapareció sin más… barrida para siempre.

- Interesante.

- A finales de los noventa, el profesor David Davenport argumentó que la verdadera razón de la desaparición de la ciudad fue una explosión nuclear.

- ¿Cómo?

- Al margen de que tanto en el Mahábharata hindú, en su descripción de la guerra de los dioses o en los textos bíblicos que hablan de la aniquilación de Sodoma y Gomorra se detallen la extinción de ciudades de una forma muy similar a la de la producida por un hongo nuclear. Lo que se encontró Davenport y detalló en su libro "Destrucción Atómica en el 2000 B.C." publicado en Milán en el año 1979, habla de un epicentro como de unas 50 yardas de ancho, donde todo fue cristalizado, fundido o derretido. Según este arqueólogo a unas sesenta yardas del núcleo de la explosión, los ladrillos estaban fundidos en un lado, indicando hacia donde debía provenir la terrible explosión. Todos los restos humanos encontrados, se situaban allanados a tierra. Los arqueólogos encontraron un padre, madre y niño allanados en una calle, con la cara hacia el suelo, todavía agarrándose las manos en un gesto tremendo y humano, encarando la muerte en un último gesto de protección familiar. Aquello que les sobrevino encima estaba avisado y fue algo que los tocó y arrasó a la vez, algo tan poderoso que vitrificó ladrillos. ¿Qué funesto suceso podría elevar la temperatura de la arena del desierto a por lo menos 3.300 grados Fahrenheit, convirtiendo en hojas grandes de vidrio fundido de color amarillo-verde los granos de arena?

- Me estas dejando helado y algo acojonado la verdad…

- Albion W. Hart, fue uno de los primeros graduados en ingeniería del Massachusetts Institute of Technology. Él estudió aquellos trozos de vidrio, comprobó que eran similares a los dejados por las pruebas nucleares que EEUU realizó en Nuevo México hace 50 años… Sin embargo, para conseguir ese nivel de fundido, aquellas bombas debían

haber sido 10.000 veces más potentes.

- Ok Farragut, al menos ya me queda claro que busca la NSA aquí…

- ¿En serió? – Farragut rio profundamente…

- Un arma… ¿o no es así? lo que no me queda tan claro es… ¿Qué haces tú aquí? – Richardson miró a Farragut con aire inquisitivo, el otro le devolvió una mirada fría y seria. Ahora estaba seguro de que ya no habría más preguntas por contestar y por primera vez desde que conoció a Farragut sintió que este le ocultaba algo terrible y tenebroso y eso le heló la sangre.

PERDIDO

10

Aqueron continental,

Treinta años antes de la llegada del HMS Deméter

Filip abrió los ojos, los pulmones le ardían y el sol abrasador sobre un fondo azul y eterno, le quemaba su piel reseca. Se encontraba débil, aturdido y desorientado.

Aún tembloroso, trató de incorporarse y sentarse sobre la tierra agrietada. ¿Estaba muerto? ¿Qué había ocurrido?

Tuvo un instante de lucidez y el recuerdo del horror del recuerdo de la explosión y la guerra se apoderaron de él.

Nervioso y poseído por un ansía enloquecida, se palpó las extremidades estupefacto. Estaba entero, ¡ni un rasguño! ¿Cómo era posible? Sin embargo una punzada de dolor, como un corte surcó su garganta reseca. Cayó en la cuenta de que tenía los labios cortados y muy resecos, ¡Estaba deshidratado!, un calor abrasador le mareaba. ¿Cómo era posible?

Incrédulo, de nuevo, volvió a palparse los testículos, ¡seguían ahí, todo estaba en su sitio!. Las preguntas se agolpaban en su cabeza delirante y dolorida.

Al incorporarse, algo frío tocó su pecho descubierto. ¡El amuleto!, una vez más, trató de acariciarlo, ¿eran reales sus recuerdos?, no tenía marcas de quemaduras. Quizás no era el momento de pararse a pensar.

Pero las sorpresas no habían terminado, su uniforme acartonado y desgarrado apenas le cubría el torso, se encontraba en medio de un pedregal rojizo y desierto salpicado de arenales y tierra quebrada.

Allí no había nada, sólo el zumbido de un viento ardiente que provenía de una cordillera lejana. Con gran esfuerzo se puso en pie. No sin antes tropezar.

Filip estaba muy débil. ¿Qué lugar era aquel? ¿Cómo había llegado hasta allí?, ¡Por el Cielo y Dios Todopoderoso, él debía estar muerto!, ¿lo estaría realmente? Los pensamientos confusos e inconexos se agolpaban en su mente atormentada.

El joven oficial se dobló por dolor de una cefalea inesperada. Las sienes le palpitaban y parecía como si la cabeza le fuera a explotar, tenía sed atroz y no podía pensar ya en otra cosa que no fuera en saciarla.

Como un muerto viviente, el joven oficial avanzó por una superficie rocosa y seca rumbo a los espejismos de aquella cordillera imprecisa y fantasmal. Estaba demasiado débil como para pararse a entender nada y su único pensamiento, era la certeza de que si se quedaba allí, moriría.

Bajo un sol convertido en horno de mortales, en medio de una absoluta soledad y una estepa de piedra quebrada y cortante, el francés avanzó como un fantasma gris y torpe, tropezando cada pocos pasos, con un rumbo irregular e indeterminado.

Al atardecer, Filip alcanzó los primeros desniveles, aristados y pedregosos, y pudo al fin sentarse bajo una sombra, tras una roca angulosa. Estaba exhausto y débil. Apenas se sentó, no pudo evitar quedarse dormido apoyado contra la fría caliza.

Allí, en un cortante, que daba salida a una gran cadena de cimas, rodeado por una alta planicie justo al final de la estepa desolada y fuera de cualquier vegetación, oasis o rastros de civilización, yacía Filip.

Súbitamente, el aullido de un chacal despertó al joven oficial. Había caído la noche y una manta de estrellas sin luna había cubierto la bóveda celeste. El aíre era fresco, casi frio y le había insuflado una energía renovada para continuar.

De nuevo, Filip se puso en pie y trató de guiarse por la débil luz de una estrella y constelaciones que le eran desconocidas. Aunque la imagen de aquella noche sin luna le turbó. No reconoció nada que le fuera familiar en el firmamento, ni tan siquiera la Vía Láctea.

Trastabillando entre los pedregales avanzó hasta alcanzar los primeros salientes rocosos y túneles laberínticos que se hundían en la roca de la cordillera. Aquellos túneles abiertos hacia el cielo, iban serpenteando entre oquedades ondulantes y oscuras, como si fueran el paso hacia algún lugar escondido y maldito. Filip se internó en aquel laberinto como un sonámbulo sin conciencia, ni miedo.

Sus andanzas le condujeron a una apertura semicircular en la roca. Un oasis de hierba seca en el que se aposentaba una pequeña charca de agua cenagosa y tras esta, un árbol aplatanado y moribundo. El viajero cayó de rodillas y empezó a refrescarse y a beber de aquella agua embarrada que le supo a miel y rosas. El sediento peregrino, quedó saciado y una vez más se tendió boca arriba, mirando el firmamento estrellado y limpio y se volvió a quedar dormido.

Cuando el sol volvía a abrasar sobre el cielo impenitente, un rumor de cascos y relinchidos despertaron súbitamente al joven oficial.

El eco de aquellos animales retumbó con fuerza a través de las paredes pétreas. Aquel batir continuó un tiempo a través de las

galerías roqueras, un sonido impreciso y fantasmal. Algo o alguien se aproximaban, aunque era imposible saber desde donde o hacia donde exactamente.

Filip se incorporó, tembloroso e indefenso. Desde luego, que aquella situación no podía ser más angustiosa para él. Estaba perdido y nada de aquello tenía el menor sentido.

Finalmente y para su mayor asombro tres sombras ecuestres se asomaron en la cima del promontorio, frente a él y en contraposición al sol. Filip apenas pudo distinguirlas, pero cuando finalmente se tapó el sol con su mano desnuda y polvorienta, consiguió adecuar y enfocar su visión.

Al fin, el francés pudo al fin contemplar, totalmente estupefacto, la visión de tres jinetes ataviados con aceradas armaduras, pálidos tabardos con la cruz de la vida, el Anj egipcio, bordado en bermellón sobre blanco y capas purpureas. Aquella icónica visión de tres caballeros que cubrían sus cabezas bajo pesadas y robustecidas cotas de maya bajo el sol ardiente, terminó por perturbarle e inundar su espíritu de angustia y quizás, la incertidumbre de que se estaba volviendo loco. Por un instante creyó escuchar un "Salve Regina" en francés antiguo, poco antes de que los enigmáticos jinetes azuzaran sus corceles girando sobre sí mismos, alzando una nube de polvo y desapareciendo imbuidos en la neblina. Casi seguro, intentado tomar un camino menos accidentado para descender, hacia donde se encontraba Filip y poder así interceptarlo.

¿Y ahora qué? Se dijo el francés.

11

Isla Occidental,
Un año después de la llegada del HMS Deméter

Jonah Fox atravesó el gran portón flanqueado por muros de gruesa y deliberadamente oscurecida piedra caliza de más de un metro de grosor que daba acceso a la ciudad. Iba envuelto en gruesas pieles. El Occidental le había advertido que tuviera cuidado, aquel no era un lugar de bienvenida para un extranjero.

Un viento gélido como el alma de los condenados chocaba contra las piedras de las chozas que rodeaban la ciudadela y se extendían en su interior. Los tejados rampantes de madera y brea, avisan que aquella era una tierra inhóspita y fría, donde sobrevivir era toda una proeza.

Flanqueando las entradas y vigilando a los numerosos transeúntes que iban y venían, se extendía un grupo de soldados de la misma clase que habían secuestrado a Cinnia y Frana MCGregor. Aquellos seres pálidos y de ojos amarillentos, sonrisa cruel y colmillos prominentes iban ataviados con pesadas armaduras negras y extraños yelmos terminados en cornamentas bestiales que insuflaban miedo, ¿acaso aquellas criaturas habían llegado a dominar a los humanos en aquel mundo hostil?

El incesante devenir de transeúntes harapientos a través de las calles embarradas, condujo a Jonah a lo que parecía el centro de la ciudad. Un mercado de estilo medieval, surtido de puestos de toda clase donde la gente chillaba, reía o se quejaba mientras bebían, comían o cerraban tratos con trueque o a cambio de una especie de monedas herrumbrosas y cuadradas de aspecto extraño.

Sobre el mercado había una especie de castillo de piedra negra, muy similar a los castillos de los lores del norte. La edificación tenía amplios ventanales y grandes torreones que se habían convertido en chimeneas de las que brotaba un humo sucio y espeso.

Era evidente que desde aquella ostentosa y señorial construcción se gobernaba aquella ciudad, aunque también quedaba claro que su carácter hacía tiempo que había dejado de ser meramente militar, pues al estar rodeada de casas de soldados y gruesos muros, seguramente, sus dueños habían preferido transformarla en algo más funcional y destinado al confort que un mero castillete defensivo como

en algún momento tuvo que ser.

Una voz se superpuso a la muchedumbre y pronto todos enmudecieron. Pronto, el eco de unos tambores ceremoniales seguidos de más soldados hizo apartarse a la muchedumbre desastrada.

Un hombre de greñas blancas y sucias, nariz prominente y rostro arrugado y cruel, se sostenía arrastrando un báculo. Aquel tipo iba ataviado con una túnica verde sucia y sobre esta, un tabardo carmesí con unas runas doradas bordadas, algo insólito y extraño.

Jonah se camufló entre la multitud y por un instante distinguió al granjero, su esposa y el niño al otro lado, aunque ellos no le vieron. Todos se encontraban expectantes, mientras la cohorte de soldaos y el extraño monje seguido del tamborilero ascendían a una especie de cadalso de madera en un lateral de la plaza del mercado.

Después de pronunciar una especie de oración en un idioma desconocido para Jonah, el viejo se dirigió a la muchedumbre con el mismo acento basto del granjero, pero aún compresible para el ranger.

-Pueblo de Morgay… ya ha pasado un año y un año más, vuestro amo y señor Aedh Drummond, sucesor de Lord Bellmont, os felicita y os protege -puso tono suplicante - Que la Oscuridad lo tenga a salvo… -

Acto seguido toda la plaza repitió la plegaría como un ritmo ritual –“Que la oscuridad los tenga a salvo”, ¿Quién narices era ese tipo? Y ¿Qué demonios significa eso de adorar la oscuridad? Aquí había algo muy raro que empezaba a olerle muy mal a Jonah.

-Pero como todos sabéis – Continuó infame el viejo – Nada es gratis y la oscuridad precisa de un precio para salvar a su pueblo… Por eso hoy, que cumplimos un año y nace un nuevo año de vida, la oscuridad nos pedirá un sacrificio… ¿Quién entregará a su hijo a la oscuridad para preservar un año más la vida en Morgay?

A Jonah se le erizó el cabello, ¿Qué iban a hacer esos desgraciados?, cumpliendo sus instintos en un segundo analizó la plaza, apenas había niños y las miradas sumisas, se mezclaban con las de horror de los pocos padres que iban acompañados de sus vástagos y los exacerbados fanáticos que veían algo divino y religioso en la chanza del maldito viejo loco. Aquel cerdo al igual que los soldados tenía los ojos del amarillo de los regresados… ¡Todos estaban infectados por el mismo mal que había asolado Londres! ¿Qué demonios estaba ocurriendo?

A un gesto del viejo, los guardias cadavéricos empezaron a empujar a la multitud buscando niños… Todo fue muy rápido, varios chiquillos, algunos de meses y otros de pocos años fueron arrancados de los brazos de sus desconsoladas madres. Unas eran sujetas por sus maridos o la muchedumbre anónima, que empezaba ya a gritar enloquecida, mientras otras corrían tras los soldados, para no recibir sino un golpe que las derriba y en algún caso hasta las dejaba inconsciente en el suelo… la masa depravada se abalanzaba sobre ellas y las arrancaba las pocas pertenencias que llevaban encima… Aquel lugar maldito era presa de la más alocada fiebre.

Pero fue un grito el que terminó por helar la sangre del ranger… la mujer del granjero y su pequeño, otro de esos malditos guardias lo había secuestrado y había hundido su espadón sobre las tripas de la propia mujer, mientras el pobre granjero gritaba desesperado con las manos rebozadas en sangre, sujetando a su mujer en el suelo, mientras poco a poco la sangre humeante brotaba de su pecho cercenado.

Un total de seis niños fueron llevados al cadalso y puestos en sendos maderos tras el maldito viejo, que sonreía, como disfrutando de la situación… Jonah se llevó la mano a la espalda poco a poco y despacio, mientras calculaba sus posibilidades. Iba a desenfundar, cuando un alarido atroz desgarró el cielo y una sombra gigantesca rozó las nubes, la muchedumbre extasiada miró al cielo y señaló la amenaza.

El viejo infame comenzó a reír con una risa depravada y tan exagerada que inundó las cuatro esquinas de la plaza…

La gente comenzó a correr en todas direcciones, huían desvalidos y aterrados. Hasta los guardias y el viejo dejaron el cadalso y sólo los niños encadenados permanecieron allí y bajo éstos, sus padres aterrados y sollozantes… Del resto de la ciudad no se veía a nadie, todos aquellos cobardes desaparecieron… -“Bienvenido oscuridad…” oyó susurrar Jonah al viejo antes de desaparecer rumbo a la casona… Todos menos Jonah…

Jonah tiró sus pieles… y se quedó medio desnudo, cubierto tan solo por el peto del viejo rey muerto… muy despacio desenvainó su mandoble damasquinado y comenzó a andar hacia el cadalso, cual hércules vengador.

Muy pronto, la sombra se fue definiendo en el horizonte y poco a poco, algo inhumado y de aspecto reptiliano emergió de entre la bruma. Un gran lagarto de alas arqueadas, como un dragón. El mismo satanás echo carne, con ojos rojos y manteniéndose erguido en el aire a pocos kilómetros frente a la infame ciudad de Morgay.

Jonah sabía que todas las miradas desde las cuatro esquinas de la ciudad se situaban ahora en el extraño extranjero que había decidido afrontar la muerte solo, no los veía pero los sentía.

Poco a poco comenzó a nevar y el pobre campesino alzó la vista con ojos vidriosos e inundados de lágrimas mirando con desesperación al extranjero que había compartido mesa con él, mientras sentía que la vida de su esposa se le escapaba entre los dedos y muy pronto la de su propio hijo.

El demonio alado de ojos enrojecidos y mirada fiera abrió las fauces y exhaló un terrible gruñido, tan horroroso como el lamento de los condenados a las llamas eternas y acto seguido describió un círculo

y comenzó a volar moviendo árboles y arrancado piedras de las colinas como si fueran hojarasca seca, rumbo a la ciudad y al cadalso.

Jonah calculó que debería medir unos cinco o seis metros y otros tantos de extremo a extremo de cada ala, tenía el cuerpo escamado, a excepción del vientre que parecía más blando. Antes de que la criatura alcanzara el cadalso, Jonah cortó las cadenas dando un golpe contra ellas con su espléndido mandoble y liberando a los niños… que corrieron en busca de sus padres. El propio granjero abandonó a su inerte esposa y corrió junto a los otros, rumbo a unos soportales cercanos al refugio donde la maldita muchedumbre observaba boquiabierta y amenazante.

La criatura fue a golpear con la cabeza el cadalso para provocar el mayor daño y luego despacharse a gusto con sus víctimas… pero después de la nube de polvo y destrucción no encontró salvo piedras y astillas… Una vez más gruñó, pero esta vez su gruñido fue como un lamento caprichoso y quejoso, algo aún más desagradable…

La espantosa criatura se volvió hacía los soportales y observó el ganado humano congregado… tal vez no había tenido sus presas atadas, pero ahora se despacharía a gusto. Con un movimiento nervioso de sus alas y sin alzar aún el vuelo, corrió hacía un lateral y hundió las fauces en la oscuridad, sacando a varios incautos y desprevenidos de su escondite. Descoyuntando sus miembros y cabezas, en un festín atroz en el que se bañó sus serrados colmillos en sangre… Volvió a rugir furioso, mientras la sangre de sus víctimas rodaba por sus fauces aún caliente, hasta sus estómagos. Aquello seguía sin satisfacerle… al sacar la cabeza se llevó una biga mohosa y el soportal del pobre edificio se hundió. Sepultando a los pocos infames ciudadanos que aún quedaban en aquel rincón y que habían sobrevivido a la primera embestida.

Los gritos de unos y otros inundaron la plazuela humedecida por una lluvia furtiva.

Entonces un hombre gritó tras la bestia, llamándola como si fuera un perro mal criado…El demonio se giró incrédulo y contempló a Jonah, espada en mano, mirando con aire altivo y ojos furiosos.

La bestia se lanzó a por el arrogante humano, aún más furioso y jadeante, esperando devorarlo con la primera embestida. Sin embargo fue otra la sorpresa que encontró a su paso… Jonah le asestó un tajo sobre el vientre apoyando el mandoble contra el suelo y lanzándose hacia un lateral, para luego caer de lado, alzado sobre un pequeño promontorio…

La bestia gritó de dolor de manera ensordecedora y furiosa. Como un demonio capado con dos piedras. Los ojos le apestaban a ira y el

dolor la había enloquecido aún más, pero no estaba vencida y se lanzó a por el humano.

Jonah volvió a girar aprovechando que la bestia había empezado a perder mucha sangre por la brecha que le había provocado, expulsando un líquido de color negruzco y viscoso, muy similar a la sangre infectada de los “regresados”.

Sin que la bestia pudiera esquivarlo y sacando una daga que había robado a uno de los cadáveres cercanos, Jonah se encaramó a la joroba del animal y trepó hasta su cabeza, mientras la bestia trataba inútilmente de zafarse. Jonah tenía desgarrones por todo la piel, aquellas escamas tenían aristas afiladas como el acero.

Ya sobre la calva del animal, Jonah comenzó a asestarle repetidas puñaladas contra las sienes, mientras la bestia chillaba loca de dolor, bañando al improvisado gladiador en su sangre mal oliente. Finalmente el animal calló al suelo muerto y con él, Jonah…

Tenía los huesos molidos y el cuerpo desgarrado. Su rostro ensangrentado era un mapa del dolor. Jonah se sentía morir y aquella sangre reptiliana maldita, lo quemaba y escocía por todas partes…

Fue a desvanecerse poco antes de escuchar a la multitud gritar enloquecida, acercándose peligrosamente poco a poco a él… y tras ellos aquel monje viejo y maldito gritando órdenes a los soldados –“¡Capturar al blasfemo! Capturar al maldito que ha asesinado al Dahaka… y nos ha condenado a todos. Aedh Drummond dará cuenta de él en breve.”-

12

Aqueron Oriental,
Dos años desde llegada del HMS Deméter

El Druida peregrino ahora era un hombre robusto, de mirada profunda y oscura, rasgos afilados y llevaba la cabeza afeitada, tenía una diminuta barba negra y puntiaguda. Su rostro estaba presidido por un tatuaje azulado, en contraste con su piel oscura como el bronce. Tres líneas ondulantes con la forma de la runa del agua que le surcaban la nariz hasta el inicio de los pómulos, indicando así la jerarquía a la que se había consagrado. Ahora era un hombre diferente y apenas tenía recuerdos de su vida anterior cuando era un orgulloso y respetado cabo Sikh de los Scottish Grey. ¿Había pasado realmente tanto tiempo? Govind calculaba que tal vez algo más de dos años, pero era difícil de precisar, las estaciones en Aqueron eran totalmente distintas a las de Inglaterra y más aún a las de su India natal.

Tras ser capturado por los “hombres de barro”, como se hacían llamar aquellos infectos criminales que habían masacrado a sus hombres, arrasado la aldea y posteriormente le habían hecho prisionero, le habían transportado a una ciudad lejana como una mera mercancía a través de un desierto de pedernal rojizo y eterno, abrasado por el sol y apenas sin agua… Atado de pies y manos y pendiendo del lateral de un dromedario, acompañado por otro infeliz al otro lado. Aún sangrando, fue un milagro que pudiera sobrevivir a aquella travesía sádica y cruel.

Aquel villorrio de murallas bajas de adobe anaranjado, que chocaban contra las dunas a las puertas de otro gran desierta, esta vez de pura arena, la irregular ciudad estaba constituida por cabañas de barro cocido y maltrechas techumbres de paja rojiza y reseca manchada de barro. Había resultado ser un gran centro de comercio de esclavos… Donde mujeres, niños y hombres eran vendidos como ganado a tribus de apariencia beduina para Dios sabe que fines.

La ciudad de Al-Semanet era una urbe impía que se extendía a la sombra de la Gran Dorsal al Sur de los “Pasos de Frontera”, término que era utilizado para denominar a las vastas tierras y rutas por las que transitaban los aramitas y otros pueblos nómadas, al oeste de la Gran Dorsal y que se extendían justo en los límites exteriores, entre la basta cadena montañosa que ejercía de escudo natural y el desierto

profundo.

Más muerto que vivo llegó el turno de Govind. El Sikh tuvo que ascender a un escenario de piedra ubicado en al ágora central de la congestionada urbe. Un negrero de tez oscura, turbante exagerado y fajín rojo, comenzó a subastarlo en una lengua que Govind no entendía… Mientras, otro esclavo lo sujetaba para que no se derrumbara allí mismo. Govind estaba seguro de que no tardaría mucho en morir.

Al parecer, Govind no causó muy buena impresión y apenas se escucharon pujas de entre la multitud congregada. Era muy probable de que si no lo vendía pronto, lo matarían y usarían su carne para alimentar a cualquier bestia o alimaña maloliente de aquel maldito mundo infernal.

Finalmente un gordo rasurado y ataviado con una toga blanca y fina de color marfil, lo adquirió. Sus esclavos vestidos con chalecos morados, pantalones anchos y babuchas, se apresuraron a recogerlo y llevárselo…

El gordo debía ser una persona de cierta importancia, puesto que todos parecían tratarlo con cierta consideración y respeto.

Govind se sumó a una extraña procesión en la que no sólo se portaban los nuevos esclavos, custodiados por los antiguos y correctamente uniformados, sino toda suerte de mercancías; tales como provisiones, alfombras, sedas, armas y otros enseres. El dinero parecía no ser problema para su rescatador.

Al atardecer llegaron a una villa alejada a una legua o dos de la ruidosa ciudad… era una villa rica, custodiada por guardias con el mismo uniforme que los otros esclavos y sorteada de palmerales en torno a unas casas bajas y una pequeña laguna de la que brotaba una roca y de ésta un minúsculo manantial que la alimenta, sin duda, aquella era la morada de un hombre rico.

Govind Scully no era más que uno más de los numerosos esclavos que había comprado aquel hombre…

Aquella noche le dieron agua, le lavaron y curaron sus heridas, más tarde pudo dormir en un cobertizo cercano rodeado de paja… por primera vez en mucho tiempo pudo dormir.

A la mañana siguiente, muy temprano fue levantando con el resto y llevado al campo. Un capataz, látigo en mano, les explicó en una lengua nueva, que Govind Scully tampoco había oído jamás. Como recolectar unas extrañas plantas amarillentas que crecían a lo largo de pedregoso campo de siembra. Al parecer, esa iba a ser su única misión durante al menos un tiempo.

Después de todo lo vivido, aquello parecía lo menos malo. Los

amos no eran excesivamente agresivos. Tenía comida y agua y gente con la que poco a poco entabló relación. Aquellos esclavos venidos de las cuatro esquinas de aquel extraño mundo le ayudaron y enseñaron poco a poco a chapurrear su lengua extraña.

Govind Scully fue feliz, si es que ser esclavo puede reportar alguna felicidad. Durante varias semanas pareció como si su vida anterior fuera un espejismo, como si nada hubiera ocurrido y siempre hubiera pertenecido a aquel lugar.

Allí conoció a Sheila, Omar y Dionisos y otros esclavos, gente buena y pacífica que le explicaron que se encontraba al Oriente de un gran Continente que todos llamaban Aqueron. También le explicaron que su amo y señor, un tal Zebulón era un comerciante de flores Lysiam, que se usaban para tintes y perfumes y cuya semilla era muy valiosa y cotizada, de ahí su gran fortuna y su pequeño ejército protector.

Durante un tiempo su vida fue recolectar flores Lysiam de sol a sol, cenar y dormir. No había días de descanso, no había tregua en el trabajo. Aquellas extrañas plantas de brillos enigmáticos crecían al ritmo de las lunas y parecían no agotarse jamás y sin embargo, en una plantación con más de ciento cincuenta esclavos apenas eran capaces de llenar medio carromato de pétalos cada día.

Sin libertad y con el recuerdo amargo de los camaradas perdidos, teniendo por identidad un recuerdo borroso, Govind Scully, poco a poco se fue olvidando de sí mismo. Agradeciendo aquel retiro como una penitencia por la muerte de sus camaradas Edgar Carintong y Leroy Lincoln.

Sin embargo, una tranquila noche estrellada todo volvió a cambiar súbitamente. Primero fueron unos gritos al otro lado de la villa. Más tarde el rumor de soldados y de batir de los aceros… luego fue el fuego y gente gritando de un lado a otro despavoridos…

Los esclavos de la villa no llevaban grilletes, no era necesario, nadie escapaba…

Así pues y ante el incesante escándalo, Govind Scully y sus compañeros de barracón, ataviados con sencilla chilabas color tierra, salieron a ver qué pasaba… El espectáculo heló la sangre del Sikh, ¡No podía ser cierto! Otra vez no…

Una marabunta de siluetas oscuras y rugientes se amontonaba a las puertas de la villa, forcejeando con los pocos soldados que aún quedaban en pie. Venían de la ciudad que estaba en llamas. Todos con aquellos terribles ojos amarillentos y relucientes que habían poblado Londres días antes de su partida… “La plaga, los Lulu han llegado también a Aqueron y aquel lugar procedente de Costa Oscura” creyó

oír a un guardia aterrado, “El Sur Ardiente; más allá del Estrecho Thüle se ha perdido”, escuchó decir a otro.

La turba caníbal no tardó mucho en despedazar a los guardias. Algunos supervivientes corrieron a la morada de Zebulón, que en vano trató de proteger a su familia, cimitarra en mano… para luego caer, igualmente despedazado, como un filete poco hecho ante bajo dientes serrados y deslucidos…

Pero no sólo fue aquella mansión el objetivo de los “regresados”… muchos barracones de esclavos estaban también en llamas y sus ocupantes; niños, mujeres u ancianos eran presa del sanguinolento festín. Govind estaba inmovilizado de espanto, una vez más contemplaba aquellas sonrisas depravadas de incisivos ensangrentados y miradas amarillentas y relucientes, cualquier hombre en sus cabales hubiera enloquecido ante semejante carnicería.

Finalmente el instinto de supervivencia le superó y Govind Scully corrió, corrió y no miró atrás presa del mismo pánico atroz que había sentido cuando habían caído sus compañeros… Atrás, sólo escucho gritos e ignoradas peticiones de auxilio, que el miedo no le dejaba atender.

Marchó hacía las colinas, al este, donde pudo contemplar atónito y en la lejanía la ciudad de Al-Semanet en llamas. El Sikh continuó ascendiendo por serpenteantes hendiduras y pedregales, guiado tan sólo por la luz de las estrellas.

Govind sabía que si se paraba moriría… y entonces, como salido de un sueño lo encontró… Un pequeño campamento, con unas humildes jaimas de pelo de cabra entorno a un fuego y unos hombres rapados y tatuados hablando pausadamente en torno a las llamas…

Eran tres y cuando escucharon llegar al desconocido, con una agilidad inusual, todos se incorporaron y tomaron sus largos báculos, en una postura marcial defensiva…

Govind se paró frente a ellos, sin resuello y con el rostro desencajado de terror… Trató de avisarles, de prevenirles de que no era seguro permanecer ahí… pero ya era tarde…

Tras la colina aparecieron más y más sombras, serpenteadas por aquellos ojos… ¡Le habían seguido! Aquellas criaturas infames fueron poco a poco rodeándoles, sin prisa. Sus muecas parecían divertidas con la situación. Como seguros de la presa que les aguardaba…

Govind estaba aterrorizado y sabedor de su cercano final cayó de rodillas frente al fuego y comenzó a llorar como un niño desconsolado…

Uno de aquellos hombres rapado le tocó el hombro y Govind, por un instante sintió como si su alma se relajara… como si una fuerza

desconocida lo hubiera reconfortado y volviera a tener fuerzas y valor renovados.

Los tres hombres susurraron entre sí y con mucha tranquilidad se distribuyeron en torno al fuego, con sus báculos en mano, tranquilos y sin que en sus rostros se apreciara emoción alguna…

Poco a poco las sombras se fueron aproximando y como si de una danza profunda y onírica se tratara aquellos extraños hombres comenzaron a describir un círculo y a agitar sus báculos haciendo increíbles malabares en el aire, era como si ejecutaran una danza hipnótica. Govind quedó protegido dentro del círculo, muy cerca de la fogata.

Comenzaron a luchar con los regresados. Ellos tan sólo con sus báculos, agitándolos en el viento y cortando el aire con una gracilidad y una fuerza inhumana.

Uno a uno, los demonios infernales fueron cayendo descoyuntados. Govind contó más de diez poseídos abatidos… el grupo justo que lo había seguido desde la villa.

Los tres guerreros rapados sabían cómo neutralizarlos… aplastando sus cráneos contra el suelo hasta deshacer sus cabezas en unos putrefactos charcos resto de masa encefálica y sangre negra. Por un instante Govind pensó que no era la primera vez que se enfrentaban a una amenaza semejante.

De aquello habían transcurrido casi dos años y lo que había ocurrido desde entonces era otra larga historia…

Govind había sobrevivido por segunda vez en su vida a una oleada de “regresados”.

Ahora su vida había vuelto a cambiar, se había marchado con aquellos hombres dejando atrás miedos y recuerdos… Aquellos peregrinos que habían resultado ser una extraña casta de Druidas guerreros que se llamaban así mismos Menoch… integrantes de un antiguo culto dedicado a la Diosa de Aqueron. Aquellos guerreros célibes y santos le habían aceptado en su orden y lo había cambiado en cuerpo, espíritu y mente.

En compañía de los Druidas atravesó un gran desierto bordeado de cumbres agrestes, más allá de una sucesión de duras y pedregosas montañas de tonos oscuros, que los Druidas llamaban La Gran Dorsal.

Tras atravesar un desfiladero monumental llamado Siq, que daba paso a un valle exuberante repleto de agua y vegetación, pero deshabitado. Continuaron su camino rumbo a otra cordillera rumbo norte, donde una sucesión de cimas aristas y negruzcas coronadas por glaciares perpetuos, lucían una soledad florecida de nubes blancas y majestuosas y más allá aún, continuaron hasta alcanzar el regio

Monasterio que sus dueños llamaban Vladas-Damasco. Un lugar tan antiguo y atemporal como la misma raza de los hombres. Un amasijo de piedras colosales e irregulares amontonadas en forma pentagonal. Aquella estructura osca y espartana aposentada sobre una cumbre solitaria, estaba sorteada de minaretes, ventanas sombrías y sin cristales y atalayas de manera, todo ello salpicado de cuerdas de las que pendían pañuelos de seda, teñidos en múltiples colores con rezos escritos, que al hondear al viento y según se decía, equivalían a oraciones.

Tras su llegada y una vez presentado al Abad debidamente, Govind se comprometió y sometió a sus ritos y a la rigurosa iniciación de la secta Menoch.

Más allá de la vida y la muerte, perdido entre las catacumbas del antiguo y retirado monasterio, hundido en las cumbres que circundan el desierto occidental. Había muerto y había vuelto a la vida. Govind había experimentado los filamentos de toda vida y la muerte extenderse más allá del tiempo y el espacio, conectando Aqueron y su mundo natal, la Tierra. Conectando estos y muchos otros mundos, haciéndole ver que la realidad no es como nos la imaginamos y percibimos y tampoco como tratan de contárnosla. La realidad es algo mucho más amplio con respecto a lo que nosotros siempre juzgamos en base a nuestra simple y limitada percepción. -"¿Y si no vieras?, ¿si no escucharas?, ¿si no tu vieras tacto?, ¿ni olieras?.¿Realmente que serías? ¿Existirías Govind?"- Le repetían el Mantra Menoch, sus maestros, mientras le enseñaban a abandonarse a sí mismo y a transcender sobre su propia persona a través del dolor, la privación y la meditación.

En compañía de los Druidas guerreros descubrió la concentración, más allá de las lóbregas y terrosas estancias de las criptas de los iniciados… Donde unas pocas galerías se iluminan con el fuego de candiles prendidos con aceites de extraños aromas, mezcla de incienso y otras misturas desconocidas y mientras otras estancias permanecen en tinieblas.

El iniciado no precisa de la luz u otros sentidos para guiarse y sentir… y sólo es digno de recibir a la Diosa cuando decide aceptar esta gran verdad y navegar por la realidad usando la percepción de su propio espíritu.

La rígida y marcial marcha del monasterio se mezclaba con el intenso ritual diario. Entrenamiento y meditación, oraciones y silencios que se entremezclaron con las horas, los días y meses… Govind ya no era un Sikh, ya no era un Scottish Grey… Govind ya no era Govind, ahora sólo estaba la luz de la Diosa y el fuego en el

corazón de sus hermanos. Ya no importaba si se hallaba en Aqueron o en Londres o en la India, pues Govind había muerto y había vuelto a la vida en una nueva y mejorada forma. Porque Govind ahora era un Druida del Vladas-Damasco.

13

Costa Oriental de Aqueron,
48 horas desde la llegada del HMS Deméter

- ¿Qué demonios está ocurriendo allí? - Se preguntó el joven matemático Walter Stewart

Al no recibir respuesta, Walter reparó en el enigmático arqueólogo Edgar Mcelroy de Kirkwall parecía no importunarle nada, su semblante frio y pétreo, pálido como una losa a veces daba la impresión de ser una máscara y sus ojos amarillentos como los de los "regresados" de vez en cuando, entre parpadeo y parpadeo adquirían un aspecto aún más terrorífico y extraño, como si el iris se contrajera en suma manera y adquiriera una apariencia delgada, casi reptiliana.

El bueno de Walter trató de alejar esos pensamientos aterradores de su mente y volvió su atención hacia el intranquilo y aterrado capitán Connor Thomas, el antaño templado oficial apenas podía disimular su nerviosismo ante lo que a todas luces, era una situación difícil de comprender y mucho menos de entender.

Todo había ocurrido de la forma más extraña; tras haber encontrado los tres Zigurats el profesor Mcelroy se había apresurado a dar sus explicaciones… Al parecer un zigurat era un templo característico de la antigua Mesopotamia.

Estas insólitas y colosales construcciones solían tener forma de torre o de pirámide. Se componían en esencia de una base alta, a la que luego se le iban agregando grandes terrazas de diferentes alturas. La parte no protegida de la intemperie era de ladrillos de adobe, en cambio la parte más exterior se componía de ladrillos vitrificados en diferentes tonalidades; al parecer existía un acceso en forma de grandes escalinatas situadas en los laterales del zigurat, ascendiendo en espiral hasta la cúspide. Según comentó Edgar Mcelroy, el zigurat más vetusto conocido, se situaba en la lejana Kashan y según se decía tenía una antigüedad superior al III milenio a. C. y según mucho arqueólogos estas construcciones habían servido de inspiración para antiguos relatos bíblicos como el de la Torre de Babel.

Pero la charla terminó pronto… ya que las sorpresas no habían hecho más que empezar.

Muy pronto, los inquietos viajeros descubrieron que sobre las dunas que se comían gran parte de la base de las estructuras se

extendía una especie de campamento con tiendas modulares muy al estilo del que usaban los arqueólogos modernos… y rodeando a estas, había maquinaria de diferente tipo y grandes grupos de trabajadores de aspecto berebere trabajando a pico y pala, vistiendo holgadas chilabas y algunos, con el rostros parcialmente tapados por turbantes y velos que los protegían del incesante sol…

Las cuadrillas se afanaban por desenterrar diferentes estructuras cercanas a los Zigurats mitad de piedra y mitad de metales de diferentes tonalidades… Aquello era sencillamente increíble.

Confiados y algo aliviados, los viajeros decidieron por consenso aproximarse a aquel insólito campamento, pero cuando parecía que sus problemas habían terminado, realmente no habían hecho más que empezar.

Aquellos trabajadores nómadas no estaban solos. El primero en enterarse fue el pobre capitán Connor Thomas que recibió el culetazo vertical de un estrambótico rifle en la nuca, conforme andaba en línea india y yendo tras Walter y Mcelroy. El pobre diablo calló por una loma dentada, rodando como un saco de patatas y sin conocimiento… Al parecer y al ser el único armado, había sido identificado como la mayor amenaza.

- ¡Deténganse ahora mismo!, o abriremos fuego… - Dijo una voz metálica tras Walter, al tiempo que el impacto de ver caer a Thomas los dejaba sin habla.

Se trataba de un pelotón de unos 25 soldados ataviados con un insólito uniforme grueso de goma ceñido de color verde oscuro y recubierto de correajes y botas altas. El uniforme terminaba en un casco al estilo prusiano, terminado en punta y con el rostro cubierto por una especie de máscara antigás y con las lentes que cubrían los ojos resguardados con cristal reflectante, que impedía ver los ojos de su dueño.

Walter no reconoció aquellos rifles… parecían metálicos y tenían algunas luces rojas y azules que parpadeaban a lo largo de su estructura. Aquellos tipos iban cubiertos de polvo y parecían llevar allí mucho tiempo… era como si vigilaran a los trabajadores o más aún… les obligaran a trabajar para ellos desenterrando aquellas estructuras… ¿pero para qué?

Ahora eran sus prisioneros.

Tras alcanzar al desvalido capitán Thomas, los soldados les ataron las manos a la espalda con algún tipo de cuerda flexible, como de goma, que Walter tampoco había visto jamás y tras esto, bajaron al campamento.

Lo más sorprendente de todo aquello, es que esos hombres, si es

que lo eran, y en esos días Walter estaba dispuesto a aceptar casi cualquier cosa, hablaban un perfecto francés neutro y sin acento alguno. Un idioma que los tres viajeros conocían perfectamente y que situaba de una forma aún más incomprensible aquella escena.

¿Se trataría de alguna otra división secreta de la Legión Extranjera? ¿Algún otro espeluznante secreto que se llevará a la tumba el difunto coronel William Macfair?

Sea como fuere los llevaron hacia lo que parecía ser la tienda de su oficial al mando… Los dejaron un poco atrás sin entrar y el que parecía comandar el pelotón entró solo. Era más identificable que los otros, porque tenía un extraño galón en la hombrera, algo así como un círculo del que salían cuatro triángulos invertidos a modo de cruz. Un símbolo pre-cristiano que Edgar Mcelroy identificó rápidamente como una Cruz Occitana o Cruz d'Oc, el mismo símbolo que había servido de blasón a un curioso y ya extinto pueblo medieval francés de la región del Languedoc-Roussillon, más conocidos como Los Cátaros… En cambio el único distintivo común al resto de uniformes era un pequeño Ankh egipcio dibujado en rojo sobre el pecho en el uniforme de goma.

Para entonces Thomas ya había recuperado el conocimiento. El pobre oficial tenía el uniforme desgarrado y sangraba por varias heridas en el pecho, brazos y rostro, parecía como ido… como si hubiera perdido la poca fuerza y el control que le quedaran y con cada paso se tambaleaba con dificultad.

Tras unos minutos el soldado al mando salió de la tienda acompañado por otro hombre. Este era algo más bajo y tenía una profusa barriga. Su uniforme no era verde, sino de un rojo tierra oscuro, aunque de manufactura idéntica a la del resto y con igual cierre anónimo tapándole el rostro. Ambos parecieron susurrar algo, mientras señalaban y comentaban sobre los prisioneros en un tono imperceptible.

A Walter, pronto se le quitaron las ganas de preguntar y discutir. Cada vez que abría la boca, recibía un fuerte golpe para que callara… Al final, él solo dedujo que debía permanecer en silencio, ya que nadie parecía muy dispuesto a sus ruegos y preguntas.

Edgar Mcelroy permanecía impasible y los soldados parecían respetarle, era el único que no había recibido ni un solo golpe y él, les devolvía la cortesía permaneciendo en absoluto silencio. Como si él, fuera de otro rango distinto al de Walter y el capitán Thomas.

Thomas en cambio, no estaba para hablar. Los golpes, el calor, el cansancio y la sed lo habían transformado en un ser lastimero, muy alejado de la figura arrogante que una vez fue… Ahora sólo se podía

mover empujado por los soldados o ayudado de vez en cuando por el aturdido Walter. En cambio Mcelroy no movió ni un dedo para socorrerle.

Luego todo fue muy rápido. Anduvieron durante algunos kilómetros hasta que para sorpresa de los exhaustos viajeros hallaron una vía férrea que se extendía a través de un mar de dunas hasta la colosal muralla que habían divisado a su llegada a Aqueron y que aún se perdía entre brumas en la lejanía…

Tras unas horas de espera, una extraña locomotora de vapor de aspecto cuadriforme alcanzó aquella posición y los prisioneros fueron subidos a un vagón de madera y hierro de estilo militar. Tan sólo cinco soldados fueron asignados a su cuidado, era evidente que ya no los consideraban una amenaza y ahora, inundados por el ruido de las máquinas de vapor y el hollín se dirigían a un rumbo incierto sin posibilidad alguna de escape y con la certeza de encontrase más perdidos que nunca.

Estuvieran donde estuvieran.

14

Londres, después de la partida del HMS Deméter.
Finales del Siglo XIX

Andreas y Narfater, a paso lento, pero sin detenerse, continuaron avanzando a través de la solitaria avenida rumbo al grandioso edificio victoriano que cortaba la vía.

Se trataba de un mastodonte salpicado de amplias balconadas y profusas vigas de ladrillo rojo, terminado en un rampante tejado de teja negra, que le confería un aspecto señorial.

Aquel era el único edificio iluminado de la avenida. El único edificio que aún tenía ventanas sin romper y de las que aún se escapaba algo de luz artificial y que no estaba provocada por llamas.

Cuanto más se aproximaban, parecía como si la lluvia quisiera golpearles con mayor fuerza. Londres era una ciudad oscura, siniestra y solitaria, poco a poco la vida, la verdadera vida, había desaparecido de sus calles para dar paso a algo mucho más siniestro y lóbrego.

Por un instante Andreas creyó ver figuras o sombras moviéndose y cruzando frente a los ventanales. ¿Quedarían aún personas vivas en Londres? o ¿Serían ellos los últimos humanos vivos de la ciudad?

Narfater apretaba el brazo de Andreas Lampert. Parecía estar aterrada y el hecho de encontrase calada hasta los huesos le confería un aura de fragilidad extrema.

Andreas se esforzó por no atender a su tacto. La chica estaba fría como el mármol y el color de su piel era pálido. Era como si una extraña enfermedad se hubiera adueñado de ella, quizás la misma enfermedad que arrancaba la razón a los regresados y que luego les convertía en mortíferas máquinas de matar, aunque en ella parecía tener un efecto extraño y distinto. Parecía no haber perdido la cordura y haber adquirido un inexplicable dominio sobre el resto de los “regresados”, algo que sin duda les había salvado la vida momentos antes.

Súbitamente Andreas volvió en sí y dejó sus cavilaciones, para momentos después recordar que aún les seguían aquellas criaturas infames, aquellos regresados que antaño habían sido los ciudadanos de la ahora apocalíptica Londres.

Andreas Lampert se seguía haciendo las mismas preguntas ¿les quedaría algún recuerdo? ¿Sabrían quienes fueron o lo que fueron?

¿Albergarían aún algún sentimiento hacia otras personas o incluso hacia ellos mismos? Aunque Andreas tenía claro de que allí y ahora, nadie podría contestar sus preguntas.

Una explosión en la lejanía, tal vez dos o tres manzanas en dirección Oeste hacia el Támesis, iluminó el horizonte y les hizo parar en seco. Algo grande, un edificio alto y de apariencia robusta tal vez una Iglesia o una fábrica, había explotado y con la explosión, se había iniciado un gran incendio que ayudó por un instante a iluminar las oscurecidas e inundadas calles de aquel Londres tétrico y roto.

Aprovechando la luz y aún temeroso de que los "regresados" se arrepintieran y volvieran para abalanzarse sobre ellos y los mataran, Andreas se giró para divisar a la silenciosa muchedumbre que había salido del callejón tras ellos, en una procesión dantesca y tétrica de cadáveres andantes, de rostros agrietados, mordisqueados, en algunos casos algo podridos y con aquellos horrorosos ojos amarillentos y lucidos, capaces de helar la sangre de cualquier mortal. Todos cortados al mismo estilo y con el mismo patrón, con sus muecas demoniacas, de dientes sangrantes, por sangre propia y ajena, sus cojeras por falta de miembros y sus horrorosos gruñidos guturales, como bestias sedientas de la sangre caliente de los mortales.

Pero… allí no había nadie. ¡Estaban solos!, los "regresados", aquella muchedumbre fantasmagórica había vuelto a las tinieblas y quizás desde diferentes posiciones. Los observaban ahora, en silencio… Pero ¿Por qué? ¿Qué explicación tenía aquello? Ciertamente, nada la tenía… Ni la pálida luz de la Brecha alumbrando el horizonte como una aurora boreal eterna, ni la brusca bajada de las temperaturas, ni aquel Eclipse infernal que había envuelto en la más terrorífica oscuridad el mundo… Tampoco aquella niebla fantasmal que había rodeado a las Islas Británicas y que impedía atravesar el Canal de la Mancha y llegar hasta el Continente con un mínimo de seguridad. ¿Estaría todo perdido? o ¿estaban a salvo ya?

A veces Andreas pensaba que aquello era una pesadilla y que tal vez, en algún momento terminaría por despertar y volvería a estar en su casa, con su familia y amigos, rodeado de todo aquello que una vez amó. Pero luego, la lluvia y el frío le recordaban que no, que aquello no era una pesadilla, era la fría realidad y que sus recuerdos, sus anhelos… eran en realidad un sueño, un triste recuerdo de un mundo que fue y que ya nunca volvería a ser.

Andreas Lampert, al igual que aquella chiquilla, estaba condenado, realmente todos lo estaban… Y la condena sería una muerte lenta y dolorosa o peor aún, a ser devorados por cadáveres caníbales y espeluznantes en cualquier esquina y ante el menor despiste… tal y

como había visto en más de una ocasión, más veces de las que le gustaba recordar.

La sucesión era siempre la misma, luego, muchos de aquellos podres desgraciados, pasadas unas horas, después de terribles convulsiones, dolores atroces y de expectorar sangre negra… entraban en una catarsis que los inmovilizaban, para poco después volver a la vida y se comportaban, de la misma forma y con la misma rabia inhumana que sus propios verdugos… permitiendo que la historia volviera a empezar una vez más.

Súbitamente la lluvia cesó y de nuevo se hizo la calma en el cielo que se despejó rápidamente, mostrando un manto oscuro y estrellado.

Narfater y Andreas alcanzaron el edificio que tenía marcado el número 1618, con unos grandes portones de madera de roble lacada de negro brillante y unos preciosos aldabones dorados, abiertos de par en par y dando a un hall marmóreo con muebles de estilo rococó, grandes cuadros de paisajes colmados de marcos dorados de exageradas volutas y motivos arbóreos y columnas de color marfil que se asemejaban a las de un templo griego y que daban paso a una gran escalinata de madera de varios metros de ancho, de madera reluciente y una esmerada baranda y bajo ésta un suelo enlosado en cuadros blancos y negros como un juego de ajedrez.

¡Increíblemente nadie había entrado ahí para saquearlo! La estancia estaba perfecta, como si el servicio hubiera llegado esa misma tarde para limpiarlo y ponerlo todo a punto.

Entraron como dos mendigos aterrados, temerosos de encontrar un peligro aún mayor que el que habían encontrado y dejado tras sus espaladas… Pero sabían que no había ningún lugar más a donde ir… la esperanza estaba subiendo esas escaleras y ya no tenían tiempo para dejar escapar una nueva esperanza.

De repente, se escucharon unos pasos, lentos pero seguros… Andreas se puso en guardia, ya no tenía munición, pero fuera quien fuera, no tenía por qué saberlo.

Un caballero, un perfecto inglés de bigotes negros y exagerados, luciendo un traje con un espléndido corte, un bombín y un bastón negro acabado en empuñadura de plata se presentó ante ellos. Era un tipo extraño, de facciones angulosas y de rostro extremadamente delgado… Pero lo que más llamó la atención de Andreas y por ende, lo que le volvió a helar la sangre, no fue el hecho de aquel espléndido caballero estuviera allí, con porte elegante y ropa recién planchada, tranquilo y quizás con una mueca divertida en el rostro… no. Hasta eso, ahora, en aquel momento, durante el último acto del fin del mundo podría no ser una sorpresa. Quizás fuera hasta comprensible,

en determinadas circunstancias, pero lo verdaderamente pasmoso, lo aterrador es que aquel hombre fuera como Narfater… Un ser de rostro pálido y ojos amarillentos y vibrantes que lo observaba con pasmosa tranquilidad.

- Hola Narfater – Dijo el desconocido con una voz aguda y algo ronca – Te estábamos esperando… - hizo una pausa y un gesto de disgusto– ummm… y veo que has traído compañía.

revelaciones

15

Sobrevolando algún punto sobre el océano Pacífico, Enero 2011

Ralph Richardson despertó envuelto en sudor, ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta allí? No podía recordar… tenía un fuerte dolor de cabeza y sentía nauseas…

Ralph giró la cabeza y notó como unas gotas de sudor cayeron desde su frente, describiendo un reguero en elipse hasta golpear con fuerza contra su barriga. Manfred Farragut estaba a su lado, tranquilo y sentado en lo que parecía una butaca de avión, hojeando unas notas en su IPAD.

- Vaya… ¿te has despertado?

- Joder… ¿Qué ha pasado? – Le interrogó Richardson totalmente desorientado… ¿pero esto es un avión?

- Vaya… - Richardson se rió – que observador.

- Mierda… Farragut, lo último que recuerdo es cuando llegamos al campamento de Youkhanna y luego…

- Luego te hirieron… - Farragut alzó un dedo y señaló al hombro de Richardson, fue entonces cuando éste sintió una fuerte punzada de dolor, como si alguien jugara con un tenedor clavado en sus carnes… el dolor era espantoso.

- ¡Dios mío! – Richardson se revolvió en su asiento - Pero ¿Qué cojones es esto?

- ¿No recuerdas nada? – Farragut suspiró y dejó el IPAD en la bolsa del asiento delantero.

- Joder, no recuerdo una mierda. - Ralph Richardson se estaba empezando a asustar. Entre el dolor, la fiebre y ahora que empezaba a percatarse que se encontraba volando en un avión sin pasajeros, tan sólo Farragut y él. Ralph miró a través de la ventanilla y vio que se encontraban sobrevolando el mar. El cielo era azul y limpio, sin nubes, ni siquiera se veía un ave sobrevolando, debían estar lejos de la costa.

- Está bien - Farragut volvió a suspirar – Te lo resumiré un poco; cuando alcanzamos el campamento arqueológico de George Youkhanna nos lo encontramos todo arrasado y en llamas… había muertos por todas partes. Nuestro error de cálculo fue pensar que la insurgencia de Alsima se había marchado. Salimos del Humvee para socorrer a los heridos, fue una carnicería… Tú no escuchabas, saliste

el primero o el segundo, creo que para hacer fotos-Recuerdo que te grité, pero solo pensabas en retratar lo sucedido antes de que los marines aparecieran en tu encuadre.

- ¿Y Youkhanna? – Preguntó Richardson tratando de controlar la respiración.

- Esta muerto. Esos alsimaicos son aún más fanáticos y sanguinarios que los Talibán – Farragut hizo una pausa deliberada – Pero cuando llegamos aún respiraba.

- ¿Pudiste hablar con él?

- Sí, aunque muy poco. Alguien pisó una mina y estalló en mil pedazos y acto seguido nos atacaron a nosotros y te hirieron a ti. Tuve que arrastrarte hacia el Humvee. Cuando todo pasó y regresé habían vuelvo a acribillar a Youkhanna y estaba muerto…

- Maldita sea - Ralph Richardson hizo una mueca de dolor y se llevó la mano al vendaje ensangrentado.

- ¿Y la rubia antipática?

- ¿Sophia Irwin?

- Sí, esa… la señorita de la NSA.

- Esta aquí con nosotros… ha ido a hablar con el capitán, volverá pronto.

- ¿Esto es un avión de pasajeros no?

- Sí, creo que lo es… - Farragut se rió.

- ¿Y qué diablos hacemos aquí? ¿qué te dijo Youkhanna antes de morir?, joder tengo tantas preguntas que me duele más no saber que el balazo…

- Tranquilo, todo a su debido tiempo. Ahora lo importante es que estas a salvo. Te atendió un sanitario y luego te trataron en la Base…

- ¿Por qué no me dejaste en la base?

- Sophia evaluó que tu herida, aunque reconozco que jodidamente dolorosa, es superficial y que no merecía la pena exponerse en la Base.

- ¿Exponerse?

- Sí, me refiero a que la gente hiciera preguntas sobre la naturaleza de nuestra misión. Un hombre herido con orificio de bala implica papeleo y dar muchas explicaciones… Una vez te quitaron la bala, te administraron morfina y te limpiaron debidamente no había motivo para seguir allí.

- ¿Y el avión?

- Bueno, son malos tiempos… es difícil conseguir un chárter en Pakistán con tan poco tiempo… Sophia hizo algunas llamadas y nos asignaron este viejo Boeing y una tripulación civil que no hace preguntas.

- Bien… todo eso me parece increíble si… ¿pero me quieres

explicar que narices hacemos en un avión? ¿A dónde vamos?

- Sobrevolamos el Pacífico rumbo a Australia.

- ¡¿Australia?! – El gritó provocó en Richardson una nueva punzada de dolor intenso…

- Así es… Cálmate hombre. Te pondrás bien.

- ¿Alguna vez te han disparado? ¿Tienes idea de lo que duele esto?

- Alguna vez… - Farragut sonrió maliciosamente.

- Maldita sea… y yo con estos pelos… ¿me vas a hacer que te ruegue que me pongas al día?

- Está bien… tranquilo, en tu estado es mejor que no te alteres o se podría soltar algún punto… o hacérsete un coagulo.

- ¡Ya estoy relajado!, maldita sea…

- Ok Ralph, tranquilo… Verás, George Youkhanna antes de morir me dio esto… -Farragut le mostró un medallón de un metal de color blanco plateado. Richardson lo tocó, estaba frio como el hielo.

- Joder esta helado.

- Sí… y no sólo eso… no hay forja que pueda doblarlo o fundirlo… no a temperaturas que pueda generar la tecnología humana. Es una aleación de Iridio y algo más que no hemos podido determinar.

- ¿Iridio?

- El Iridio común, y este, desde luego, no lo es. Es un metal similar al platino. Suele ser duro, pesado, de color blanco plateado. Es el segundo elemento conocido más denso y es el elemento más resistente a la corrosión, incluso a temperaturas tan altas como 2000 °C. Lo más curioso de este material es que no es originario de nuestro planeta.

- ¿Cómo que no es originario de nuestro planeta?

- El Iridio está en muy pequeñas cantidades en la Tierra, procede de los impactos de asteroides, en la tierra no se ha producido de forma natural.

- Maldita sea, ¿Qué es eso que tiene grabado?

- Es un Caduceo, el símbolo de Hermes Trismegisto y esos pictogramas en los bordes no puedo traducirlos…

- ¿Pero no dices que no hay forja que pueda moldear este metal?

- Eso he dicho… al menos que nosotros conozcamos.

- ¿Qué es eso de Hermes?

- Es lo más curioso de todo… representa lo iniciático, los secretos místicos… El hermetismo es una tradición sectaria y secreta de la antigüedad… La verdadera naturaleza de las cosas y los secretos arcanos y prohibidos reservados a una elite poderosa que se preserva en la oscuridad, dirigiendo a las masas aborregadas generación tras generación.

- ¿Youkhanna te dio eso antes de morir?

- Sí… mientras te recuperabas en la Base lo estudiamos, era parte de lo que Youkhanna había descubierto en Mohenjo-Daro.

- Y, a parte de la composición del metal, de los símbolos, habéis averiguado algo más ¿no?

- ¿Cómo lo sabes?

- Lógico… ¿Qué narices hacemos en este avión? Y ¿Para que la NSA tira de contactos para conseguirlo? La última vez que hablamos, me contaste sobre un tema de armas antediluvianas.

- Aprendes rápido – Farragut volvió a reír… - Te voy a contar algunas cosas más que te van a parecer increíbles…

- Creo que ya nada me puede sorprender.

- Verás… el mundo está lleno de cosas increíbles que la gente común o no sabe o prefiere no cuestionarse… Cualquiera, y más hoy en día con Internet puede investigar un poquito, buscar información y darse cuenta de que las cosas no son como nos las han contado.

- Estoy convencido de ello.

- El medallón hace muchas cosas extrañas. Por ejemplo reacciona a los elementos orgánicos, especialmente a la sangre…

- ¿La sangre?

- Sí, quien lo construyera lo diseñó para identificar patrones de ADN, no reacciona igual ante la sangre de animales o de cualquier individuo, sólo ante patrones muy concretos de ADN. ¿Recuerdas que te preguntabas por qué George Youkhanna había tenido tanto interés en específicamente en ti?

- Espera, espera… un momento - Ralph Richardson puso una expresión que reflejaba una mezcla explosiva de terror y confusión - ¿Me estás diciendo que esa cosa es capaz de oler mi sangre?

- Más o menos… sí. Pero no tenemos ni idea de cómo lo hace o por qué, desde luego es una tecnología mucho más avanzada que ninguna otra que hayamos visto antes.

- Joder, esto no me gusta nada. – Entonces Richardson miró fijamente a Farragut - ¿Me puedes explicar algo?

- Claro, si está en mi mano… - Farragut sonrió en un vano intento por calmar al fotógrafo.

- ¿Cómo descubriste que reaccionaba precisamente a mi sangre y no a otra substancia?

- Te hirieron ¿recuerdas?, me manché con tu sangre, fue pura casualidad.

- Entiendo… - Richardson emitió un gruñido, haciéndose el convencido… pero empezaba a desconfiar de Farragut y de toda aquella situación kafkiana.

- Pero, aún hay más.

- ¿Más?

- Si, detectamos esos patrones magnéticos, esas reacciones y más. Al parecer esta cosa emite en una frecuencia errática e irregular, pero sea lo que sea, es un mecanismo de emisión de ondas de radio…

- Increíble

- Sí

- ¿Habéis descifrado la señal?

- No, es imposible. Sabemos que porta datos, pero están encriptados con una densidad que resulta inalcanzable para nuestra actual capacidad de procesamiento.

- ¿Entonces?

- Lo que sí hemos averiguado es hacia qué puntos transmite…

- ¿Puntos? ¿Hay varios receptores?

- Sí y no, todos están aquí, en nuestro planeta.

- Lo sospechaba…- Sentenció Richardson, mientras suspiraba de dolor y Farragut volvió a reír.

16

Isla Occidental,

Un año después de la llegada del HMS Deméter

Jonah despertó encadenado por las muñecas sangrantes a un palmo y medio de un suelo embaldosado y mohoso, en una estancia fría como el corazón del infierno y perdido entre tinieblas por el que tan sólo entraba un hilillo de luz proveniente de una pequeña ventana enrejada en la parte superior de la pared y que parecía dar a la calle…

Jonah tenía cierta dificultad para recordar… Estaba arreciado de frío, prácticamente desnudo y con el cuerpo marcado de latigazos y toda suerte de rasguños, era evidente, que llevaban horas flagelándolo… Ahora todo parecía en calma, y a pesar del intenso dolor y del frío, agradeció estar solo.

Por un instante, entreabriendo los ojos hinchados por los golpes, Jonah distinguió como un montículo informe apoyado contra la pared, algo que expedía un fuerte olor a putrefacción y que desde luego, no parecía ser nada bueno.

Súbitamente un gran portón chirrió tras él y unos pasos seguidos por unas luces anaranjadas, tal vez procedentes de unas antorchas iluminaron la sala… El espectáculo heló la grande del compungido Jonah, el espanto no le permitía ni hablar, los cuerpos mutilados del labriego, su esposa, su pequeño hijo y los otros niños y padres yacían frente a él, en una horrorosa estampa de depravada mutilación sádica y cruel… Los habían castigado por osar salvarse, lo había provocado Jonah…

Jonah grito de horror, mientras unas lágrimas escaparon de sus ojos arrasados, grito como si le quemaran las entrañas con acero ardiente… ¿Qué clase de monstruo sería capaz de algo así?

-¿Monstruo? ¿Quién es el monstruo? – Dijo una voz susurrante y desagradable detrás de Jonah…

Jonah no había hablado, no había podido articular palabra y sin embargo era como si aquella criatura le hubiera leído la mente.

-¿Sorprendido? – Continuó la voz tras él – Claro que lo estás… - dejó escapar una risita – Sé todo lo que pasa por esa cabeza de alcornoque que tienes… Pero tus pensamientos son confusos para mí.

-¿Quién eres? – Consiguió al fin articular Jonah.

-Me llamo Aedh Drummond y soy el Amo y Señor de estas tierras… - Mientras hablaba, la criatura continuó avanzando, rodeo a Jonah y apareció ante sus ojos antorcha en mano. Jonah notaba que había más gente tras de él… Aquel tipejo miserable no se iba a atrever a bajar a aquella cripta solo.

-¿Por qué les has matado? – Le preguntó Jonah…

-¿Por qué? Porque tú les has salvado y nadie salva a las víctimas de la Oscuridad… ¿Lo entiendes gusano?

– Aquel ser repelente, pálido, de rostro cadavérico y arrugado, como una máscara de barro blanco y ojos sádicos del amarillo de los “regresados” le recordó por un instante al arqueólogo Edgar McElroy de Kirkwall, ¿tendría la misma extraña inmunidad a la Plaga Negra? La criatura iba ataviada con una especie de hábito de Druida de tela, marrón, gruesa y de tosca manufactura.

-Ellos eran inocentes… - Susurró Jonah, mientras luchaba por no desvanecerse de nuevo… - Y escuchó como el concorvado Drummond se reía, con una risa diabólica que le heló la sangre. Sus dientes mostraban podredumbre negruzca y amarillenta, todo en él era desagradable.

-¿Qué es la inocencia Jonah Fox? – Drummond escupió su nombre como si lo hubiera leído en las hojas apergaminadas de un libro abierto o que se le estuviera abriendo… ¡Estaba tratando de leer en más profundidad la mente de Jonah!

-¡Púdrete monstruo! – Y Jonah le escupió en la cara con una mezcla de saliva y sangre. Alguien tras él chilló algo en un idioma ininteligible y luego sonó un latigazo que impactó contra la espalda ya lacerada de Jonah. Iban a darle otra, cuando Drummond levantó su huesuda mano, dejando entre ver unas uñas largas y sucias y el verdugo paró al instante…

Drummond se limpió la cara con la manga y siguió mirando a Jonah, sonriendo, con su rostro cadavérico y desagradable.

-No eres de esta tierra… ¿No es cierto Jonah?, ¿Buscas algo? pero… ¿Qué? – Estaba claro que Drummond no era infalible, no podía alcanzar todo… Jonah se esforzó por anegar sus pensamientos de oscuridad. – Interesante… El tiempo y el espacio se pliegan en ti, has atravesado océanos de tiempo y sueños de otros mundos para llegar a nosotros y ni siquiera sabes dónde estás realmente.

-¿Dónde estoy desgraciado asesino?

-Desde luego no en tu casa, no en tu mundo. No deberías estar aquí, nadie en Occidente o de cualquier otra parte de Aqueron hubiera osado enfrentarse con un Dahaka y tú lo has hecho y has salido victorioso. Pero no eres una esperanza Jonah, no eres más que una falsa promesa, jamás saldrás vivo de Morgay. Tu largo viaje terminará pronto.

-Prefiero estar muerto, que contemplar tu horrorosa cara de monstruo.

-No me hagas reír más Jonah Fox – La criatura Drummond rió con un tono deliberadamente exagerado, como queriendo retumbar en el eco de la cripta. Y sin parar de reír, se aproximó al bulto de muertos descoyuntados y tomó un brazo infantil que aún goteaba sangre… luego llevo el extremo cortado a su boca y mostrando una lengua bífida como la de un reptil lo lamió sin dejar de mirar a Jonah con aquellos ojos amarillentos de criatura infernal.

-Maldito seas demonio… seas lo que seas, yo te maldigo – Dijo Jonah mientras Drummond volvía a reírse, sabedor del horror que estaba provocando a su invitado.

-Los malditos gobiernan por aquí, Jonah Fox, ¿no lo sabías? No los mortales como tú y tú querida Cinnia y Frana. – Drummond dejó escapar esos nombres sabedor de que tendrían efecto en Jonah. Éste se removió en las cadenas, tratando de escapar, pero sólo provocó nuevas carcajadas de Drummond y de su comitiva tras él…

-¿Dónde están? ¡¿Qué has hecho con ellos?! Responde maldito.

-¡Druida! – Gritó Drummond.

-Mi señor… - Contestó el viejo Druida infame que había presidido el ajusticiamiento en la plaza.

-¡Flagelarle a latigazos hasta que pierda el conocimiento! - Tal vez mañana nuestro invitado este más comunicativo.

-Será un placer, mi señor – Y diciendo esto, el maldito Druida sonrió e hizo una señal para que el verdugo continuara su retahíla de latigazos.

Aquel tormento tampoco duró mucho. Tras la marcha de Drummond y del Druida, Jonah no tardó mucho en volver a perder la consciencia… Bajo sus pies había un charco de sangre que se estaba empezando a helar… Más muerto que vivo Jonah soñó con el rostro de Cinnia entre penumbras y recuerdos borrosos, navegando en un mar de tinieblas, quizás, rumbo a la morada de los muertos.

Súbitamente algo despertó a Jonah. Con un dolor indescriptible trató de abrir los ojos, pero le fue casi imposible. Apenas, conseguía

entre ver una silueta fina y delgada que apresurada lo trataba de proteger con una manta.

Jonah trató de hablar en vano, trató de preguntar, pero le fue imposible. Sólo estaba seguro de que aquella silueta era la misma que lo había estado siguiendo días antes cuando iba camino a Morgay y que más tarde había desaparecido en medio de la nieve. Una silueta femenina que no conseguía identificar. ¿Sería Cinnia? Sí… tal vez, no estaba seguro, todo eran brumas, quería que fuera ella, debía serlo. Pero estaba tan débil que los ojos se le volvieron a cerrar.

Mientras la silueta lo alzaba ayudado por otras figuras, no consiguió escuchar a los guardias, ni apenas ver luces, sin duda era noche cerrada en Morgay y fuera quien fuera, lo intentaban poner a salvo. ¿Qué habría sido de los guardias? ¿Cómo habrían podido sortearlos?

Aquella noche, poco antes del amanecer, un carromato lleno de paja seca y heno, salía de Morgay tirado por unos bueyes y en su interior disimulado entre la carga y ahora sí, protegido del frío, iba solo Jonah Fox, en un estado de seminconsciencia más cercano a la muerte que a la vida.

una capilla en el rio thoen

17

Aqueron Oriental,
Dos años desde la llegada del HMS Deméter

Aunque las primeras hojas del otoño caían suaves y rojizas, mecidas por los primeros vientos fríos de la temporada, llevaba escasa ropa; una toga raída y gastada, abierta por el pecho, mostrando su musculatura atlética y poderosa y otros tatuajes más oscuros con formas arbóreas e irregulares. Ya no era un hombre joven, pero tampoco se podía decir que fuera mayor… Portaba un callado de madera tallada y colgada a la espalda, llevaba un fardo de cuero con sus escasas pertenencias.

Parecía como si Govind Scully el Sikh, el antiguo guerrero de los Schottisch Grey fueran tan solo un vago recuerdo, como si quizás nunca hubiera existido y ahora, el Govind Scully el Druida le hubiera suplantado para siempre.

El camino era antiguo y estaba empedrado, custodiado a ambos lados por robles fuertes y gruesos, que como centinelas silenciosos guiaban el transito del taciturno viajero.

De repente el Druida se detuvo. Un escalofrío recorrió su espina dorsal, una sensación de frío, sólo se escuchaba el ruido del viento soplando contra las ramas y los arbustos cercanos, pero en el interior de su corazón supo reconocer que aquel fresco repentino, no era de origen natural.

Súbitamente sintió una presencia a su izquierda, como si una sombra hubiera aparecido y la pudiera percibir por el rabillo del ojo, creyó escuchar una risa iracunda y burlona, pero no pudo casi distinguirla del rumor del viento… Se giró con brusquedad, pero allí sólo estaba el camino y el aire meciendo las hojas. Su corazón palpitaba con fuerza, pronto caería la noche y debía encontrar un refugio donde guarecerse.

El Druida recordó los trazos de un mapa en un viejo pergamino. Allí donde el camino se cruzaba con un sinuoso afluente del río Thoen, había un puente de piedra y junto a éste, una capilla dedicada a la Diosa. No debía andar muy lejos… apresuró la marcha, pues aquellas tierras no eran seguras, hacía dos lunas que no se cruzaba con otros caminantes por las vías reales y aquella no era una buena señal. La capilla sería un buen sitio para guarecerse del frío otoñal y de las

miradas incautas de aquellos que no miran con ojos mortales.

Las sandalias del Druida se apresuraron con zancadas grandes y decididas, mientras tuvo la certeza de que la sombra lo seguía a una distancia prudencial… lo suficientemente alejada como para no ser vista, pero ahí estaba, la percibía, estaba seguro.

Bien entrado el ocaso, encontró la capilla. Un edificio de piedra basta y tejado de madera, acabado en un alfeizar rampante. A la entrada había un monolito calizo, con las runas de los siete nombres de la Diosa tallados a cincel y martillo, que indicaban la santidad del lugar y un candil de aceite que prendía solitario, colgado frente al portón… ¿Quién lo había encendido? No había mucho tiempo para formularse preguntas… La noche ya era cerrada y sólo aquel lugar sagrado prometía algo de seguridad para el caminante.

La puerta era maciza y pesada y el Druida tuvo que empujar con fuerza para abrirla. Cuando penetró en la capilla, sintió un profundo aroma a incienso y una humedad anormal que le golpearon la cara… Se trataba de una estancia rectangular muy sencilla, revestida de madera y salpicada por columnas lisas. El centro de la estancia estaba presidido por un pequeño altar de roca, probablemente más antiguo que la misma capilla, una pequeña estructura irregular de un tipo de piedra negra que el peregrino no pudo identificar. En la parte superior e iluminada por incontables y delgadas velas votivas de luz tenue y amarillenta, se encontraba una diminuta estatua de la Diosa Joven. Tenía corona y se encontraba sentada en un trono. La talla era rudimentaria, pero estaba bien pintada con esmalte brillante de varios colores.

Era evidente que alguien se encargaba de mantener aquel pequeño recinto sagrado, eso podía ser una buena señal - quizás aún se encontrara a tiempo - pensó el Druida.

Ya más calmado, dejó su cayado y el morral con sus pertenencias en el suelo enlosado. Se quitó las sandalias y se sentó en la posición del loto, con la espalda perfectamente recta, para meditar frente al altar. Las luces de decenas de velas le iluminaron su rostro y le arrancaban fulgores en su tez oscura como el bronce. Mientras, cerraba los ojos y trataba de concentrarse y meditar. Aquellas luces cálidas bailaron dibujando formas nerviosas sobre su rostro silencioso.

Pasaron unos minutos largos y tranquilos con el único rumor de las ramas de los árboles desnudos mecidas por el viento cada vez más impetuoso, chocando intermitentes contra el tejado de la ancestral capilla.

La calma fue quebrada por el chasquido de la puerta al abrirse tras el altar y a la espalda del orante. Un viento helado y antinatural

penetró en la habitación, había empezado a llover y el rumor de truenos en el horizonte era cada vez más cercano. El Druida no se inmutó.

Alguien arrastró unos pasos tras él y se paró. En condiciones normales el Druida hubiera percibido hasta sus latidos, pero tras su espalda sólo sintió un frío intenso y anormal… Decidió que no debía moverse, bajo el fuego del altar ninguna fuerza del inframundo se atrevería a tocarle…

- ¿Vas hacía Sippart? – Dijo una voz susurrante, su tono era oscuro y siseaba como un reptil carnívoro…

- ¿Dónde si no? Estos caminos no conducen a ningún otro lugar - Govind Scully recordó las enseñanzas de sus maestros, y recitó para sí –"Igigi"-, los mensajeros, los enviados, aquellos que no deben ser nombrados…

- No hay nada para ti en Sippart, la ciudad de muros rojos está condenada hace largo tiempo. – Y su voz ahora sonó, como la voz de los demonios castigados que pueblan el inframundo y Govind volvió a recitar para sí –"Igigi"-

- ¿Por qué habría de creerte? Y aunque así fuera… ¿Qué te importa a ti, mi destino? – Le respondió el peregrino sin abrir sus ojos o modificar su postura perfecta.

- Tómalo como un consejo de amigo. No me gustaría que te ocurriera nada. Sippart es ahora una ciudad muerta, poblada por gente muerta… no es lugar para un hombre Santo como tú.

- Yo voy donde me guían Los Elementales, voy donde me incita La Diosa… no sigo consejos oscuros, proferidos por palabras negras.

- Ni siquiera te has vuelto a mirarme… ¿Por qué habrían de ser mis palabras negras?

- Porque sólo una sombra se presenta ante un caminante, como tú te has presentando ante mí. No te temo demonio… Aquí no.

- Pues deberías Govind Scully, de los Scottish Grey, servidor de la Diosa. Ningún mortal de Aqueron se librará de nuestro paso. Ninguna mano hallará cura para el paso de los hijos del Lago de Fuego, el tiempo de los vivos ha pasado y tú, al igual que tus hermanos nos serviréis como muchos otros antes que vosotros lo hicieron.

- Conoces mi nombre… Pero no me conoces ni a mí, ni a mis hermanos… - Y por primera vez, un atisbo de ira, sacó al Druida de sus meditaciones y le hizo abrir sus ojos, oscuros como el ónice. Un frio sepulcral había penetrado ya en la sala y Govind se dio cuenta de que expulsaba vapor mientras hablaba…

- Conozco la razón de tu viaje… quizás no seas tan Santo como piensas Govind… Muchos murieron para que tú te salvaras. Sé que aún la buscas… Ella está con nosotros, goza con nuestra presencia y jamás nos abandonará.

Bastaron esas palabras blasfemas del demonio Igigi para hacerle reaccionar.

Con una agilidad felina, Govind el Druida peregrino, saltó y giró sobre sí mismo tomando su cayado. El Druida-guerrero se quedó en posición de ataque, con los pies abiertos frente a la puerta abierta… Pero allí, ya no había nadie… Hacía frío, pero la ira y la emoción había perlado su frente de sudor.

Una risa burlona y demoniaca sonó alejándose por la espesura rumbo a la oscuridad de donde procedía. Govind creyó ver un búho perderse en las tinieblas, ¿Acaso no era ese el símbolo de los vigilantes Igigi?

El Druida se quedó completamente sólo, allí mismo, embargado en sus recuerdos y sus remordimientos… Ahora estaba seguro de que no podía estar lejos.

18

Costa Oriental de Aqueron,
72 horas desde la llegada del HMS Deméter

La locomotora de vapor finalmente llegó a su destino. Edgar Mcelroy de Kirkwall parecía por primera vez sorprendido desde que iniciara su increíble viaje a través de La Brecha.

Era como si se hubieran trasladado en el tiempo y el espacio. Una auténtica locura. Al fin, alcanzaron los azulados ladrillos vitrificados de tono azul purpureo de la Gran Muralla, bañados por el sol impiadoso. Gracias a la luz, los tonos cálidos, por fin se dibujaban, apareciendo ladrillos de otros colores, formando figuras de toros alados, esfinges y toda suerte de animales mitológicos en diferentes posiciones y escenas, cada una de ellas de varias decenas de metros de altura. A lo lejos se veían pequeños montes, calvos, circundantes y sobre ellos labrados geoglifos enormes, con imágenes de animales y plantas y algunas figuras geométricas. Edgar Mcelroy parecía complacido, una frase surcó su mente –"Son como las líneas de Nazca"-

La puerta por la que el tren alcanzó la ciudad estaba custodiada por dos colosos, uno a cada lado de lo que parecían dos arqueros persas con togas y arcos apoyados, pie en tierra, barbudos y coronados con labradas tiaras de motivos arbóreos vigilantes de aquellos que entraban y salían de la ciudad –"Anunnaki"- escuchó susurrar Walter Stewart a Edgar Mcelroy, pero cuando este se dio cuenta de que el joven matemático lo había escuchado volvió a cerrar la boca y a perder la vista en el infinito, más allá de la ventana enrejada del vagón en el que iban prisioneros.

Por primera vez, desde que empezara el viaje, Walter Stewart entendió que ciertamente Thomas tenía razón y que Mcelroy ocultaba mucho de lo que decía saber. Quizás el profesor había sido una amenaza todo este tiempo y ahora era demasiado tarde para dar la razón al aturdido capitán de los Scottish Grey…

Una garganta de fuego fue exhalada desde el techo del vagón hasta la calle. La ciudad en su interior, antaño y a bien seguro una gran urbe repleta de edificios de toda suerte y tamaño, no era ahora más que un atajo de ruinas negruzcas. Un amasijo de hierro y piedra informe transitado por aquellas criaturas que ahora poblaban Londres.

Walter Stewart observó aterrado como el interior de la grandiosa urbe estaba colapsado por manadas de regresados que deambulaban de un lugar a otro, presos de la locura… Algunos, casi en estado de putrefacción total. Los que entorpecían la marcha del tren, eran inmediatamente abrasados por una especie de cañón de fuego que debía estar instalado en la parte superior de su vagón y que los soldados usaban como el que fumiga una plantación de arroz infestada de parásitos. Aquello, parecía no tener nada de extraordinario, sino más bien ser una acción repetitiva en su quehacer diario.

Unas sirenas sonaron en la lejanía y una gran puerta metálica que cerraba una segunda muralla, ya en el interior de la ciudad comenzó a abrirse, chirriando con un brío endemoniado. El tren se detuvo y volvió a esperar a que la compuerta terminara la operación.

El cielo estaba encapotado y tenía un extraño fulgor plata, a lo lejos parecía que comenzaba una tormenta de arena y se divisaban algunos rallos dispersos tocando contra el horizonte, pero seguía sin caer una sola gota de lluvia.

Algunos regresados comenzaron a avanzar rumbo a la compuerta que ahora daba paso a una parte de la ciudad nueva y mejor iluminada. Estaba oscureciendo y desde la cima de los muros interiores varios soldados movieron focos contra el suelo, apuntando a la entrada. Cuando un regresado asomaba las narices con paso lento y vacilante, los soldados de la guardia abrían fuego sin contemplación, destrozando con ensordecedor estruendo las extremidades del infeliz que trataba de aproximarse. Pero el ruido parecía llamar más la atención de aquellas criaturas y poco a poco se fueron congregando más y más… Alguien gritó desde la cima del muro y el tren se puso de nuevo en marcha tocando la sirena. Avanzando hacia el interior mientras la guardia de la puerta no paraba de acribillar a las masas de regresados congregados ante la compuerta.

Entre tanto la locomotora y los diferentes engranajes de las puertas expedían gases blancuzcos que formaban una neblina industrial y sucia que lo iba cubriendo todo.

Walter Stewart aún creyó escuchar el crujir de huesos junto con el atronador cierre de los portones… Los gruñidos y los alaridos de los regresados se perdieron en la lejanía cuando el tren continuó avanzando hacia el interior.

Amplias avenidas empedradas daban paso a edificios altos de fachadas limpias, con pórticos y ventanales profusos, serpenteados por laboriosas cornisas salpicadas de pequeñas gárgolas y recovecos por los que iban y venían bandadas de cuervos negros como la noche.

Más allá de la primera compuerta atravesaron una hilera de vallas

metálicas atestadas de guardias armados iluminados intermitentemente por la luz de potentes focos que iban y venían dando la sensación de estado marcial y a la espera de una invasión… Gentes extrañas en un mundo aún más extraño.

A lo lejos, divisó una cumbre cubierta por construcciones de diferentes colores que variaban del ocre, pasando por diferentes gamas de grises y negros. Y sobre esta, una magnífica fortaleza de muros altos, gruesos y amplias almenaras que alcanzaban las nubes grisáceas y se mezclaban con las tenues y últimas luces del atardecer… No había ciudadanos en aquellas esplendidas y eternas avenidas, a penas luces de una especie de alumbrado público que Walter jamás había visto antes.

Fuera lo que fuere, lo que hubiera en aquella cima, lo iban a descubrir muy pronto.

19

Londres, después de la partida del HMS Deméter.
Finales del Siglo XIX

Apenas se fijó, en que la empuñadura del bastón del misterioso caballero, era un búho labrado en brillante plata de una sorpréndete belleza. Un terrible dolor le sacó bruscamente de sus observaciones. Andreas sintió una presión descomunal agarrando su brazo izquierdo.

Asustado, Andreas se giró hacia su siniestra y comprobó cómo Narfater lo agarraba con fuerza estrangulándole el brazo. La que él había creído como una débil muchacha, ahora lo miraba con expresión fiera, casi deshumanizada, sonriendo con una mueca lasciva.

Andreas no podía entender nada. El misterioso caballero soltó una carcajada divertida… Era evidente que se conocían y era evidente que lo habían mentido.

Súbitamente escuchó gruñidos guturales tras él… en un débil intento por girarse, ya curvado por la presión y el dolor que sentía, giró un poco la cabeza hacía atrás y pudo comprobar horrorizado que los “regresados” habían vuelto. Estaban tras ellos, esperando… con sus miradas infernales bajo la lluvia y la oscuridad, congregados como una manada maldita, sin entrar en la casa, sin moverse. Ya era más que evidente que aquellas criaturas estaban sometidas a la voluntad de Narfater y el misterioso caballero.

- No te preocupes Andreas – Dijo Narfater sin aliviar la presión – No debes de temer a los lulus ahora, te hemos estado vigilando, te hemos estado esperando, por eso has sobrevivido hasta ahora.

- ¿Los lulus?...- Preguntó Andreas casi con un balbuceo conteniendo el dolor que lo encorvaba hacia adelante.

- Aquellos que tu llamas “regresados”, aquellos que han despertado a su verdadera naturaleza, ellos son nuestros, son esclavos lulus.

- Dios Santo… ¿Su verdadera naturaleza?

- Andreas, Andreas… Andreas… - Contestó el caballero, realmente no sabes mucho de casi nada y realmente no necesitas saber mucho de casi nada. Dentro de poco sencillamente no serás nada.

- ¿Me vais a matar?

- ¿Matarte? – Contestó Narfater escapando una risita que sonó hueca y endemoniada, más parecida a la de una anciana que la de la

jovial muchacha que aparentaba ser – Desearías que lo hiciéramos créeme… Vas a pedirlo muchas veces, pero no morías. Has sido elegido para el Urushdaur. Por esta razón aún no has muerto.

- ¿Urushdaur? – Preguntó Andreas consumido por la presión. Narfater parecía apretar más y más y le estaba clavando unas uñas afiladas y punzantes que ya atravesaban la manga de su abrigo.

- El rito, querido, que permitirá usarte como recipiente para traer a un Maestro entre nosotros y cuando acabe, tú no serás tú y tus ojos serán como mis ojos.

- Princesa Narfater… no creo que sea necesario informar a nuestro recipiente sobre el ritual Urushdaur o nuestros planes para con él – Sentenció el caballero.

- Disculparme, noble Igigi, sé que es así – Narfater bajó la cabeza en un gesto de sumisión hacía su interlocutor. Igigi parecía ser un título o una condición social más que un nombre propio. Pero Andreas no estaba para pensar en esos términos. Ahora mismo su mente tan sólo se encontraba embargada por un dolor extremo que le paralizaba el raciocinio.

En un torpe intento de zafarse, Andreas fue a echar mano de su pistola. Usando la empuñadora, trató de golpear a Narfater.

El golpe fue seco y contundente. La culata del Colt Single Action Army se estrelló contra la frente de Narfater. Cualquier ser humano normal se hubiera derrumbado, pero Narfater no era humana. La presunta muchacha trastabilló un poco atrás por la inercia del golpe y luego se recompuso. Con la otra mano agarró a Andreas cuando éste se disponía a asestarle un segundo golpe… Apenas le había provocado una leve contusión. Narfater paró en seco el golpe de Andreas interceptando su mano libre y capturándola… Le apretó la muñeca con fuerza haciéndole perder el equilibrio… Andreas cayó al suelo sometido por las garras de Narfater, ya con la muñeca derecha sangrándole se arrodilló ante la muchacha y ésta lejos de detenerse le asestó un golpe con la mano extendida. Con tal fuerza que Andreas se elevó hasta una pared cercana, golpeándose y cayendo inmediatamente después al suelo como un guiñapo…

Narfater sonrió, aquello la excitaba. Su rostro era sádico y cruel, se acercó al jadeante Andreas que apenas podía entender lo que estaba ocurriendo allí y comenzó a sacudirle patadas, una y otra vez, hasta que Andreas vomitó sangre.

Entre tanto, fuera y bajo la lluvia, los regresados observaban inexpresivos la escena, rugiendo y gruñendo como bestias hambrientas, como los amos se divertían con la presa.

20

Marrakech (Marruecos), Mayo 2014

Las últimas luces del día caían sobre la plaza Jamaa el Fna, la principal atracción turística y patrimonio de la humanidad. Aquella plaza era el antiguo corazón de la Medina, el punto neurálgico desde donde partían las laberínticas y empedradas callejuelas que se internaban de forma irregular, a veces oscura, por la caótica ciudad.

La plaza estaba plagada de puestos, de vendedores, de gentes yendo y viniendo, pintadoras de gena, turistas despistados fotografiando a los comerciantes de agua ataviados con las vestimentas típicas.

Justo al anochecer, es cuando la plaza se transforma, en un teatro vivo y colorido serpenteado de farolillos colgados de cuerdas, justo cuando la multitud de asistentes se embelesa al olor de las especias de la música, los malabaristas, los faquires y los encantadores de serpientes. El olor a fritanga de los tenderetes ascendía a través de la noche hasta una de las terrazas de los cafés de dos plantas que rodeaban la plaza. Allí, nervioso y envuelto en sudor, mirando en todas direcciones con aire compulsivo, aguardaba Ralph Richardson mientras trataba de beber un té especiado. Cualquiera que no conociera al rollizo Richardson podría afirmar con rotundidad y sin temor a equivocarse que estaba asustado.

- ¿Por qué Marrakech? – Dijo una voz serena detrás de él… -

- ¡Harry!. Joder me has asustado – le contestó Ralph con voz entrecortada.

- Teniendo en cuenta que me has hecho tomar cuatro aviones y recorrer medio mundo para vernos en este entrañable lugar, debería ser yo el sorprendido no tú.

Harry Strong era un controvertido reportero canadiense, locutor de radio y televisión y de cierta fama en Toronto. Amigo íntimo de Richardson desde que cursaran estudios de secundaria en los ochenta.

Strong era un tipo alto, de cabello cano y facciones elegantes. Vestía unos pantalones holgados color hueso y una camisa blanca remangada a media manga. Parecía un turista de cierto nivel, presa ideal para los comerciantes de la zona.

- ¿Recibiste la otra memoria USB?

- ¿Tú no sabes que existe algo llamado nube de datos ahora? ¿Y

que compartir archivos es de lo más cómodo y no precisa el reunirse físicamente y menso en lugares tan remotos…?

- Todas las nubes de datos están controladas por la NSA y la CIA, no me puedo exponer y lo sabes… - Richardson miró fijamente a Harry Strong buscando una pizca de comprensión, de entendimiento…

- Lo sé…- Y Harry suspiró exageradamente.

- Entonces… ¿Lo recibiste?

- Sí, lo hice.

- Y ¿lo leíste?

- Maldita sea, claro que sí. Por esa razón accedí a esta locura. Tomar un avión desde Toronto a Washington D. C. y de ahí a Londres, luego vía Madrid llegar aquí. Maldita sea Richardson, ¿En qué demonios te has metido?

- Es por todos esos análisis, esas vacunas…

- ¿De qué demonios hablas?

- La ley que aprobó el congreso de los EEUU para que el gobierno guarde muestras biológicas de todos los individuos, de todos los ciudadanos como una propiedad. Youkhanna lo sabía, así fue como dio conmigo y se interesó por mí…

- Eso es, es difícil de explicar, realmente y mientras hablo yo mismo no puedo evitar pensar que estoy completamente loco.

- Ralph, no pienso que estés loco. Si no, no estaría aquí. -

- Me engañaron Harry. Este tipo, Manfred Farragut me engañó. No me hirieron los insurgentes de Alsima, de echo El Alsima trabaja para ellos, es parte de su plan.

- ¿Te refieres a ese grupo terrorista que ha creado un estado islámico feudal en las montañas de Oriente Próximo?

- Sí, ellos son parte de ese plan…

- Ralph, debes entender que me cuesta seguirte, es mucha información y dices muchas incongruencias.

- Todo está aquí - Ralph Richardson le pasó una memoria USB por debajo de la mesa, mirando a un lado y a otro para asegurarse de que nadie reparaba en ellos – la clave de la encriptación es la misma de la otra vez.

- La recuerdo.

- Bien, ahí tienes la parte de información que falta. Yo ya estoy muerto.

- ¿Cómo que estás muerto?

- Ya no les sirvo Harry. Sé demasiado, ellos saben que sé demasiado y no se pueden permitir cabos sueltos. No tienen ningún escrúpulo, no tienen sentido de la ética o la moral, les da igual todo.

- ¿Pero quiénes son?

- No tienen nombre, nunca lo tuvieron. Dudo que ellos mismos se den un nombre, simplemente sirven a otros, aquellos que en verdad sostienen el poder económico y político en este mundo hipócrita y que engañan y hacen creer a tipos como tú o como yo, que nuestra vida nos pertenece y que tomamos decisiones por voluntad propia.

- Me das miedo Ralph.

- ¿Miedo? No tengas miedo, porque lo que te he dado es la libertad y la verdad.

- ¿Has hablado de vacunas? – Harry trató de sacar a Ralph del bucle donde se había metido.

- Sí, toman muestras del ADN de todos los individuos posibles, tanto dentro o fuera de Estados Unidos. Es importante para ellos. Tienen una gran reserva genética.

- ¿Por qué? ¿Por qué demonios hacen eso?

- Verás Harry, te será difícil de creer y mucho más difícil de entender, pero trataré de resumírtelo.

- Por favor…

- Zecharia Sitchin, Erich von Däniken y otros se equivocaban, no tomaron en cuenta que ellos siguieron evolucionando y progresando entre nosotros, se adaptaron y mejoraron su tecnología.

- ¿Te refieres a esa élite que nos gobierna en la sombra?

- Sí… - Ralph emitió una risita nerviosa – llámalo X. La cuestión es que cuando nos crearon… bueno no, mejor dicho, nos modificaron y nos obligaron a evolucionar enterraron en nuestro ADN algo que ellos llaman llaves.

- ¿Llaves? ¿Te refieres a llaves como las que abren una cerradura?

- Sí… más o menos. Son un mecanismo que puede ser usado para activar una evolución rápida en el individuo. En algunos casos una involución. Si eso se activa el individuo se transforma en lo que su señor ansía que sea. Como una enfermedad que no tiene vuelta atrás.

- ¿Algo así como esos experimentos de la CIA sobre la Operación MK-Ultra?

- Algo así… pero vamos a decir que menos sutil. Mucho más agresivo y el cambio no sólo opera a nivel mental, sino a nivel biológico.

- ¿Biológico?

- Sí, el cambio es total, pero no igual.

- ¿A qué te refieres?

- No todas las líneas genéticas son iguales, hay muchas llaves. Se heredan de padres a hijos y una vez activadas deliberadamente sobre el individuo sus efectos son radicalmente distintos.

- Espera un momento, ¿estás hablando de linajes humanos

completos? ¿algo así como lo que antiguamente se decía como la sangre azul? ¿Cómo por ejemplo?

- Es difícil de explicar, mientras unos se vuelven agresivos y dóciles como zombis sin cerebro tras pasar una etapa infecciosa con síntomas que podrían ser catalogados como una mezcla de rabia y carbunco, otros agudizan su inteligencia y adquieren una fuerza y un aguante antinatural… También adquieren ciertos rasgos comunes…

- Continúa…

- Sus ojos adquieren una reflectancia bastante tétrica, tornan en un llamativo amarillo pálido, es algo espeluznante, mientras los del segundo tipo, aquellos que llaman Lulu y que son sus esclavos, no duran mucho y se van marchitando, incluso pudriendo poco a poco. Los segundos parecen ser mucho más longevos y tienen muchas facultades, incluso la de dirigirles, aunque no tengo muy claro cómo funciona y como adquieren el conocimiento para hacerlo, está relacionado con algún tipo de ceremonia iniciática, estos son llamados Igigi o Vigilantes y digamos que son servidores de mayor rango, pero aún supeditados a la autoridad y luego hay otros grupos como te he dicho… Algunos, como es mi caso, y por lo visto es un tipo muy raro, tenemos la capacidad de activar determinados componentes tecnológicos antiguos cuando estos entran en contacto con nuestra piel o nuestra sangre.

- ¿El medallón del que me hablaste?

- Sí… el medallón, es un buen ejemplo.

- Increíble… y aterrador – Harry vaciló.

- Lo es… pero dime, ¿Qué pasó después de tu viaje a Australia? ¿Dónde fuiste?

- Tras días por interminables carreteras y de atravesar desiertos eternos y desolados, llegamos a Ayers Rock al que los aborígenes australianos llaman Uluru.

- ¿Qué diablos es eso?

- Se trata de una formación rocosa, arenisca ubicada justo en el centro del continente Australiano en el Territorio del Norte, está a unos 400Km al suroeste de la ciudad de Alice Springs. Es un lugar mágico y sagrado para los aborígenes y desde el año 1987 es Patrimonio de la Humanidad. Fue descubierto en 1973 por el explorador William Gosse, que fue quien lo bautizó.

- ¿Ibais de turismo?

- Muy gracioso… No me interrumpas o te partiré la cara…

- Disculpa Ralph sólo era un broma… - A Harry le cambió la cara, Ralph había cambiado sin duda.

- Lo que es menos conocido, es que algunas laderas de Ayers Rock

están cubiertas por pinturas Wandjina.

- ¿Wandjina?

- Los wandjina o wondjina según la mitología de los aborígenes australianos eran espíritus de lluvia o nubes que solían representarse como pinturas rupestres en forma antropomorfa. Estos seres carecen de boca, con enormes cabezas, ojos almendrados y nariz. Al igual que en las mitologías orientales, en el cristianismo, hinduismo o mazdeísmo, entre muchas otras se representa a los Santos con el mismo aura.

- Suelen también representarse comúnmente con colores como el negro, rojo y amarillo sobre un fondo blanco.

- No sabía que te interesaba la arqueología.

- Hasta hace muy poco te diría que no… Pero a veces y sobre todo cuando te metes en los problemas que yo me he metido, ciertos conocimientos te pueden salvar la vida… La cultura aborigen australiana es muy antigua. Se han encontrado yacimientos arqueológicos que datan utensilios de más de 174.000 años de antigüedad. Según las creencias de los indígenas, estos seres fueron los creadores del mar, de la tierra y de sus habitantes y sus espíritus vivían en pequeños estanques. Un wondjina tenía poderes especiales y si era ofendido podía causar inundaciones e intensos relámpagos. Todavía creen que las representaciones rupestres de estos seres poseen poderes especiales y deben ser veneradas. A menudo se les relaciona con la Vía Láctea y en sus historias se explican sus viajes a lo largo del firmamento.

- ¿Son esos los seres que controlan el mundo? ¿Esos wondjina?

- Lo dudo…

- ¿Por qué?

- Sencillamente porque son anteriores, aunque hay más, mucho más… Y este grupo al que me refiero, se sirve de tecnología propia y foránea, por llamarla de alguna forma. Se apropian de toda ella y la usan en su beneficio. Desde luego no fueron los primeros en llegar, ni serán los últimos.

- ¿De qué época estamos hablando?

- En un inicio se excluyó la posibilidad de datar las pinturas de Ayers Rock, ya que el método del carbono 14 sólo funciona con restos orgánicos. Por desgracia las pinturas Wandjina son de base mineral y no pueden datarse bajo este método. El destino quiso que el señor Grahame Walsh, observando las pinturas de Kimberley, se fijara en un nido de avispas situado encima de uno de los “wandjinas”, y que a primera vista pensara que era algo contemporáneo, pero su ansia por investigar le hizo que lo observara más de cerca, dándose cuenta de

que en realidad era un avispero fosilizado debido al silicio que contenía el agua que llenaba todos sus poros. Gracias a esto, pudo elaborar su teoría. Walsh supuso que sería posible calcular la edad del avispero y puesto que este se encontraba superpuesto a una pintura, sería al menos de una antigüedad similar. Con ayuda del geólogo de Richard Roberts, que estaba especializado en la lectura de los granos de arena mediante luminiscencia óptica dataron por primera vez las pinturas.

- ¿Y el resultado fue?

- Según los primeros estudios de arqueología subvencionada, "a ojo de buen cubero" por supuesto, se afirmaba que las pinturas de Ayers tenían 5000 años de antigüedad (coincidiendo con los periodos similares europeos), todo quedaba arreglado… Después del estudio de los avisperos, las pinturas debían ser anteriores a su edad, puesto que la de éstos era de al menos 17.000 años. Bueno ya llegamos a algo… aunque esto sigue sin ser tan sorprenderte, dado que las pinturas rupestres de la Cueva de Altamira en España superan con creces esa antigüedad… Pero nada más lejos de la realidad, junto a las pinturas fueron encontradas otras herramientas y están bien, usando la prueba del carbono se determinó que aquellas tenían una antigüedad de más de 100.000 años y se encontraban junto a restos humanos fósiles con una antigüedad superior a 200.000 años. Por tanto, la única conclusión lógica que podemos obtener de dicho hallazgo es y dado que la versión oficial sitúa a los aborígenes en Australia en torno a 60.000/70.000 años (mismo periodo que la cultura capsiense en el Magreb), ¿Quien realizó aquellas pinturas?

- Ni idea… pero me tienes en ascuas.

- Según los propios aborígenes estas figuras no fueron realizadas por sus antepasados, sino que fueran hechas por los propios seres a los que representan cuando estos descendieron a la Tierra en tiempos muy antiguos. Al igual que las descripciones Sumerias de los Oanes o el Kukulcan mesoamericano, los "wandjinas" fueron unos seres que trajeron la civilización y la prosperidad y, al igual que otros dioses del resto del mundo antiguo, su símbolo era la serpiente emplumada. ¿Te suena de algo? Vaya, cuantas casualidades…

- Nunca lo habría pensado.

- En estas pinturas aparecen figuras de seres calzados con sandalias (cuando los aborígenes siempre han ido descalzos), variando el número de dedos de las manos y de los pies de 3 a 7. De todas las figuras, destaca una que representa a un hombre vestido desde los pies hasta la cabeza con una túnica de color rosa, con un círculo doble rodeando su cabeza, también de color rosa y oro, y sobre la zona de

color rosa, una especie de inscripción con 6 letras o números escritos en un alfabeto totalmente desconocido. Figura con gran similitud con la escritura rongorongo de isla de Pascua o Mohenjo-Daro (el cual tiene evidencias de un cataclismo nuclear similar al descrito por las leyendas aborígenes).

- ¿Qué dice su leyenda?

- Según la mitología aborigen en Uluru (que significa literalmente Ciudad Luna o Ciudad Secreta) aconteció la Batalla más terrible de una era que ellos llaman El Tiempo de los Sueños. Según su mitología, en el interior de esta montaña roja se encuentran los cuerpos de los llamados Hombres Serpiente, ya que fueron encerrados por el Dios Sol que llegó a la Tierra procedente de las estrellas. Según estas creencias muchos monolitos y rocas fundidas diseminadas por toda Australia reflejan los restos de estas batallas antiguas. Afirmando que a pesar de la evidencia geológica oficialista se tratan de restos de ciudades fundidas al calor de armas terribles. Los aborígenes, había dos razas que poblaron estos lugares; Los Arientas y los Luritchas que al igual que en las descripciones de la mitología Sumeria tenían mitad cuerpo de hombre y mitad cuerpo Animal.

- Increíble.

- Sí… Pero aunque parezca increíble, a la llegada del hombre blanco muchas pinturas fueron deliberadamente destruidas. Según la versión oficialista, por los propios aborígenes para preservar sus secretos sagrados. Esta destrucción de pruebas se repite por todo el planeta.

- Sí… como lo del museo de Bagdad.

- Efectivamente.

- Pero dime Ralph, ¿para qué fuisteis a Ayers Rock?

- Todo está en el USB… Se nos acaba el tiempo, tú debes tomar un avión y yo debo esconderme.

- Joder Richardson, no me dejes así… ¿Qué tecnología estabais buscando?

- ¿Tecnología? Querrás decir tecnologías. No te puedes imaginar todo lo que hay por ahí fuera esperando ser descubierto.

- No… y menos si no me lo cuentas.

- Podrían manipular la roca, la caliza y sus derivados, moverla, transformarse, integrarse…

- ¿Integrarse?

- La piedra y no el metal era la base de su tecnología, por eso cuesta tanto identificar sus logros, porque tratamos de buscar usando parámetros netamente humanos.

- ¿Eso es todo?

- No hay mucho más… Ellos nos prueban, hacen experimentos constantemente y de todo tipo. Controlan diferentes líneas espacio-temporales, acaban con nosotros y reconstruyen nuestra civilización una y otra vez hasta dar con la línea de tiempo que buscan.

- ¿Línea de tiempo? Joder Ralph no puedo seguirte.

- Lo sé amigo, lo entiendo. Se trata de una especie de portales de antimateria, algo que crea plasma de energía y les permite viajar en el tiempo y en espacio, pero aun así sigo pensando que ellos no crearon esa tecnología, que sólo se sirven de ella y que no la entienden aun realmente. Todo es confuso y complejo y ante todo peligroso para ti y para mí… Por eso te digo que es mejor que te vayas y que te tomes tiempo para analizar la información que te he facilitado. Habrá tiempo para futuros encuentros, espero,

- ¿Esperas?

- ¿Conoces a Arthur C. Clarke? ¿Te suena?

- ¿No es el escritor de 2001 Una Odisea en el Espacio?

- Muy bien Harry, me has sorprendido.

- ¿Por qué le mencionas?

- Clarke tenía frases muy buenas, pero en especial dos que vienen muy bien al caso.

- ¿Y cuáles eran? – Le interrogó Strong mientras se levantaban para despedirse.

- Toda tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia.

- Muy buena… ¿Y cuál es la otra?

- Existen dos posibilidades: que estemos solos en el universo o que no lo estemos. Ambas son igual de terroríficas.

21

Aqueron Oriental,
Dos años desde llegada del HMS Deméter

El Druida peregrino atravesó espesos bosques y después los páramos de desesperación, cada vez más desérticos, hasta alcanzar las colinas agrestes, rocosas y rojizas que daban paso a los amplios valles de arena y pedernal.

Aquella tierra sombría, que antaño había sido un vergel, ahora no era más que un desierto moribundo de arena y sombras. Ruinas de las antiguas aldeas que poblaban las rutas comerciales entre Sippart, Rocamar y Al-Semanet, ahora, no eran sino desiertos inundados por un firmamento rojizo y distante y por tormentas de arena y mares de sal.

La tarde avanzó silenciosa por el antiguo Camino Real de Keops, aquellas piedras habían visto muchos inviernos y quizás aún verían muchos más. De talla irregular, pero bien marcada, las losas del camino empezaban ya a perderse entre el polvo y la tierra arrastrada por el impenitente viento proveniente del Sur Ardiente. Costa Oscura, allí donde había nacido la extraña enfermedad que convertía a los hombres en bestias depravadas y sedientas de sangre y donde ya no vivía ningún hombre vivo.

Govind Scully ya no esperaba encontrar a nadie en su camino. Hacía algunas lunas que había perdido la esperanza de que la vida aún se mantuviera en aquellas tierras, pero finalmente había entendido que eso era imposible ya.

Una sombra apareció ante él, andando en la lejanía en dirección opuesta al camino. Parecía un anciano encorvado y tambaleante, envuelto en una túnica miserable y con el rostro tapado por un turbante que lo cubría, dejando entre ver unos ojos rasgados y una frente arrugada.

- Que La Diosa y los Elementales te protejan extranjero ¿Tienes algo de agua para un pobre y desvalido viejo? - Le dijo el anciano al cruzarse.

- Que ellos sean nuestra guía.- repitió el Druida recitando una fórmula ceremonial. Luego echó mano del morral y sacó una bota de cuero y se la ofreció al desdentado anciano, que bebió con avidez y desesperación.

- No te bebas todo, anciano. Necesito que me llegue hasta que

encuentre otro pozo. Esta tierra es seca como el infierno.

- Discúlpame. Llevo un día sin beber y mi cuerpo ya no aguantaba más - Y el anciano de rostro arrugado y extraño cerró el tapón de la bota y se limpió con la manga de su túnica, sucia y desgarrada.

- No te preocupes, este calor puede enloquecer a cualquiera.

- ¿Hacía donde te diriges Druida?

- Voy rumbo a Sippart. ¿A cuánto queda ya la ciudad?

- No queda lejos. si sigues en la dirección del Sol Naciente, sin abandonar el Camino de Keops...

- Y ¿tu anciano? ¿Hacia dónde te diriges, solo, por estos extraños lugares?

- Vengo de Sippart amigo. He sobrevivido a su hundimiento.

- ¿Su hundimiento?

- La ciudad está muerta ahora. La calamidad se ha ceñido sobre el mundo y aquí y en el resto de Aqueron, todo empezó por Sippart. Primero fueron las huestes de salvajes nómadas y bárbaras. Tiempo después nos asediaron los lulu, come carne y otras bestias sanguinarias y por último fueron esos Señores Oscuros. Esos que a pesar de su mirada amarillenta se mueven y hablan como si fueran humanos.

- ¿Igigi?

- Ciertamente. Eran del tipo más común, pero todos sucumbieron.

- ¿Y tú anciano? ¿Cómo te libraste de semejante infierno?

- En otro tiempo fui el centurión de la ciudad y conozco bien sus recovecos y pasillos. Cada puerta, cada cloaca de la urbe vieja no tiene secretos para mí.

- ¿Podrías guiarme?

- ¿Por qué habría de guiarte a una ciudad que ahora está gobernada por Señores Igigi e infestada de Lulu? Escapé por poco a mi propia muerte y quieran los Elementales permitirme morir en paz y olvidar las imágenes que ahora turban mi mente; mujeres, niños… No perdonaron ninguna vida, ni ningún sufrimiento. Mientras los magníficos y milenarios edificios de Sippart ardían y los templos eran saqueados y vejados y las imágenes de La Diosa– La voz se le entrecortaba por la emoción - Ellos devoraban al pueblo y se bañaban en su sangre. Fue una carnicería.

- ¿Y no interviniste?

- Mírame Druida ¿acaso me ves aspecto de guerrero?

- Veo a un hombre.

- Un hombre viejo.- La voz del anciano rezumaba culpabilidad.

- Un hombre que escuchó gritos de los débiles y prefirió escapar a morir ayudando...

- Tuve miedo...

- El miedo es sólo un estado de la mente, anciano. Todos vamos a

morir.

- Algún día, sí. Pero yo no puedo controlar mi miedo.

- Entonces. Dejas que el miedo te controle a ti...

- ¿Qué buscas en mí, Druida? Mis remordimientos son míos...

- Busco que me ayudes a entrar en la ciudad...

- ¿Para qué? ¿En Sippart ya no hay nada? Es una gran tumba de paredes de adobe.

- Busco algo.

- Si quieres que te ayude, me tendrás que decir algo más...

- Dentro de la ciudad, en una de sus colinas hay un cementerio antiguo.

- Lo conozco, es el cementerio de los nobles.

- En efecto. Pues bien, en ese lugar hay un mausoleo. Era donde se enterraban los primeros gobernadores del reino de la estirpe de Pazazu y está construido sobre un templo aún más antiguo llamado DIR-GA.

- Hay muchos mausoleos en ese cementerio.

- Este del que te hablo, es especial. Guarda unas tablillas que algunos llaman ME.

- ¿Quieres entrar en una ciudad maldita llena de Lulu por unas tablillas?

- Eso es.

- Estás loco.

- Quizás, ¿me ayudarás?

- Te ayudaré.- Y diciendo esto, el anciano miró al suelo con resignación y suspiró...

- ¿Cómo te llamas anciano?

- Me llamaban Pazuzu, hijo de Hanbi.- Y tras pronunciar su nombre un cuervo graznó en la lejanía. Govind Scully no entendía por qué, pero aquel graznido le heló la sangre.

22

Isla Occidental,
Un año después de la llegada del HMS Deméter

Filip Leblanc tenía el pelo cano y sus barbas grises hondeaban alborotadas al viento. El viejo soldado iba provisto de una ceñida cota de malla y sobre ésta, una túnica color hueso con runas heráldicas bordadas en rojo y una gran cruz de tipo Anj a su espalda. Tenía una rodilla elevada, con la pierna izquierda apoyada sobre una roca alzada en un promontorio y sobre esta descansaban asidas sus manos cruzadas.

Abajo, más allá del desfiladero sobre el que se alzaba su fortaleza y tras ésta, una presa que sostenía un lago artificial creado desde tiempos remotos al que los hombres del lugar llamaban Agarthia. Habían pasado treinta largos años desde que Filip Leblanc fuera encontrado, tras su aparatosa e inexplicable llegada a Aqueron. Treinta largos años desde su entrada en la antaño gloriosa Rocamar. Antes de la caída de Sippart, antes del advenimiento de la Plaga, cuando él y los hermanos de su Orden debieron salir casi a hurtadillas, usando las alcantarillas y pasadizos húmedos y oscuros sumergidos en las profundidades de Rocamar, hasta llegar a los muelles, donde una desvencijada goleta los puso a salvo alcanzando la teórica seguridad de la isla Occidental. Atrás quedaron muchos buenos fieles y el Maestro de la Orden, todos buenos caballeros, todos buenos hombres entregados al servicio de la Diosa… "Salve Regina"

Y ahora, después de tanto tiempo, de tres décadas luchando por reconstruir la Orden, luchando contra los clanes y los monstruos de la noche, la hora por preservar pura esa devastada parte del mundo había llegado.

Leblanc, el Maestre de Agarthia reflexionó en soledad, mientras apreciaba como una carreta se desplazaba por el camino de pedregal levantando en la lejanía polvo a su paso… sin duda era él. Sus espías rara vez se equivocaban. Se trataba de otro viajero del tiempo y el espacio.

Los espías de la orden habían rescatado al extranjero de las garras de Aedh Drummond de Morgay. Según se decía, aquel hombre había derrotado a un Dahaka él solo. ¿Sería aquel hombre el señalado por las profecías? ¿Tendría quizás la llave para encontrar la pista de Frana

y la Casa Real de los McGregor? Tiempo al tiempo… según parecía, se encontraba mal herido y aún deliraba.

En cuanto la carreta atravesara las puertas de Agarthia sería conducido a las Casas de Curación para que los Druidas trataran sus dolencias. El misterioso extranjero debía vivir a toda costa.

El guerrero entreabrió los ojos. Se encontraba en una estancia amplia, con varios ventanales y muros de piedra gruesa y pulida. Estaba recostado en una cama ancha y larga, custodiada por sedas finas que hondeaban en cada esquina de la cama mecidas por la suave brisa con olor a agua que penetraba y corría libre de un ventanal a otro… Estaba débil, cansado, la cabeza le dolía como un demonio, pero se sentía a salvo, ¿habría sido todo un sueño? ¿Habría vuelto a casa?

Unos pasos sinuosos y metálicos irrumpieron su tranquilidad y le pusieron en guardia, aunque aún no tenía fuerzas para incorporarse, era evidente que había perdido mucha sangre.

Ante él, se presentó Filip Leblanc, embutido en su armadura al estilo de los antiguos templarios, a los ojos del cansado viajero… ¿Qué demonios era todo aquello? ¿Cómo había llegado hasta allí? Apenas recordaba la escena con aquella bestia llamada Aedh Drummond y la matanza de aquellos inocentes. Los recuerdos acudieron a su mente como relámpagos lacerantes de dolor y culpa por no haber podido salvarles.

-¿Me entiende usted? – Dijo aquel hombre anciano ataviado con armadura.

-Sí… aunque hace mucho que no hablo francés… - Le respondió el viajero.

-¡Increíble!, habla usted una lengua civilizada. Aunque por su acento deduzco que no es su lengua natural.

-No… no lo es, muy a mi pesar, hablo mejor inglés o gaélico…

-¡Claro! Por eso se entendía usted con los Occidentales… Es increíble mesié. – Y Filip se echó a reír con aire confiado.

-¿Lo es?

-No sé de donde viene mesié y dudo que en este momento esto tenga mucha importancia. La cuestión es que usted viene de un lugar cercano o similar al mío. Yo también llegue aquí desde un punto y un tiempo que no son este. Pero estoy aquí por una razón.

-¿Una razón? ¿Qué razón?

-La misma por la que usted fue hasta Morgay, la misma por la que intentó salvar a esos niños y a esas familias. Aunque dudo que usted pueda entender del todo aún el concepto, yo sirvo a la Diosa.

-¿La Diosa? He escuchado eso antes…

-Lo supongo.

-Yo no sirvo a ninguna Diosa, yo sólo busco a un niño y a su madre.

-Eso también lo sé y créame mesié, ha llegado al lugar oportuno y está hablando con quien debe, puesto que yo también busco a Cinnia y Frana McGregor – Filip dejó que esas últimas palabras cayeran de sus labios examinando el rostro de su invitado.

-¿Conoce a Cinnia y a Frana? – El extranjero no pudo reprimir su emoción. Era la primera vez que había escuchado esos nombres saliendo de otros labios desde que escapara de la tumba del rey sin nombre.

-Conocí a Cinnia hace algunos años. A su hijo no lo llegué a conocer nunca, pero sé que está destinado a convertirse en el Mesías Rojo. Aquel que llevará a la humanidad a la libertad, al igual que su linaje, está

destinado a salvarnos y preservarnos del enemigo que nos encierra y usa a lo largo de los mundos….

-¿Mundos?

-Hay muchos mundos mesié, muchos tiempos diferentes que convergen en uno solo y nosotros estamos llamados a ayudar a Frana a cumplir su destino.

-¿Y qué destino es ese? – El extranjero miró al anciano y este le devolvió una sonrisa.

-Él será el elegido… Pero tiempo habrá de contestar todas las preguntas, de celebrar nuestro encuentro y prepararnos para la guerra que se avecina.

-¿Se avecina una guerra?

-El mundo siempre está en guerra y esta época será testigo de una grandiosa. Tan basta y brutal como nunca antes conoció nuestra especie.

-¿A causa de Frana?

-Frana será un guía, no una causa.

-Creo que tanta jerga teológica se me escapa…

-Eres un guerrero, de eso no hay duda. Y los guerreros están destinados a luchar, no a pensar y tú has sido enviado a nosotros para proteger a Frana, de eso no hay duda.

-Si tu intención es proteger al chico y a su madre, podrás contar con mi espada.

-De eso no tenía ninguna duda… Pero dime, ¿Cuál es tu nombre?

-Me llamo Jonah. –hizo una pausa-Jonah Fox.

SERGIO TAPIA

Otros libros de la Saga:

LIBRO I;
Aqueron: La Plaga Oscura
LIBRO II;
Anunnaki: Muchos mundos, una historia
LIBRO III;
Urushdaur: El Ritual

Descubre otras novelas de Sergio Tapia:
http://sergiotapia.es
Twitter: **@stapial**
FaceBook: facebook.com/sergiotapialuque